



HUISITÓ

Historia/Memoria de una comunidad campesina
(1950-2015)

LUIS MIGUEL MONTES VÁSQUEZ

Trabajo de grado presentado como requisito para optar por el título de
Historiador

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA

Facultad de Ciencias Sociales

Carrera de Historia

Bogotá, 2017

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
CARRERA DE HISTORIA

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD

Jorge Humberto Peláez Piedrahita, S.J.

DECANO ACADÉMICO

Germán Rodrigo Mejía Pavony

DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA

Rafael Díaz Díaz

DIRECTOR DE LA CARRERA DE HISTORIA

Claudia Silvia Cogollos Amaya

DIRECTOR DEL TRABAJO DE GRADO

Rigoberto Rueda Santos

Artículo 23 de la resolución No. 13 de julio de 1946:

“La universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por sus alumnos en sus trabajos de tesis, sólo velará porque no se publique nada contrario al dogma y a la moral católica, y porque las tesis no contengan ataques o polémicas puramente personales, antes bien se vea en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”.

Para toda la comunidad de Huisitó
De ustedes y para ustedes es este trabajo

Para Antonio y para Claudia,
por ser la luz de mis días

Para toda mi hermosa familia,
por darme y alegrarme la vida,
por su amor incondicional

Para los maestros que cambiaron mi vida
Y en especial para Rigoberto

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	7
--------------------------	----------

MEMORIA

1. Negros, Colonos y Campesinos (1890-1975).....	Memoria - 1
1.1. Víctor Torres: La leyenda negra (1890-1950).....	Memoria - 1
1.2. José Noel Hurtado: Las aventuras del inspector (1950-1975).....	Memoria - 7
1.3. Luis Acosta: La firmeza del colono (1950-1975).....	Memoria - 16
1.4. Fabio Castro: Recuerdos de la infancia (1950-1975).....	Memoria - 20
1.5. Víctor Torres: La leyenda blanca (1950-1975).....	Memoria - 26
2. Campesinos, Marihuana y Coca (1975-2015).....	Memoria - 29
2.1. Víctor Torres: La bonanza marimbera (1975-1980).....	Memoria - 29
2.2. Alexander Torres: Los comienzos de la coca (1980-1990).....	Memoria - 37
2.3. Luis Acosta: El ocaso de la pajarita y la llegada de la peruana (1990-2000).....	Memoria - 51
2.4. Álvaro Araújo: El hormiguero de la pringa y el fracaso del Plan Colombia (2000-2015).....	Memoria - 60

HISTORIA

1. Colonización y Estructura Agraria (1950-1975).....	Historia - 1
1.1. Introducción.....	Historia - 1
1.2. Características geográficas y ambientales del territorio de Huisitó.....	Historia - 1
1.3. Proceso de colonización paisa (1950-1975).....	Historia - 7
1.4. Economía campesina (1950-1975).....	Historia - 14
1.5. Acción política campesina (1950-1975).....	Historia - 18
1.6. Conclusiones.....	Historia - 27

2. Bonanza Marimbera y Economía Cocalera (1975-2015).....	Historia - 29
2.1. Introducción.....	Historia – 29
2.2. Evolución de la bonanza marimbera (1975-1980).....	Historia - 30
2.3. Desarrollo histórico de la economía cocalera (1980-2015).....	Historia – 37
2.3.1. Fases del proceso de producción de la cocaína.....	Historia – 37
2.3.2. Economía cocalera: panorama nacional y regional (1975-2015).....	Historia - 39
2.3.3. Evolución de la economía cocalera en el corregimiento de Huisitó (1975-2015).....	Historia - 47
2.3.3.1. Economía cocalera en el corregimiento de Huisitó: primer período (1980-1994).....	Historia – 49
2.3.3.2. Economía cocalera en el corregimiento de Huisitó: segundo (1994-2010 y tercer período (2010-2015).....	Historia – 54
2.4. Impactos sociales, culturales y ambientales del desarrollo de la economía cocalera (1980-2015).....	Historia – 62
2.5. Conclusiones.....	Historia – 67
3. Conclusiones.....	72
4. Bibliografía.....	75

Introducción

1. Objeto de Estudio / Problema de Investigación

Una de las temáticas que ha ocupado el interés de la historiografía regional colombiana durante las últimas décadas ha sido la de los procesos de colonización que procedieron al trágico período de la violencia bipartidista entre liberales y conservadores (1948-1964). El clásico estudio sobre *La Violencia en Colombia* estima que la confrontación armada entre ambos bandos políticos, durante más de una década, produjo un saldo mínimo de 200.000 muertos y de 500.000 desplazados. Un alto porcentaje de los exiliados emigró hacia las grandes ciudades para escapar de las persecuciones y de los enfrentamientos, que ocurrieron principalmente en el campo, pero otra parte considerable viajó hacia las fronteras agrícolas más lejanas del país para refugiarse en nuevos frentes de colonización, distantes y apartados de los focos rurales del conflicto. Aunque el estallido de La Violencia tuvo un desarrollo geográfico diferenciado, una de las rutas de escape más transitadas por los desterrados fue la que comunicó a la región andina con la región pacífica y con la región amazónica. Miles de familias campesinas huyeron del centro hacia el sur del país, en busca de nuevas tierras para asentarse y para resguardarse de una guerra fratricida¹.

Varios trabajos emblemáticos de las ciencias sociales colombianas se han preocupado por estudiar el desarrollo histórico que tuvieron los procesos de colonización que expandieron la frontera agropecuaria del sur del país, abriendo trochas y fundando pueblos a través de la selva amazónica y de los bosques andinos. Entre ellos cabe destacar las investigaciones que realizaron Alfredo Molano en el departamento del Guaviare, Ricardo Vargas Meza en el departamento del Putumayo y Jaime Jaramillo, Leonidas Mora y Fernando Cubides en el departamento del Caquetá². Los tres estudios coincidieron en señalar una tendencia común en la trayectoria histórica de los frentes recientes de colonización de los tres departamentos.

¹ Guzmán Campos, Germán; Fals Borda, Orlando; Umaña Luna, Eduardo. *La Violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1980. Pp. 287-297.

² Molano, Alfredo. *Selva Adentro*. Bogotá: El Áncora, 1987; Vargas Meza, Ricardo. *Drogas, conflicto armado y desarrollo alternativo: una perspectiva desde el sur de Colombia*. Bogotá: Acción Andina, 2003. Cubides, Fernando; Jaramillo Escobar, Jaime; Mora, Leonidas. *Colonización, Coca y Guerrilla*. Bogotá: Alianza, 1989;

Primero, la marginación estructural del Estado sobre los nuevos territorios colonizados, en términos de infraestructura y de servicios básicos, llevó a que los colonos enfrentaran enormes dificultades para establecerse en escenarios tan periféricos de la geografía nacional y en medios naturales tan adversos. El carácter prolongado y sistemático de la exclusión malogró la emergencia de actividades productivas lícitas y frustró las iniciativas de los colonos por vincularse de forma estable al mercado regional. En algunos cuantos casos este aislamiento desató el surgimiento de economías locales de autoconsumo y en otros propició la aparición y consolidación de diferentes economías ilegales. Una de las más tempranas fue la cacería y la venta de pieles exóticas, durante los albores del proceso de colonización, que comenzando la década de 1970 perdió su lugar frente a los cultivos de marihuana, que a su vez fueron remplazados por los cultivos de coca a principios de la década de 1980. El crecimiento de los cultivos de uso ilícito fue financiado por los capitales del narcotráfico y estuvo acompañado por el gobierno de las guerrillas insurgentes que ocuparon el lugar derivado del vacío institucional del Estado. En otras palabras, las zonas de colonización que fueron marginadas de la vida política y económica de la nación por las clases dirigentes, terminaron por convertirse en los grandes epicentros cocaleros y guerrilleros que habrían de amenazar la estabilidad del proyecto nacional de las mismas clases dirigentes.

El presente trabajo forma parte de este campo de estudios y examina la evolución histórica de un escenario muy delimitado de colonización reciente en la región pacífica: Huisitó. El corregimiento de Huisitó, fundado oficialmente en 1951, es uno de los 19 corregimientos del municipio de El Tambo, uno de los 208 corregimientos del departamento del Cauca y uno de los más de 5000 corregimientos de Colombia³. El objetivo de esta investigación es analizar la configuración de la estructura agraria del corregimiento de Huisitó, en el período 1950-2015, a partir de los cambios introducidos por la colonización de mitad de siglo,

³ El artículo 318 de la Constitución Política de Colombia de 1991 establece con claridad que un corregimiento es la división del territorio y de la población rural de un municipio, en términos jurídicos y administrativos. Corte Constitucional de la República de Colombia. *Constitución Política de Colombia 1991*. Bogotá: Corte Constitucional, 2015. Artículo 318, Pp. 88. Disponible en el portal virtual de la Corte Constitucional. Este artículo de la Constitución fue desarrollado extensamente por la Ley 136 de 1994 en su Título VII. Congreso de la República de Colombia. *Ley 136 de 1994, por la cual se dictan normas tendientes a modernizar la organización y el funcionamiento de los municipios*. Bogotá: El Congreso, 1994. Capítulo VII. Disponible en el portal virtual del Congreso de la República. Las cifras sobre el número de corregimientos fueron recogidas de las estadísticas oficiales de: Departamento Nacional de Estadística. *División Político-Administrativa, Codificación Municipios y Centros Poblados*. Bogotá: DANE, 2012.

por el despliegue de la bonanza marimbera y de la economía cocalera, y por las iniciativas de acción política campesina que surgieron en respuesta a la marginación estructural y a la represión sistemática del Estado.

Este trabajo busca explicar el proceso histórico mediante el cual un apartado pueblo de la región pacífica y de la cordillera occidental, dispersamente poblado por una reducida comunidad de familias negras (1890-1950) y extensamente colonizado por las cientos de familias campesinas que fueron desplazadas desde la región del Eje Cafetero y Antioquia por la violencia bipartidista de mitad de siglo (1950-1965), llegó a convertirse en el cuarto epicentro nacional de cultivos de coca en el año 2015. En este sentido, el ejercicio que aquí se presenta es tan modesto como ambicioso: modesto porque se limita a estudiar la historia de un único corregimiento, que representa una porción minúscula del territorio nacional y un escenario de observación muy demarcado; pero ambicioso porque pretende abarcar la *historia completa* de un pueblo campesino y cocalero, desde su creación hasta el presente, a través del estudio diacrónico de la evolución de su estructura agraria. El trabajo desarrolla su propósito, por un lado, a través de las correlaciones entre la historia local, regional y nacional que a lo largo del trabajo se examinan; y por el otro, por medio del contrapunto entre los registros de historia y de memoria que más adelante se expone.

2. Marco Teórico

Los conceptos centrales que articulan esta investigación son los de estructura agraria y acción política campesina. En primer lugar, el concepto de estructura agraria fue instaurado por Antonio García Nossa en varios de sus libros y luego retomado por Absalón Machado, quien realizó un balance histórico del concepto y lo llevó a la práctica en algunas de sus investigaciones⁴. A grandes rasgos, la estructura agraria puede entenderse como el conjunto de relaciones endógenas y exógenas, de carácter dinámico e interdependiente y de corte económico, social, político y cultural, que rigen y configuran la organización de una sociedad rural y que pueden descomponerse en cuatro componentes diferenciados y en un núcleo fundamental. El núcleo fundamental corresponde a la propiedad sobre la tierra y sobre los

⁴ García, Antonio. *El problema agrario en América Latina y los medios de información colectiva*. Quito: Ciespal, 1966. Machado, Absalón. *De la estructura agraria al sistema agroindustrial*. Bogotá: Universidad Nacional, 2002. Pg. 17-36.

medios de producción, que pueden o no estar en manos de los campesinos y de los cuales se derivan los cuatro componentes ya anunciados. El primero de ellos es el uso que reciben la tierra y los medios de producción en el proceso de la producción agrícola. El segundo son las relaciones de producción que los distintos actores sociales establecen y las formas en que se organiza el trabajo agrario. El tercero son las relaciones de poder que se erigen entre los campesinos, las autoridades locales y las distintas instancias del Estado. Y el cuarto son los vínculos que los campesinos sostienen con el mercado local, regional, nacional e internacional.

En segundo lugar, el concepto de acción política campesina fue desarrollado por el historiador inglés Eric Hobsbawm en su consagrado ensayo *Los campesinos y la política*⁵. De acuerdo con Hobsbawm, la acción política campesina puede entenderse como un ejercicio colectivo de poder que constituye la estructura interna de una sociedad campesina, pero que además determina el grado de participación de los campesinos sobre el marco sociopolítico que los circunscribe. La acción política campesina se configura a partir de las relaciones de poder y de las acciones colectivas que los campesinos desarrollan en dos escenarios sobrepuestos: el micropolítico y el macropolítico. El primero alude a las formas de organización política y social que adoptan los campesinos para convivir y sobrevivir en un mismo territorio, agrupados en comunidades locales que interactúan regionalmente. El segundo se refiere a las relaciones de conflicto e interdependencia que los campesinos establecen con el Estado, con el mercado y con la sociedad en su conjunto. En la práctica se advierte que ambas dimensiones están íntimamente relacionadas: pues así como las acciones micropolíticas son una respuesta local y colectiva frente a las políticas del Estado, las acciones macropolíticas son un ejercicio público de movilización que manifiesta la postura de los campesinos frente a las políticas que los afectan en su espectro micropolítico.

Aterrizados al estudio de la historia de Huisitó, los conceptos de acción política campesina y de estructura agraria ofrecen la necesaria amplitud temática y analítica para examinar los diferentes procesos históricos del corregimiento desde un enfoque integrador. Además, ambos conceptos guardan una estrecha relación dialéctica: pues de la misma forma en que la

⁵ Hobsbawm, Eric. *Los campesinos y la política*. Barcelona: Cuadernos Anagrama N°128, 1976.

estructura agraria condiciona el desarrollo de una determinada acción política campesina, la acción política campesina conlleva a la transformación o a la conservación de una cierta estructura agraria.

3. Antecedentes Historiográficos

Entre los antecedentes historiográficos de esta investigación es importante diferenciar los antecedentes temáticos de los antecedentes contextuales. En los primeros se incluyen los trabajos académicos que han desarrollado objetos de estudio muy similares aunque en otros escenarios de observación. En los segundos se cuentan los trabajos que se han aproximado a alguno de los aspectos relacionados con la estructura agraria del corregimiento de Huisitó. Los antecedentes temáticos más relevantes fueron referenciados líneas arriba, por lo que a continuación se expone un balance de los tres antecedentes contextuales que figuran como antecedentes del presente estudio y que incluyen información primaria y secundaria para analizar el pasado del corregimiento.

El primer trabajo realizado sobre Huisitó fue escrito por Juan Diego Castrillón, quien en su tesis de pregrado en antropología estudió el proceso de colonización del corregimiento desde una perspectiva sociocultural⁶. Sobre este período histórico el autor analizó: la relación entre los colonos paisas y los nativos negros, las dinámicas de poblamiento, la apropiación de la tierra, el establecimiento de los sistemas productivos, los usos del suelo y la reproducción de los imaginarios socioculturales de los colonos de origen paisa en la fundación y construcción de un nuevo pueblo, Huisitó, que correspondiera a las prácticas sociales, económicas, culturales y religiosas que acostumbraban antes de su destierro. Una de las mayores virtudes del trabajo de Castrillón, además de su metódica exposición, es la de incluir fuentes primarias como fotografías y testimonios de los primeros colonos y de los nativos más antiguos de la región. Entre sus limitaciones se cuentan la falta de referencias a la organización política y económica del pueblo, así como la omisión sobre la presencia de la guerrilla y de los cultivos de marihuana y de coca a partir de 1975.

⁶ Actualmente, Juan Diego Castrillón oficia como rector de la Universidad del Cauca. Castrillón, Juan Diego. *Dinámica de Una Frontera de Colonización, Huisitó, El Tambo, 1948 –1988*. Tesis de pregrado en antropología. Popayán: Universidad del Cauca, 1990.

El segundo autor que ha estudiado el pasado del corregimiento es el agrónomo caucano Jorge Giraldo, quien ha visitado la zona de manera regular desde 1974 y quien además es vicepresidente de la Asociación de Cacaoteros de Huisitó. Giraldo ha escrito dos trabajos sobre la historia de Huisitó y en sus decenas de recorridos por la región ha capturado cientos de fotografías que figuran como el principal archivo visual de esta investigación. En su primera aproximación, Giraldo examinó los sistemas, las relaciones y las técnicas de producción agropecuaria del corregimiento a partir de la transformación estructural que sufrió la economía campesina de subsistencia por la producción de hoja de coca y de pasta base de cocaína, a partir de 1980⁷. En su segundo proyecto, escrito en 1987, Giraldo describió la llegada de la guerrilla de las FARC en 1979 y reseñó la formación de la primera economía cocalera de Huisitó, refiriendo las fases del proceso de producción y la evolución de los niveles de precios⁸.

El tercer trabajo sobre el corregimiento fue escrito por Silvana Bolaños, quien en su tesis de comunicación social escribió siete crónicas periodísticas sobre su pueblo natal, Huisitó⁹. Cada una de ellas retoma una parte de la historia de Huisitó, desde los pobladores negros hasta el presente, a través del relato de vida de uno o de varios de sus habitantes. Si bien las crónicas privilegian una aproximación narrativa y literaria al pasado del corregimiento sobre una mirada crítica, histórica o analítica, las entrevistas realizadas por Bolaños durante su fase de campo son un valioso testimonio para acercarse a la memoria de los campesinos.

En el marco de estos antecedentes contextuales, la pertinencia de la presente investigación es la de ofrecer una aproximación histórica al desarrollo de la estructura agraria de Huisitó, desde los inicios del proceso de colonización de origen paisa hasta el presente (1950-2015). Esta mirada panorámica permite comprender de forma metódica las transformaciones

⁷ Giraldo, Jorge; Ruiz, Leider. *Aproximación al conocimiento de los sistemas de producción agropecuarios y al manejo del medio natural en la región de Huisitó en el Pacífico caucano*. Buga: Centro Latinoamericano sobre Agroecología y Desarrollo, 1995.

⁸ Giraldo, Jorge. *Trabajo y Violencia: caso de las regiones de Huisitó y San Juan en El Tambo, Cauca*. Universidad Nacional de Colombia, Sede Palmira: Trabajo de Seminario Histórico, Facultad de Ciencias Agropecuarias, 1987.

⁹ Dos años después, por su excelencia, la tesis fue publicada por la Universidad del Cauca: Bolaños Torres, Silvana. *Huisitó, siete crónicas sobre una transformación*. Popayán: Universidad del Cauca, 2014. Disponible en: <http://www.unicauca.edu.co/editorial/sites/default/files/librosDigitales/huisito-completo.pdf>

económicas, sociales, políticas y culturales que ha atravesado la historia del corregimiento. Otra contribución significativa de este trabajo es la de explicar las distintas correlaciones que existieron entre la historia local, regional, nacional e internacional a partir del estudio de diferentes fuentes primarias y secundarias. Por último, quizá la mayor innovación de la investigación que aquí se presenta sea la de exponer el pasado de Huisitó por medio del contrapunto entre los registros de historia y memoria que se explica más adelante

4. Metodología

Antes de detallar las metodologías utilizadas en la elaboración de este estudio es necesario dedicar unas palabras al origen de este trabajo. La iniciativa de realizar esta investigación surgió de las dos asociaciones campesinas que actualmente existen y trabajan en Huisitó, de los maestros del colegio del corregimiento y de varios líderes comunitarios de la zona. El principio epistémico que fundamenta el trabajo es el de conocer detalladamente las transformaciones que ha sufrido el pueblo a lo largo de su historia para fortalecer los procesos de cambio y de resistencia que los mismos campesinos han venido coordinando durante las últimas décadas. En esta medida el estudio no es sólo una investigación sobre la historia de Huisitó, sino que es también una investigación para la comunidad de Huisitó. La naturaleza política y pedagógica del trabajo consideró un diseño participativo del anteproyecto de la investigación y también proyecta su pronta devolución sistemática, aunque la realización de las entrevistas, la búsqueda e interpretación de las fuentes y la escritura del documento fueron un ejercicio individual. Principalmente, por las ocupaciones cotidianas de los campesinos que no les permiten participar sostenidamente de un proceso de formación/investigación, así como por los límites de tiempo para realizar y entregar el trabajo de grado. La concertación del anteproyecto ocurrió al final de mi primera visita al corregimiento de Huisitó, en el mes de diciembre de 2015, y la fase de campo de la investigación tomó lugar en los meses de junio y julio de 2016.

Las metodologías empleadas para realizar esta investigación historiográfica fueron tres:

La primera fue la revisión bibliográfica de los antecedentes ya reseñados y de otros estudios históricos que al no ser transversales al trabajo serán introducidos en el transcurso de los

capítulos antes de ser citados. Estas investigaciones fueron fundamentales para evidenciar las distintas correlaciones entre la historia local, regional, nacional e internacional, especialmente en el segundo capítulo, al explicar la trayectoria histórica y geográfica de los cultivos de coca en Colombia.

La segunda fue la interpretación crítica de diferentes tipos de fuentes documentales. Las únicas fuentes documentales que podrían considerarse originarias del corregimiento son las fotografías del Archivo Jorge Giraldo que acompañan el desarrollo del trabajo. Las fotos de Giraldo registran la transformación histórica de los sistemas productivos, las costumbres y tradiciones locales, el crecimiento del casco urbano, la degradación del paisaje natural y la vida cotidiana de los pobladores. Las fotos me fueron entregadas directamente por su autor y por su riqueza iconográfica las he incluido a lo largo de los dos capítulos del trabajo para ilustrar, contrastar, respaldar y profundizar el análisis realizado. La ausencia generalizada de fuentes documentales provenientes de Huisitó se explica por la primacía histórica que la oralidad ha tenido en el pueblo, sobre la imagen y la escritura. El resto de los documentos estudiados, entonces, son externos al área de estudio.

En el primer capítulo se estudian los Censos Agropecuarios realizados en 1960 y en 1970 por el DANE para caracterizar el tamaño, la tenencia y los usos de la tierra en Huisitó a través de las estadísticas municipales registradas para El Tambo. La precaria tecnología de la época y la falta de cifras localizadas en el corregimiento hacen que esta aproximación cuantitativa tenga un carácter indirecto y tentativo, que no por ello deja de ofrecer un concepto general sobre las dimensiones de la estructura agraria del área de estudio durante las décadas de 1950, 1960 y 1970. Algo parecido sucede con los informes oficiales del Sistema Integral de Monitoreo de Cultivos Ilícitos (SIMCI) que fueron estudiados en el segundo capítulo para establecer las dimensiones de los sistemas productivos cocaleros posteriores al año 2001¹⁰. Aunque el SIMCI utiliza tecnología satelital para monitorear el comportamiento de los cultivos de coca en la geografía nacional, los registros que publica están clasificados por departamentos y municipios, de modo que para entrever la superficie,

¹⁰ El SIMCI es una dependencia de las Naciones Unidas que comenzó a operar en Colombia después de la firma del Plan Colombia con el fin de facilitar su efectiva implementación a través de la detección satelital de la distribución de los cultivos de coca en la geografía nacional.

la cantidad y la densidad de los lotes cocaleros en el corregimiento es necesario extrapolar los resultados publicados para El Tambo. Esta proyección se complementa con los insumos cartográficos de los que el SIMCI dispone en su Sistema de Información Geográfico (SIG), en donde se observa con claridad que Huisitó es uno de los territorios con mayor extensión y concentración de cultivos de coca en todo el municipio y el departamento.

Otro de los archivos cartográficos que consulté para elaborar los mapas introductorios del primer capítulo fue el del SIG del Instituto Geográfico Agustín Codazzi. De allí tomé los mapas físicos y políticos del departamento del Cauca y del municipio de El Tambo para mostrar la ubicación del corregimiento de Huisitó en su contexto local y regional. El último conjunto de fuentes documentales que consulté en el transcurso de mi investigación fue el de los documentos oficiales de planeación de la administración municipal y departamental, de donde extraje la información necesaria para enmarcar el medio ambiente de Huisitó. También debo anotar que en repetidas ocasiones visité el archivo público de la alcaldía y de la gobernación pero en ninguno de los dos pude encontrar ningún documento sobre Huisitó. Una evidencia más de la marginación estructural del Estado sobre el corregimiento.

Finalmente, la tercera metodología de investigación que utilicé para desarrollar este proyecto estuvo asociada a la fase de campo que emprendí durante junio y julio de 2016, en la que realicé observaciones directas y entrevistas semi-estructuradas. Durante los dos meses que estuve en Huisitó tuve la oportunidad de recorrer gran parte del territorio y de observar las dinámicas cotidianas de un pueblo cocalero, que con mucha dificultad pueden entenderse a través de las descripciones de los libros. La experiencia de vivir en Huisitó me permitió descubrir el pasado del pueblo desde su presente, pues antes de aquella visita no comprendía el sentido profundo de las problemáticas ni de las reivindicaciones históricas por las que los campesinos venían luchando durante décadas. La observación directa me permitió estudiar la historia de Huisitó *in situ* para reconocer: el funcionamiento de las distintas fases de la economía cocalera y los impactos de los capitales del narcotráfico; la relevancia de los mercados, de los billares y de las iglesias sobre el tejido social; la dificultad que vivieron los primeros colonos que para abrir sus primeras mejoras se enfrentaron a la selva y a la montaña; la organización de las dos asociaciones campesinas y

de la Junta de Acción Comunal que coordinan los procesos de transformación del pueblo; la brutalidad de la marginación y de la represión del Estado; la interdependencia en la que conviven los campesinos y los guerrilleros; la base material de la historia de Huisitó y el sustrato real de los conceptos de la investigación; entre tantos aprendizajes más que darían para contar varias anécdotas. En síntesis: la historia también se aprende desde su contexto.

A lo largo de mi estadía realicé doce entrevistas en profundidad con los doce campesinos que se mostraron más interesados en participar del proceso de la investigación. Procuré que la muestra de los entrevistados fuera variada y que cada uno de ellos hubiera vivido experiencias históricas diferentes para conocer diferentes ángulos del pasado del pueblo. En principio, el objetivo de las entrevistas era recoger información primaria que pudiera contribuir a reconstruir la evolución de la estructura agraria de Huisitó entre 1950 y 2015. Sin embargo, en el transcurso de las entrevistas comenzó a ocurrir un fenómeno inesperado que terminaría por ampliar las aspiraciones de la investigación. Cuando la gente comenzaba a relatar la historia del pueblo de alguna manera también empezaba a contar su propia historia de vida, de modo que la vida pública y la vida privada de los campesinos empezaba a fundirse durante las entrevistas hasta que al final no se podía entender la una sin la otra. Los testimonios de los campesinos eran muy interesantes porque con sus relatos de vida rescataban la dimensión humana de la historia en dos direcciones: por un lado, detallaban la forma en que ellos mismos habían participado en la configuración de la estructura agraria; y por el otro, reconocían el impacto que la evolución de la estructura agraria había tenido sobre sus vidas personales y familiares. De modo que la historia de vida de los campesinos iluminaba la comprensión de la historia del pueblo, así como la historia del pueblo ayudaba a entender las historias de vida de los campesinos. Entonces surgió la idea de presentar los resultados de la investigación a través de un contrapunto entre la historia y la memoria.

5. Contrapunto: Memoria/Historia

Los resultados de la investigación están presentados en dos canales paralelos que forman un contrapunto complementario entre la historia y la memoria. El canal de historia presenta el proceso de configuración de la estructura agraria, mientras que el canal de memoria retoma las historias de vida de los campesinos de Huisitó. Ambos canales se articulan alrededor del

desarrollo de las temáticas de cada capítulo y abordan el mismo objeto de estudio mediante dos aproximaciones interdependientes. El modelo creado para realizar este contrapunto está inspirado en el método de escritura desarrollado por Orlando Fals Borda en su prodigiosa *Historia Doble de la Costa*, en la que dispuso de dos canales paralelos de comunicación para presentar los resultados de la investigación histórica y sociológica que durante más de siete años había realizado en la región del Magdalena Medio. Por el primero de los canales, ubicado sobre las páginas del costado izquierdo del libro, el autor escribió una narración literaria de la experiencia vivencial del proceso de investigación, con observaciones y anécdotas personales, a la vez que expuso los hallazgos y las conclusiones del trabajo en un estilo testimonial bastante parecido al de la crónica. El propósito de este primer canal, de acuerdo con el mismo Fals Borda, era el de propiciar y reforzar la transmisión efectiva de la información y la devolución sistemática del conocimiento, con el fin de que las comunidades ribereñas pudieran integrar los resultados de la investigación a sus reivindicaciones históricas, a sus proyectos políticos y a su organización colectiva.

Por el segundo de los registros, extendido sobre las páginas del costado derecho del libro, Fals Borda elaboró un análisis crítico de orientación marxista sobre los procesos históricos y sociológicos de la región del Magdalena Medio, acompañado de una rigurosa reflexión teórica y metodológica sobre los fundamentos políticos, ideológicos y académicos de la Investigación Acción Participativa. De esta forma, los dos canales se retroalimentaban a lo largo del trabajo para presentar los resultados de la investigación y para demostrar que la producción participativa del conocimiento, su escritura contextualizada y su amplia divulgación social eran indispensables para adelantar la transformación estructural y material de la *sociedad anfibia*¹¹.

Por mi parte, decidí adoptar el formato expositivo y editorial inaugurado por Fals Borda, aunque con una modificación importante: el primer canal de mi trabajo expondría la memoria de los campesinos sobre el proceso de configuración de la estructura agraria, en donde se iría desarrollando su propia historia de vida, mientras que el segundo canal desarrollaría un estudio histórico de la misma evolución de la estructura agraria, con base en

¹¹ Fals Borda, Orlando. *Historia Doble de la Costa*. Bogotá: El Áncora, 2002.

el análisis crítico de los testimonios recogidos y de otras fuentes primarias y secundarias. Un mismo objeto de estudio abordado desde dos perspectivas concomitantes. La propuesta fue muy bien recibida por los entrevistados, quienes se mostraron emocionados de contar sus propias historias de vida para contar la historia del pueblo. Ahora bien, la adopción de este doble registro requiere de una necesaria reflexión sobre las diferentes relaciones que acercan y distancian a la memoria de la historia.

Una revisión atenta de *La Memoria Colectiva* de Maurice Halbwachs, publicada en 1950 como el primer estudio teórico y sistemático sobre la memoria en las ciencias sociales, enseña que la memoria puede entenderse como el conjunto de recuerdos y de olvidos, conscientes e inconscientes, con los que un individuo, una comunidad o una sociedad evocan discursivamente su pasado, desde el presente, para configurar su identidad histórica y para dar cuenta de sí mismos frente a la alteridad. La memoria esconde sus raíces en la experiencia de vida de quien rememora y en la tradición del grupo social al que pertenece, por lo que resulta cierto que aunque hay tantas memorias como individuos, la memoria individual forma parte de una memoria colectiva mucho más amplia que la circunscribe, la constituye y la condiciona. De igual manera, en una misma sociedad coexisten diferentes memorias colectivas que disputan entre sí por imponerse a través de los grupos sociales, las instituciones y los sujetos que las abanderan, lo que explica las relaciones de poder que enfrentan a las memorias hegemónicas con las memorias subalternas. Estas relaciones son mucho más que un conflicto simbólico o discursivo, pues la instauración de una memoria hegemónica va acompañada de prácticas materiales que benefician a los grupos poderosos y que naturalizan la explotación y discriminación de los grupos marginados¹².

Para el caso de Huisitó, las memorias individuales de los campesinos que aquí se presentan forman parte de la memoria colectiva del corregimiento, que socialmente ocupa un lugar subalterno frente a la memoria hegemónica del Estado y de los medios de comunicación. No deja de ser anecdótico, a este respecto, mencionar la enorme ofuscación que sintieron algunos campesinos de Huisitó cuando en el curso de mi trabajo les compartí, entre otros, los recortes de prensa que se habían escrito sobre la zona y los documentos oficiales que las

¹² Halbwachs, Maurice. *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004.

Naciones Unidas y el Gobierno Nacional habían publicado sobre el corregimiento. De acuerdo con los periódicos nacionales y regionales, entre los que encontré más de cincuenta noticias sobre la región y veinte noticias sobre el pueblo, desde 1991 hasta 2015, Huisitó era un peligroso territorio de guerrilleros y narcotraficantes en el que todos los días se veían enfrentamientos, asesinatos y desapariciones. Por su parte, los informes oficiales denunciaban la alarmante extensión y densidad de los cultivos de coca en el corregimiento, resaltando la urgente necesidad de retomar las fumigaciones aéreas y las erradicaciones manuales forzosas, con el apoyo de la Fuerza Pública, pues en los últimos años se había demostrado la “creciente influencia” de la guerrilla y la “poca disposición” de los cocaleros por acogerse a los programas y proyectos estatales de sustitución voluntaria. La indignación de los campesinos no respondía a que estas noticias e informes fueran falsos y equivocados, en el sentido de que mintieran sobre la presencia de cultivos de coca, guerrillas y mafiosos en el corregimiento, sino a que redujeran, simplificaran, estigmatizaran y deshumanizaran la historia, las necesidades, las dificultades y las iniciativas de cambio de toda una comunidad bajo un único estereotipo criminal.

En respuesta a estos humillantes precedentes de violencia simbólica, los testimonios locales emergían como una estrategia pacífica y colectiva de resistencia y oposición frente a los discursos oficiales de estigmatización y criminalización, que en gran medida habían servido para justificar públicamente la marginación estructural y las políticas represivas del Estado sobre el corregimiento de Huisitó. El lenguaje era uno de los medios con que la comunidad podía enfrentarse a las incursiones militares, a los escuadrones de erradicadores y a las corrosivas estelas de glifosato que las avionetas del gobierno habían dejado caer sobre las fincas, veredas, ríos y selvas de toda la región. La memoria era uno de los mecanismos de defensa que los campesinos podían levantar contra las opresivas violencias del Estado, y aunque la memoria no les ayudaría a deshacer o retroceder los trágicos hechos del pasado, sí les devolvería el derecho de denunciar lo sucedido y la dignidad de contar su propia historia hacia el futuro. La recopilación, traducción y publicación de las historias de vida de algunos de los habitantes de Huisitó, entonces, era una oportunidad para humanizar a las familias que la prensa y los gobiernos habían intentado deshumanizar en sus discursos, con el claro propósito de legitimar su fuerza y su ausencia, al criminalizar a los campesinos

como cocaleros, invasores de tierras baldías, narcotraficantes y colaboradores guerrilleros. La inclusión del canal de memoria dentro del cuerpo escrito del trabajo se enmarca en este propósito de reconocimiento y encamina la devolución sistemática de la investigación.

Un comentario especial merece la metodología de escritura que desarrollé para elaborar el canal de memoria. He dicho que las entrevistas que realicé fueron de tipo semi-estructurado y que tuvieron una exploración en profundidad. Con ello quiero decir que con la mayoría de los campesinos tuve varias sesiones de entrevistas que podrían sumar más de quince horas de grabaciones por entrevistado. Estas grabaciones conforman un importante archivo oral que como resultado de la investigación también será devuelto a la comunidad de Huisitó. Varios campesinos me invitaron a hospedarme en sus fincas para realizar las entrevistas. De manera que durante varios días tuve la oportunidad de escuchar sus memorias, de conocer sus familias y de acompañarlos en sus jornadas diarias de trabajo.

Cuando empecé a escribir el canal de memoria me enfrenté a la inquietante dificultad de que la transcripción literal de las grabaciones desbordaba en demasía los límites del trabajo. La recopilación de cada entrevista transcrita podía sobrepasar las veinte páginas de texto. Por lo que comencé a investigar diferentes alternativas para presentar la memoria recogida de una forma sintética pero sin sacrificar la autenticidad y el lenguaje de los testimonios. Encontré la creación no creativa de personajes colectivos por parte de Alfredo Molano, que no me pareció conveniente por la pérdida de identidad de los campesinos entrevistados, y finalmente me incliné por la técnica de la *imputación* incorporada por Orlando Fals Borda en su *Historia Doble de la Costa*¹³. La descripción detallada de esta técnica puede leerse en sus propias palabras:

“Tanto el viaje mismo que realizamos por el río, como la forma de presentación de la discusión llevan a plantear una técnica de investigación que combina la información sobre hechos con la reflexión y la comunicación basadas en observaciones sucesivas. A esta técnica la he llamado *imputación*, porque hace declarar a los informantes hechos u observaciones demostradas que desbordan sus declaraciones literales, las mismas que puedan constar en diarios de campo o en cintas magnetofónicas. Esta técnica aprovecha la existencia empírica de diversas personas y opiniones para redondear o completar la descripción e interpretación de situaciones reales. Así, en cuanto a la aplicación de esta técnica en la presente obra:

¹³ La técnica de Alfredo Molano puede leerse en varios de sus libros y se explica claramente en el prólogo de: Molano, Alfredo. *Los años del tropel*. Bogotá: Naciones Unidas, 1985. Pp. 9-33.

todos los personajes existen y sus nombres son reales. Parte del texto publicado es transcripción literal de grabaciones realizadas y anotaciones hechas en diarios de campo. No obstante, como la metodología que he adoptado exige tomar en cuenta no sólo la seria y objetiva recopilación de datos, sino la eficacia en la transmisión y comunicación de la información—la devolución sistemática del conocimiento— hubo de imputársele a los personajes entrevistados hechos, datos y conceptos recogidos posteriormente o en otros escenarios investigativos que redondeaban, clarificaban, corregían o completaban el pensamiento originalmente registrado. La confirmación del texto por los mismos imputados se hizo posteriormente, como parte de la técnica, con la lectura del manuscrito de esta obra y con la discusión directa entre nosotros, el escritor principal y los otros personajes activos, de lo aquí contenido y expresado”¹⁴.

En este sentido, la escritura del canal de memoria no es el resultado de una transcripción, sino que es el producto de un proceso de *imputación* que atraviesa una traducción entre la oralidad de las entrevistas y la redacción del testimonio. Cada una de las memorias expuestas a lo largo del trabajo es la síntesis de las historias de vida y de las reflexiones de los campesinos, que fueron organizadas e introducidas según los objetivos y las temáticas de cada uno de los capítulos. Por cuestiones de espacio todas las memorias recogidas no pudieron ser incluidas en el contrapunto. Uno de los puntos pendientes de la investigación es la de escribir las memorias omitidas en un futuro proyecto. También hace falta socializar y validar los testimonios escritos con los campesinos, deber que por límites temporales no pudo cumplirse antes de la entrega de este trabajo pero que será realizado en el mes de julio del presente año, cuando vuelva a Huisitó para compartir el trabajo y para seguir trabajando en la elaboración de diferentes materiales que intermedien la devolución acordada.

Por su parte, el aporte del canal histórico se fundamenta en ofrecer una interpretación metódica, crítica, esquemática y cronológica de la configuración de la estructura agraria del corregimiento de Huisitó. La historia sistematiza los testimonios recogidos a través de la creación de un marco temporal y espacial de referencia para ubicar los hechos referidos, y profundiza las memorias de los campesinos por medio del estudio detenido de otras fuentes primarias y de bibliografía académica que permite señalar las correspondencias entre la historia local del corregimiento y la historia regional, nacional e internacional. La naturaleza analítica y ordenada de la historia contribuye a enriquecer la comprensión que los campesinos de Huisitó tienen sobre su propio pasado.

¹⁴ Fals Borda, Orlando. *Historia Doble de la Costa*.... Pp. 26B-27B.

Finalmente, para terminar de perfilar la compleja relación entre la historia y la memoria vale la pena retomar las reflexiones del antropólogo Joël Candeau, quien en su difundida *Antropología de la Memoria* sugiere que:

“No puede existir historia sin memorización y el historiador se basa, en general, en datos vinculados a la memoria. Sin embargo, la memoria no es la historia. Ambas son representaciones del pasado, pero la segunda tiene como objetivo la exactitud de la representación en tanto que lo único que pretende la primera es ser verosímil. Si la historia apunta a aclarar lo mejor posible el pasado, la memoria busca, más bien, instaurarlo, instauración inmanente al acto de memorización. La historia busca revelar las formas del pasado, la memoria las modela, un poco como lo hace la tradición. La preocupación de la primera es poner orden, la segunda está atravesada por el desorden de la pasión, de las emociones y de los afectos. La historia puede legitimar, pero la memoria es fundacional. Cada vez que la historia se esfuerza por poner distancia respecto del pasado, la memoria intenta fusionarse con él”¹⁵.

En otras palabras, no hay motivos para enfrentar a la historia y a la memoria porque cada una persigue fines distintos. La historia se ocupa de estudiar el pasado y la memoria se encarga de significarlo. La historia se interesa por la *verdad fáctica* de los hechos y la memoria se preocupa por su *verdad semántica*. La historia se interesa por criticar e interpretar las fuentes para elaborar la explicación más certera posible sobre lo que realmente sucedió, mientras que la memoria crea, deshace y recrea el pasado con diferentes discursos para fundar un presente, un futuro, una comunidad y una identidad. La historia examina el pasado, la memoria lo imagina. La historia reconstruye los hechos, la memoria los proyecta. La historia analiza huellas, la memoria las dibuja. La historia es pedagógica y la memoria es performativa. La historia vive en los libros y la memoria vive en los pueblos. No hay historia sin fuentes y sin hechos, ni hay memoria sin recuerdos y sin olvidos. El contrapunto que aquí se establece reconoce la importancia de ambas aproximaciones y pretende los posibles complementos entre ambas, sin subordinarlas entre sí.

6. Estructura del Trabajo

La estructura del trabajo está compuesta por dos capítulos que desarrollan su objetivo a través del doble registro historia/memoria. El primer capítulo estudia la constitución de la estructura agraria del corregimiento, en el período 1950-1975, por medio del análisis del proceso de colonización de origen paisa que condujo a la fundación oficial de Huisitó y al poblamiento extensivo de su territorio. El capítulo empieza por caracterizar las condiciones geográficas y

¹⁵ Candeau, Joël. *Antropología de la Memoria*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2002. Pp. 56.

ambientales que enmarcaron, influyeron y condicionaron la configuración de la primera estructura agraria del área de estudio. Después estudia el funcionamiento de los sistemas productivos y de las relaciones sociales de producción. Luego examina la formación de una economía campesina de subsistencia y por último expone las estrategias de organización política y de movilización colectiva que adoptaron los campesinos para construir un nuevo pueblo y para sobreponerse a la marginación estructural del Estado.

El segundo capítulo analiza los cambios económicos, sociales, culturales y ambientales que el desarrollo de la economía marimbera y cocalera introdujo en la estructura agraria del corregimiento de Huisitó, en el período 1975-2015. Para comenzar, el capítulo refiere las transformaciones económicas y sociales con que la bonanza marimbera afectó los pilares de la economía campesina de subsistencia (1975-1980). Luego enmarca el desarrollo local de la economía cocalera a partir de un panorama regional, nacional e internacional sobre el comportamiento histórico de los cultivos de coca (1980-2015). Después caracteriza los sistemas, las relaciones y las técnicas de producción que la economía cocalera introdujo en la estructura agraria de Huisitó (1980-2015). Por último establece los profundos impactos sociales, económicos, culturales y ambientales que el desarrollo de la economía cocalera contrajo sobre la comunidad y el corregimiento de Huisitó.

Al final del trabajo se retoman las conclusiones más importantes de la investigación y se anuncian los asuntos pendientes por seguir profundizando en futuros proyectos.

1. Negros, Colonos y Campesinos (1890-1975)

*Leer en voz alta, despacio, para evocar
la paciencia y la humildad de la escucha*

1. Víctor Torres: *La Leyenda Negra* (1890-1950)

Antes de comenzar quisiera saludar con afecto y gratitud a todos los lectores que se han interesado por escuchar la historia de Huisitó a través de las voces de sus protagonistas. En primer lugar, este trabajo es un homenaje a los campesinos que han vivido la historia de nuestro pueblo. Algunos de ellos ya no nos acompañan con su presencia pero siguen vivos en nuestros recuerdos. Y seguirán vivos si recuperamos y conservamos nuestra historia para no olvidar nuestro pasado. Queremos que las actuales y las futuras generaciones tengan memoria de lo que ha ocurrido en estas montañas, que nuestros niños valoren a sus mayores al conocer las hazañas que enfrentaron, y que todos los que han llegado a estas tierras sepan de dónde venimos para juntos definir hacia dónde vamos. La muerte de nuestros mayores no da espera. Es urgente recoger y atesorar sus palabras antes de que el tiempo y el olvido lo devoren todo. Porque un pueblo sin memoria es como un fuego sin leña. La memoria es como una hoguera: si no se alimenta, se muere. Y moriremos nosotros también si no aprendemos a escuchar la sabiduría y las voces del pasado.

En segundo lugar, nos gustaría que nuestra historia llegara a los oídos de otras regiones y comunidades campesinas. A lo mejor encuentran algún aprendizaje en las fortunas y tragedias que hemos vivido en nuestro pueblo. A nosotros también nos falta conocer sus historias y aprender de sus experiencias. Creo que aunque estemos a días de camino o aunque nunca nos hayamos visto los campesinos tenemos mucho por compartir. Podríamos vivir mejor articulados para luchar en conjunto por los mismos fines. Qué importante sería que todos nos diéramos a la tarea de escribir nuestras memorias para estudiar nuestro pasado y compartirlo con los demás. Esperamos que este trabajo sea un paso más para seguirnos acercando y reconociendo.

En tercer lugar, es nuestro propósito que este libro llegue a las distintas instancias del gobierno para denunciar las injusticias que el Estado ha cometido con nosotros. Queremos dar a conocer nuestra historia en la alcaldía, en el concejo, en la gobernación, en el ejército, en el senado, en las altas cortes y en la presidencia. Porque cómo puede el gobierno hablar

de paz si además de sentarse a negociar con las guerrillas no se sienta a negociar con las víctimas, con los campesinos, con los indígenas, con las negritudes, con los estudiantes, con los trabajadores. La paz no es sólo un asunto de armas y de enfrentamientos, es también una cuestión de igualdad, justicia y dignidad.

En especial, nos gustaría que los políticos y los militares que reclaman la fumigación y la erradicación de nuestros territorios tuvieran la sensatez de escuchar nuestras memorias. Para que aprendan que en estas regiones no sólo hay cultivos de coca sino que también hay familias campesinas que luchan por salir adelante y por sobrevivir. Para que sientan la humillación que sentimos nosotros cuando destruyen nuestras fincas y cuando arrancan la fuente más importante de nuestra economía. Para que entiendan que en estas regiones vivimos hombres y mujeres que pensamos y sentimos con la misma capacidad con la que ellos piensan y sienten. Para que comprendan que en este pueblo viven niños y jóvenes como sus hijos o sus nietos, llenos de sueños y de esperanzas. Para que por fin reconozcan que los campesinos que sembramos coca no somos criminales ni bandidos que deben ser reprimidos, expropiados, desplazados y encarcelados. Tampoco somos colaboradores de la guerrilla ni ayudantes de la mafia. No. Los campesinos somos seres humanos y reclamamos nuestro derecho a vivir como seres humanos. Y con este libro también reclamamos el derecho a contar nuestra propia historia.

Por último, en cuarto lugar, queremos que las personas que viven en las ciudades sepan de las dificultades que hemos vivido los campesinos durante tantos años. Porque somos nosotros los que alimentamos a los millones de hombres y mujeres que viven en las ciudades, aunque no lo noten en los estantes de los supermercados o en los restaurantes más sofisticados. Tampoco figuramos en los periódicos o en las novelas y noticieros de la televisión. Pero lo cierto es que Colombia es un país rural: los problemas del campo son también los problemas de la ciudad. Un campo en guerra es un país en guerra, un campo en paz es un país en paz.

Entonces, es indignante que los políticos y los empresarios que toman las decisiones más trascendentales desconozcan por completo la realidad del campo. Creen que por haber estudiado en el extranjero o por tener decenas de diplomas tienen la capacidad de gobernar a Colombia, cuando ni siquiera conocen su gente, su historia y su territorio. Si al menos dedicaran un año de sus vidas a trabajar la tierra y a conversar con los campesinos tendrían

una idea muy diferente del país. Sabrían que no se gobierna desde la comodidad de una oficina o desde las alturas de una avioneta. Dejarían de ver el país a través de los números que desbordan sus informes para por fin escuchar a la gente, a los campesinos, a los colombianos.

También es necesario que los estudiantes y los profesores de los colegios y de las universidades viajen al campo y conversen con los campesinos para que comprendan las desigualdades que fracturan a Colombia. Porque una cosa es estudiar la geografía en los mapas de las bibliotecas y otra cosa es caminar las trochas, los ríos y las montañas. Es distinto estudiar la historia de los libros a escuchar las memorias de quienes sufrieron e hicieron esa historia. Y no quiero decir que una sea más valiosa que la otra, sino que ambas son importantes y que están llamadas a complementarse. Para que los jóvenes no sólo entiendan lo que no han vivido, sino para que lo sientan como si lo hubieran vivido.

Las universidades tendrán mucho por enseñarnos a los campesinos, pero también tendrán mucho que aprender. El trabajo que hemos hecho con la Universidad Javeriana y con Misión País Colombia así lo demuestran. Desde el 2012 han venido decenas de estudiantes, profesores y profesionales que hoy son personas diferentes porque han visitado un pueblo marginado por el Estado y afectado por el conflicto armado, y porque han compartido con los campesinos que luchan por sobrevivir entre la coca y el cacao. Nuestra gente también se ha beneficiado, pues los muchachos que vienen son un gran ejemplo para nuestros niños, visitan nuestras fincas, trabajan junto a nuestros líderes y nos motivan a no desfallecer. Hoy tenemos un Centro Cultural que hemos construido entre todos y que ofrece un nuevo horizonte para nuestra comunidad. También estamos trabajando para que los campesinos de nuestro pueblo puedan transformar y comercializar el cacao que producen, para que obtengan las ganancias que tanto merecen y que hasta el momento quedan en los bolsillos de los intermediarios y de las grandes empresas. Queremos que el mundo sepa que en Huisitó producimos chocolate de primera calidad. De esta forma, los mismos campesinos vamos creando alternativas para sustituir la coca, mientras el gobierno permanece engeguecido con sus miserables estrategias de erradicación. Claro que nos quedan muchos retos por delante, pero vamos por buen camino.

Otro ejemplo significativo de la cercanía que reclamamos son los trabajos universitarios que se han realizado en nuestro pueblo. Está la tesis de Juan Diego Castrillón, los estudios

de Jorge Giraldo, las crónicas de Silvana Bolaños y ahora este libro, que junta las voces de nuestra comunidad con las de la historia académica para provecho de ambas. Pues así como esa historia nos ayuda a entender mejor lo que ha sucedido en nuestro pueblo, nuestras memorias retoman las vivencias humanas que hicieron posible esa historia. Por ejemplo, nosotros sabíamos que aquí se sembraba bastante coca, pero no sabíamos que esta era la cuarta zona del país con mayor cantidad de cultivos y que el nombre de Huisitó aparece en los documentos de inteligencia del Gobierno Nacional y de las Naciones Unidas. Tampoco habíamos visto las más de 40 noticias que se han escrito en diferentes periódicos sobre Huisitó y que sólo hablan de enfrentamientos armados y narcotráfico. Entendíamos que la coca se vende muchísimo más cara en Estados Unidos que en Huisitó, pero no sabíamos con certeza que la diferencia era 500 veces mayor. Eso quiere decir que el kilo de pasta de coca que aquí se vende a 2 millones de pesos en Estados Unidos, como cocaína, alcanza un precio de 1.000 millones de pesos. Es absurdo: mientras que todos los intermediarios se enriquecen del sudor de los campesinos, el Estado sigue creyendo que los campesinos somos el centro del problema, cuando finalmente somos los que más trabajamos, los que más sufrimos y los que menos ganamos. Si hemos sembrado coca es porque no hemos encontrado otras alternativas para sobrevivir dignamente. Nos faltan vías, créditos, acompañamiento técnico, precios justos y una comercialización asegurada, por no hablar de las enormes carencias que tenemos en educación, vivienda y salud.

Del otro lado, las memorias que aquí se recogen son el rostro humano de nuestra historia. Cada relato es el recuerdo de las experiencias que hemos vivido y en una sola voz recoge las vivencias de muchas otras voces. Esperamos que al escuchar nuestras memorias los lectores sientan que estamos conversando como viejos amigos. Queremos contarles cómo era la vida de los primeros negros que vivieron en estas montañas, cómo y por qué entraron los refugiados de la violencia que fueron colonizando esta región, cómo llegaron los cultivos de coca y por qué han sido una alternativa para muchos campesinos, cómo llegaron las guerrillas y cuál ha sido su relación con nuestra comunidad, cómo hemos sufrido las fumigaciones y las erradicaciones del Plan Colombia, qué hemos hecho para sobreponernos a la represión y a la marginación del Estado, entre muchas cuestiones más.

Este libro es una oportunidad para contar la historia de nuestro pueblo, que no es un pueblo violento y peligroso como muchos creen desde afuera. Es una oportunidad para demostrar que no estamos condenados al olvido y para decir lo que quizá hemos callado por mucho

tiempo. Es un primer esfuerzo por recoger nuestras memorias que no termina de escribirse, porque faltan muchas voces por incluir y porque las futuras generaciones tendrán que continuar con el legado. Es momento de darnos a escuchar con más fuerza que nunca. Muchos dirán que Huisitó es un pequeño pueblo inadvertido en medio de las montañas del Cauca. Y en parte tienen razón: Huisitó no es más que una hoja en medio del bosque. Pero es una hoja importante para nosotros y esperamos que para muchos otros también.



Fotografía N° 1: Víctor Torres conversando con uno de los niños del corregimiento de Huisitó
Fuente: Archivo Jorge Giraldo, 2016

Mi nombre es Víctor Torres, nací en Huisitó en 1959 y soy descendiente de los primeros negros que vivieron en estas montañas. Algunas de las historias que quiero contarles las escuché de los mayores y otras son fruto de mi propia experiencia. Las tengo escritas en el recuerdo porque hace años que perdí la vista y no las he podido escribir. Y ahora las comparto con ustedes para que también las recuerden, las compartan y no las dejen olvidar.

La fundadora de este pueblo fue mi bisabuela Celia Salcedo. Ella fue una valiente mujer negra que por el maltrato de su marido abandonó su hogar en San Juan de Mechengue y viajó con su hija Visitación Torres y con su nieto José María Reyes, todavía en brazos, para empezar una nueva vida en Huisitó. Con ellas viajaron otras familias que soñaban con vivir más cerca de El Tambo y de Popayán, pues por aquellos días, terminando el siglo XIX, se decía que por estas montañas el gobierno pensaba construir una carretera que conectaría el centro del Cauca con el océano pacífico. El proyecto nunca se realizó por la corrupción política que tanto daño le ha hecho a Colombia y hasta nuestros días, más de cien años

después, el Cauca es el único departamento costero del país que no cuenta con una salida al mar.

Mi abuela contaba que cuando ellas llegaron por primera vez estas tierras estaban deshabitadas. Huisitó era la pura y viva selva. Aunque antes vivían por aquí los indios y todavía se encuentran en algunas fincas las guacas y los restos de sus pueblos. Los mayores se acuerdan de ellos porque los indios viajaban hasta San Juan para comerciar con los negros. Su cacique más importante se llamaba Huísito y fue por eso que estas tierras, con el acento de los negros, se conocían en San Juan con el nombre de Huisitó. Así que el pueblo no lo bautizó mi bisabuela, pero el primer rancho de este caserío sí lo construyó ella junto a su familia.

Todo esto que les cuento ocurrió por los tiempos de la Guerra de los Mil Días. Los mayores contaban que el presidente conservador que vino después de esa guerra, Rafael Reyes, regaló todas estas tierras a uno de sus generales como recompensa por sus méritos de guerra. Ese general se llamaba Tomás María Gómez y dicen que cuando vino a conocer estos montes se enamoró de mi bisabuela y abandonó todo lo que tenía en la ciudad para quedarse a vivir junto a ella. Era el único blanco en medio de tantos negros. Y murió ahogado en el río Hispande después de caerse de un puente de guadua, en medio del invierno, aunque algunos dicen que fueron los negros quienes lo ahogaron en venganza por su espíritu explotador y racista.

En todo caso, lo cierto es que los inviernos de entonces eran generosos. El clima era muy húmedo, la niebla era abundante y todos los días llovía sin descanso. Tanto, que por varios meses los mayores se acostumbraban a vivir en medio de las nubes y a trabajar bajo el agua. Los caminos se perdían en medio del barro y los ríos llevaban un caudal desafiante. Por eso, nuestros antepasados suspendían buena parte de sus actividades y evitaban largos desplazamientos, hasta que la llegada del verano compensaba el diluvio para su descanso. Eran tiempos de mucho silencio. No había radios, televisores ni cantinas. Escuchábamos la caída de la lluvia y los sonidos de la selva. De noche los mayores nos reunían alrededor del fuego para calentarnos y para contar las historias de sus mayores. En ocasiones recordaban el tiempo de la esclavitud y todos los dolores que padecieron los antiguos. También contaban cuentos de terror que a los más pequeños nos robaban el sueño, hasta que los

cantos de miles de pájaros, al amanecer, nos despertaban para retomar el trabajo con un nuevo día.

Los mayores vivieron una época de riqueza y prosperidad que poco tiene que ver con la incertidumbre y la escasez que vivimos en nuestros días. No dependían de la coca ni del dinero. Construían sus casas con la madera más fina de la montaña y tenían comida de sobra, por cantidades y para todos. Sembraban yuca, maíz, plátano y otros cultivos de pancoger. Cazaban en los ríos y en las selvas y sin mucho esfuerzo traían peces, guaguas, venados, dantas, osos y nutrias. Aunque lo hacían con mucho respeto, pues cazaban sólo lo necesario para el sustento y se cuidaban de no romper el equilibrio natural. De este modo, teníamos carne y alimentos para vivir tranquilos a lo largo del año.

Lo único que los mayores traían de afuera era la sal, algunas herramientas de trabajo y las telas para elaborar la ropa. A cambio, llevaban el caucho y el oro que extraían de los bosques y de las quebradas. El oro lo recogían de las partes bajas de los ríos con el trabajo de sus bateas, mientras que el caucho lo desangraban de los árboles y lo amasaban en unas bolas enormes que llegaban a pesar hasta cincuenta kilos. Eran tan fuertes que transportaban la carga al hombro y a pie limpio. Atravesaban la montaña por caminos muy difíciles, en medio del agua, del frío y de la selva. El viaje desde Huisitó hasta El Tambo era de una semana: tres días de ida y tres de vuelta. En ambos trayectos disponían de su propia fuerza porque no tenían bestias ni vehículos para ayudarse. Eran grandes caminantes y trabajadores, hombres y mujeres incansables, entregados a su tierra, a sus familias y a su comunidad. Sin embargo, su mundo daría un giro inesperado con la llegada de los colonos paisas, quienes se adentraron hasta este rincón del Cauca para refugiarse de la violencia entre liberales y conservadores, después del asesinato de Gaitán.

2. *José Noel Hurtado: Las aventuras del inspector (1950-1975)*

Mi padre, mi abuelo y mi bisabuelo eran liberales, paisas y montañeros. Yo también, por supuesto, por herencia y por convicción. Mi nombre es José Noel Hurtado, nací en una vereda de Pereira en 1927 y hace 52 años que entré a este pueblo como refugiado de la violencia. Llegué a Huisitó con la firme esperanza de salvar mi vida y la de mi familia, después de haber recorrido infinidad de pueblos, ciudades y departamentos para escapar de la muerte. A mis 89 años, después de tantos pesares y alegrías, quisiera compartir con ustedes algunos episodios de mi historia, que es también la historia de Huisitó. Quiero hablarles de

este hermoso pueblo montañoero. Aquí dejé los mejores años de mi vida y mi juventud, aquí nacieron y crecieron mis hijos, aquí murió mi querida esposa y aquí espero disfrutar los últimos días de mi existencia.



Fotografía N° 2: José Noel Hurtado en una de las calles de Huisitó
Fuente: Archivo Jorge Giraldo, 2013

Mis abuelos paternos y maternos fueron campesinos antioqueños que para sobrevivir a la pobreza viajaron hasta Pereira para colonizar bosques baldíos. Llegaron para buscar las tierras que no tenían y pronto establecieron dos fincas cafeteras de las que guardo los primeros recuerdos de mi vida. Allí viví con mis padres, mis abuelos, mis tíos, mis primos y mis cuatro hermanos menores. Teníamos todo tipo de animales y de cultivos. Jamás nos faltó el alimento. Fueron tiempos de mucha felicidad, aunque cortos, porque pronto mi padre cayó en desgracia y entonces perdimos la finca y todas las propiedades. Llegamos a Pereira con frío, con hambre y con tristeza. Yo tenía 7 años. Arrendamos una pequeña habitación y con mucho esfuerzo logramos salir adelante. Mi padre trabajaba de día y de noche para pagar la renta y para alimentarnos. Desempeñaba todo tipo de oficios, mientras mi madre se empleaba como cocinera y los cuatro hijos continuábamos los estudios de primaria en una humilde escuela de la ciudad.

Un día mi padre abandonó el hogar y entonces tuve que interrumpir mis estudios para empezar a trabajar. Debía sacar adelante a mi madre y a mis cuatro hermanos. Yo era todavía un niño: tenía 12 años. Fui ayudante, mensajero, jornalero, obrero, coterero y secretario. Desde muy pequeño mostré vocación para las letras y para los números, talento

que me ayudó a conseguir trabajo como escribiente en algunas oficinas de prensa y de inspección. Me hubiera gustado seguir estudiando para terminar el bachillerato y para vivir esa maravillosa experiencia que debe ser la universidad. Quién sabe, a lo mejor hubiera sido un buen abogado o un gran escritor.

De aquellos días, además de las dificultades cotidianas, recuerdo las tensiones políticas que reanudaban los enfrentamientos entre liberales y conservadores. Aunque yo era liberal desde la cuna, por amor a mis ancestros, jamás crucé enfrentamientos con hombre alguno por diferencias en nuestros pensamientos. Bien lo dice la Escritura: todos los hombres venimos de la misma arcilla, la humanidad está por encima de la ideología. A lo largo de mi vida he sido un hombre pacífico: soy enemigo de la violencia y amigo de la justicia. Quizá por eso he llegado a viejo. Retomando, lo cierto es que en 1946 los liberales perdieron el poder por dividirse y los conservadores recuperaron la presidencia tras 16 años de derrotas. Al poco tiempo mataron a Gaitán. Yo tenía 21 años y recuerdo que la ciudad quedó destruida por los tropes liberales que se tomaron las calles y por los abusos del ejército que llegó para ajusticiarlos. Allí comenzó el éxodo que después de muchas travesías por fin me trajo hasta Huisitó.

Después del magnicidio perdí el trabajo que tenía por mi ascendencia liberal y tuve que viajar hacia otras regiones para recibir el apoyo de algunos familiares. Después de varios fracasos llegué al Valle del Cauca y allí conseguí trabajo como administrador de una finca cafetera durante algunos años. Tuve un poco de estabilidad y pude casarme con una hermosa muchacha que me regaló su vida como esposa. Su nombre era Graciela. Procurábamos no hablar de política para no tener diferencias con los vecinos, pero la violencia se extendió como una enfermedad hasta llegar al alejado rincón en que vivíamos. Algunos amigos dejaron de serlo y otros se convirtieron en enemigos: comenzaron a insultarnos y a señalarnos por liberales. Pronto llegaron los pájaros y los chulavitas. Poco después se formaron las primeras guerrillas liberales. La muerte se fue convirtiendo en una costumbre cotidiana.

Una vez más, en medio de tantos peligros, tuvimos que dejarlo todo y huir para salvar nuestras vidas. Algunos conocidos nos dieron posada y nos escondieron durante los tiempos más críticos. Luego vino el Frente Nacional y por ese pacto pensamos que la convivencia entre rojos y azules mejoraría. Era el año de 1959. Volví a encontrarme con mi padre y gracias a sus influencias conseguí algunos trabajos como secretario y asistente de inspector,

representando a las fuerzas liberales. Entonces descubrí que la violencia seguía siendo aterradora. Los políticos de uno y otro partido habían perdido el control de la situación. A diario recibíamos denuncias de homicidios y amenazas. Recogíamos los cuerpos de muchísimos campesinos que habían sido asesinados de la forma más macabra. Hasta que uno de los pájaros más temidos del Valle atentó contra la vida de mi padre, disparándole cuatro tiros que lo tuvieron al borde de la muerte. Y aunque gracias al cielo mi padre pudo recuperarse, el tiempo para nuestra familia estaba sentenciado. Llegaban rumores y cartas para que abandonáramos la región. Decían que el gavilán volvería para rematar al gallo culeco y para acabar con los pollitos.

Fue entonces cuando un conocido me comentó que algunos de sus parientes liberales se habían internado bien adentro del Cauca para refugiarse de los pájaros. Al ver mi interés me puso en contacto con algunos colonos que habían entrado a Huisitó pero que habían regresado derrotados, después de fracasar en su intento por producir café. Decían que este pueblo estaba muy apartado y que la vida era salvaje y difícil. Uno de ellos quiso venderme su mejora y se ofreció a acompañarme para mostrarme la región y cerrar el negocio. Pedí una semana libre y me vine con el hombre a conocer estas tierras. Me gustaron por su lejanía. Por aquí vivían muchos paisas y todos eran personas tranquilas y trabajadoras. No había asesinos ni matones. A mi regreso conversé con mi señora y le dije: “Vea miija, esas tierras son muy bonitas pero quedan en el culo del mundo. Los caminos son muy bravos. Usted decide, o seguimos viajando de pueblo en pueblo o nos vamos para el monte. Aunque eso sí, le prometo que si escalamos esas montañas y nos internamos en la selva no volvemos a salir. Nos vamos para comenzar una nueva vida, para perdernos, para no regresar en mucho tiempo”.

El 30 de diciembre de 1963 presenté mi renuncia y en pocas semanas vendimos todas nuestras propiedades, que no eran muchas, para emprender nuestro último viaje. Nos despedimos de los amigos y de la familia y tomamos varios buses hasta llegar a la cabecera de El Tambo. Entramos a la iglesia para santiguarnos y dimos inicio a la caminata. Mi esposa venía con seis meses de embarazo y mis dos hijitos eran todavía muy pequeños. Yo tenía 36 años y aún conservaba mi fortaleza y mi juventud. Durante casi tres días caminamos y dormimos bajo la lluvia. Con la selva a lado y lado atravesamos la cordillera por unos barrizales terribles, tanto que mi esposa perdió sus alpargatas y entonces debí prestarle las mías para continuar descalzo. Los niños lloraban de hambre, de miedo y de frío. Las noches

eran de una oscuridad absoluta. Hasta que llegamos a un río caudaloso y por poco nos devolvemos, pues ni mi esposa ni mis hijos se atrevían a pasar de mi mano. Allí estuvimos por largo rato, hasta que un paisano que encontramos me prestó la mula para pasar a mis hijitos y a mi señora. Otros colonos que encontramos en el camino nos acogieron con generosidad y nos ofrecieron posada y alimento. De no haber sido por ellos jamás habríamos llegado. Luego supimos que se trataba de una tradición arraigada: los paisas que ya habían entrado ayudaban a los paisas que venían entrando.



Fotografía N° 3: Vista panorámica del corregimiento de Huisitó, 1975

Fuente: Archivo Jorge Giraldo

El 2 de febrero de 1964 por fin pisamos el caserío de Huisitó. El pueblo tenía 60 casas de madera que se disponían alrededor de una enorme plaza central. La mayoría de sus habitantes eran paisas liberales de Antioquia y del Eje Cafetero, aunque también había tolimenses, vallunos y negros nativos. Todos los colonos habían llegado a esta zona como refugiados de la violencia. Muchos de ellos eran campesinos sin tierras. Y con mucho esfuerzo venían trabajando para construir un pueblito paisa en medio de estas montañas. A nuestra llegada encontramos una escuela para varones y otra para damas, un puesto de salud, un cementerio, un matadero, una inspección, un hostel de paso, una iglesia católica y una evangélica, un acueducto y un mercado. El mercado se reunía los fines de semana en la plaza central y en él se encontraban todos los productos del campo. Era una dicha: la gente producía sus propios alimentos y nadie en el pueblo padecía hambre. Tampoco nosotros, que

llegamos sin conocer a nadie y que fuimos muy bien recibidos por la anfitriona del hostel de paso.



Fotografía N° 4: Plaza central del corregimiento de Huisitó, 1975

Fuente: Archivo Jorge Giraldo

Al otro día pagamos la noche y la cena y compramos un caballo para seguir con las dos jornadas que nos faltaban para llegar a nuestro nuevo terruño. Este trayecto fue mucho más agradecido que el anterior. Los colonos habían trazado caminos de herradura para facilitar los desplazamientos. Sobre las montañas vimos muchas mejoras abandonadas con el monte renaciendo y con sus casas derrumbadas. Algunos vecinos nos comentaron que eran propiedad de ciertos colonos que habían migrado hacia otras regiones buscando un mejor porvenir, mientras que otros se habían acogido a un plan del gobierno para regresar a sus tierras de origen. Al parecer se habían desmotivado por los malos caminos y por el clima de la región, pues ambos factores habían acabado con sus sueños de impulsar una economía cafetera. En todo caso, no se podían ocupar esas tierras abandonadas porque en algún momento sus dueños podían regresar para volver a ocuparlas o para venderlas. Quien llegaba tenía entonces dos alternativas: o se animaba a tumbar selva para crear una nueva mejora, lo que era riesgoso además de complejo, o compraba la mejora de otro colono para evitarse ese trabajo tan fatigoso, como hicimos nosotros.

Nuestra mejora contaba ya con una pequeña casa de madera y tenía algunos cultivos de plátano y de caña bastante acabados. Lo primero que hicimos, entonces, fue acomodarnos y sembrar bastante frijol y maíz. Yo era ágil con la peinilla y sin mucho esfuerzo pude recuperar

los tajos que la naturaleza había querido robarle a la mejora. Con la escopeta que llevaba cacé algunos animales y así tuvimos carne para los primeros días. Algunos vecinos nos regalaron parte de sus cosechas para ayudarnos a establecer, pero lo cierto es que la necesidad me llevó a salir al pueblo en busca de remesa y de trabajo. Dejé a mi señora y a mis hijitos al cuidado de la tierra. Con el poco dinero que nos quedaba alcancé a comprar seis u ocho mercados para mantenernos el primer mes. Después de eso trabajé en las fincas de algunos colonos como jornalero, machetero y aserrador, aunque de manera interrumpida, porque casi nadie tenía dinero para contratar trabajadores estables.

A falta de una buena carretera los colonos vendían muy pocos productos hacia afuera y tan sólo disponían de los recursos necesarios para comprar lo indispensable. Para compensar la pobreza creaban compañías de amigos, familiares y vecinos para desempeñar colectivamente las labores más exigentes del campo. Se turnaban para trabajar todos juntos en la finca de alguno de los colonos limpiando el rastrojo, adecuando una nueva mejora, construyendo una vivienda o sembrando y cosechando los cultivos. A su vez, el colono que había recibido la ayuda era incondicional con quienes lo habían ayudado. La palabra era sagrada. El compromiso, el deber y la confianza tenían el valor del juramento. Las compañías eran espacios de un compartir sincero en donde los colonos tenían la oportunidad de conocerse, forjar amistad y sumar esfuerzos para superar las dificultades. No todo era trabajo, por supuesto, en muchas ocasiones salían todos a pescar, a cazar o a divertirse. Cuando pienso en aquellos tiempos me acuerdo del poeta Gonzalo Arango, quien dijo: una mano y otra mano no son dos manos, sino manos unidas.

Finalmente, un buen día el inspector se enteró de mi experiencia como secretario y entonces decidió contratarme como su asistente. De ahí en adelante recibí un sueldo que apenas nos alcanzaba para sobrevivir. Yo permanecía trabajando en el pueblo y mi señora vivía sola en la finca con los niños. Cada dos semanas compraba un poco de remesa y bajaba hasta la finca para alimentar a mi familia. Las condiciones eran muy adversas. No teníamos derechos ni existíamos para el gobierno. Cada quien se amparaba a su ángel y a su suerte. Para la muestra la enfermedad de mi esposa, quien por las fatigas del camino, por los cambios de clima y por el exceso de labores terminó presa de un virus que casi la acaba. Tuvo una diarrea severa que durante 15 días le arrebató la conciencia y la dejó postrada en el lecho. Todavía estaba embarazada. Yo salí corriendo para buscar ayuda pero el puesto de salud

era una pobre casita que raramente funcionaba. Terminé por vender el maíz y el fríjol que habíamos sembrado y con ese dinero compré algunos medicamentos que no nos sirvieron para nada. Afortunadamente una de las vecinas era yerbatera y con muchas infusiones de plantas y con baños logró recuperar a mi señora, si bien las secuelas fueron desgarradoras. Por la deshidratación y la desnutrición mi esposa no tuvo leche para alimentar al bebé, que murió a las pocas semanas de nacido. Fue una experiencia muy dolorosa, lo sabrá quien haya perdido un hijo. Nos sentimos derrotados en el alma.

Con la misericordia de Dios y con la ayuda de otros colonos logramos sobrepasar la tristeza. La vida siguió su curso. Un día el inspector que me había contratado se aburrió y abandonó la región, dejándome a mí para remplazarlo. Entonces asumí el cargo de inspector y dediqué todas mis energías para sacar el pueblo adelante. Trabajé de la mano con los líderes de la región y con la Junta para continuar las obras que la comunidad había adelantado antes de mi llegada. Entre todos construimos varios caminos de herradura para comunicar el corregimiento con sus veredas, reforzamos la estructura de las escuelas, instalamos la tubería del acueducto y adelantamos una parte considerable de la carretera para comunicar a Huisitó con El Tambo.

No recibimos ni un solo peso por parte del gobierno. Para financiarnos creamos diferentes multas e impuestos que nos sirvieron para comprar las herramientas y los materiales que requeríamos, así como para alimentar a las decenas de colonos que participaban de las mingas. Las mingas eran muy importantes porque todos juntábamos esfuerzos por el bienestar común. Eran una belleza. Por varias semanas uno podía contar cien colonos trabajando en la construcción de la carretera. Sin importar la lluvia, el frío o el sol. Los hombres tumbaban monte, abrían trocha y removían las piedras más grandes. Las mujeres retiraban algunos escombros y se encargaban de la cocina. Las mingas eran espacios para compartir, para conocernos y para crear unión en nuestra comunidad.



Fotografía N° 5: El inspector José Noel Hurtado (izquierda) con tres policías de Huisitó, Jorge Giraldo y otro colono de la región
Fuente: Archivo Jorge Giraldo, 1980

Entre las multas instauramos sanciones para las riñas públicas y domésticas, para los bandidos y para quienes entraran armados a las cantinas y a los bailaderos. Quienes incurrieran en estos delitos debían pagar una suma proporcional a la falta, además de pasar un tiempo prudencial dentro del calabozo que la misma comunidad había construido para administrar justicia. También pagaban un pequeño impuesto los vendedores del mercado, los matarifes y los cantineros. Cuando estábamos en apuros pedíamos una cuota fija de parte de todos los colonos. Y la gente colaboraba contenta, en dinero o en especie, porque sabía que entre nosotros no había corrupción y que su aporte sería reinvertido para el beneficio de todo el pueblo.

Poco a poco me fui cansando de tanta carga y de los ladrones que fueron entrando a la zona, hasta que por fin renuncié a la inspección para dedicarme por completo a la finca y a la familia. Con el dinero que gané pude comprar algunos animales y sembré cultivos de maíz, de fríjol, de chontaduro, de plátano y de cacao. Nada nos faltaba ni nos sobraba. Fuimos encontrando el equilibrio para sobrevivir. Después de todo, la vida del colono es como la del

árbol. En principio, cuando recién germina, un árbol es una plántula frágil que carece de sustento y que puede morir ante el primer contratiempo. Requiere del atento cuidado de los hombres o del amparo de la naturaleza. Es un ser en desarrollo. Con las semanas crecen sus primeras raíces y su tronco adquiere firmeza sobre la tierra. Con los meses brotan sus ramas y su follaje, al tiempo que nacen sus primeras flores y sus frutos. Con los años se hace alto y robusto y logra resistir la fuerza del viento, del sol y de la lluvia. Así mismo somos los colonos.

Llegamos a esta región como refugiados de la violencia y de la pobreza: sin tierras, sin plata y con esperanzas. Con el apoyo de los colonos que ya se habían instalado pudimos abrir nuestras primeras mejoras, edificar nuestras viviendas y levantar algunos cultivos para engañar el hambre de los primeros meses. También fuimos construyendo los caminos, la carretera y las obras más importantes del pueblo. Aunque claro, así como en el desierto son pocas las semillas que llegan a convertirse en árboles, fuimos pocos los colonos que logramos establecernos en este medio tan adverso. La mayoría de los colonos que entraron se marcharon al poco tiempo por la tempestad de la lluvia, por la falta de carreteras, por la selva y los animales salvajes, por la lejanía, por los peligros, por la marginación del gobierno, por la nostalgia, por las pestes o por la dificultad de vender sus productos en el municipio y en la región. En medio de tantas adversidades fuimos pocos los que logramos tranquilizar la existencia. A fin de cuentas, bien dice la parábola que fueron muchos los llamados pero pocos los escogidos.

3. Luis Acosta: La firmeza del colono (1950-1975)

Aunque todos los colonos que llegaron a esta región venían escapando de las matanzas de los conservadores, hubo unos que prosperaron y hubo otros que al poco tiempo fracasaron. Los que salieron se fueron porque no les gustó la montaña y porque afuera tenían amigos y propiedades para facilitarse la vida. Eran la mayoría. Los que nos quedamos, en cambio, fuimos los que atravesamos la cordillera con el corazón y con los bolsillos rotos. Entramos como sobrevivientes de la violencia, sin familia y sin amigos, y vinimos buscando tierras para liberarnos de esa triste condena que es la pobreza. Mi nombre es Luis Ernesto Acosta, nací en Cartago en 1946 y llegué a Huisitó con 20 años de vida, casado y con ganas de trabajar.



Fotografía N° 6: Luis Acosta trabajando el cacao en su finca de Huisitó
Fuente: Archivo del autor, 2016

Supé de la existencia de este pueblo por un conocido de Cartago que me comentó que esta región tenía muchas tierras buenas por explorar. Afuera era muy difícil conseguir un trabajo estable para vivir con dignidad. Y yo no quería trabajar por una miseria para que algún sinvergüenza se enriqueciera de mi necesidad, no, yo quería trabajar mi propia tierra para disfrutar de los frutos de mi propio esfuerzo. Así que decidí viajar a Huisitó para conocer las fincas y para aprender cómo era la vida de los colonos. La primera vez que vine lo hice acompañado de aquel conocido, que a decir verdad era un pícaro que venía para buscar fortuna y para esconderse de la justicia. Nunca más lo volví a ver. Estuve por aquí menos de una semana y descubrí que las tierras eran fértiles y que la gente era generosa. Encontré cultivos muy agradecidos y entonces quise dejar lo poco que tenía para probar suerte en esta región.

Volví a Cartago con el único fin de recoger a mi señora. Porque el colono necesita una compañera para afrontar los tiempos difíciles y para disfrutar los tiempos felices. El colono necesita a la familia para apoyarse, para ayudarse, para motivarse. No hay quien aguante tantos sacrificios sin el cariño de la familia. Llegamos al municipio de El Tambo con veinte centavos en el bolsillo y con una tula de recuerdos y de trapos viejos en la que viajaban los ausentes. Comenzamos la travesía antes de medio día y recuerdo que cuando llegamos al Asomadero el

sol se ocultaba al otro lado de la cordillera. Por delante teníamos la noche y el camino que llevaba hasta Huisitó. Una trocha a los infiernos: selva, barro, piedras, culebras, abismos, lluvia y oscuridad. Pasamos más de dos días sin probar bocado. Cansados: con hambre, con frío y con calambres. Todavía recuerdo el llanto de la gente cruzando esos caminos. Muchos se devolvían para volver a intentarlo después, con un tiempo mejor. Hombres, mujeres y niños. Mulas, cerdos y terneros. Lloraban de subida y lloraban de bajada.

Ya en el pueblo fuimos recibidos por la dueña del hostel de paso, quien con su hospitalidad puso fin al ayuno y al sueño de dos días de camino. Escuchó toda nuestra historia y para ayudarnos se ofreció a contratar a mi esposa como cocinera para el servicio del hostel. Mientras tanto, yo era un pobre desocupado que intentaba conseguir cualquier trabajo en el pueblo o en las fincas. Era difícil, los colonos se asociaban para trabajar juntos y así compensaban la falta de dinero para contratar trabajadores. De todos modos, en ocasiones me llamaban para que les abriera una nueva parte de su mejora. Yo era diestro con el hacha y con el machete. Cuando no encontraba ningún otro quehacer me empleaba haciendo alguna pendejada en el billar, en la cantina o en el mercado del pueblo. Pero en todo caso, esos oficios eran esporádicos y era mi esposa quien trabajaba por el sustento de los dos. Fue una época muy complicada, apenas podíamos pagar la habitación y la comida. Así duramos más de seis meses. Si no nos devolvimos fue porque no tuvimos con qué pagar el tiquete de regreso y porque no teníamos a nadie que nos recibiera.

También es cierto que con el paso del tiempo nos fuimos integrando a la comunidad. Los demás colonos nos fueron conociendo y así dejamos de ser extraños. Compartíamos en las cantinas, en los billares, en las mingas, en las reuniones, en la iglesia, en el mercado. Eran personas amables y respetuosas. Y claro, cuando la gente descubre que uno tiene un buen corazón y encuentra confianza entonces hace todo lo posible por aliviarle a uno la necesidad. Porque algún día ellos estuvieron en el lugar del refugiado y porque saben que uno vino a trabajar honradamente.

Ya llevábamos casi un año en la cuerda floja cuando por fin uno de los colonos más ricos de la región nos ofreció trabajo fijo en una de sus mejoras. Mi esposa dejó la cocina del hostel y nos fuimos a vivir al monte. Allí estuvimos durante más de un año y fue gracias a esa oportunidad que pudimos establecernos en Huisitó. De nuestro lado, debíamos cuidar las sementeras,

alimentar los animales y tumar monte para seguir creciendo la mejora. Pero sobre todo, debíamos cuidar la tierra de todos los bandidos que asolaban esta región. En ese tiempo había muchas ratas que preferían robar lo ajeno en lugar de trabajar lo propio. Ya después vino la guerrilla y como un gato se los comió a todos. Pero antes debimos crear compañías para defendernos unos a otros. Los pocos policías que había eran una farsa, como todo lo del gobierno. No investigaban, no patrullaban y no se preocupaban por la seguridad de la región. Al fin y al cabo estaban aquí por obligación y no le tenían amor a la zona. Por eso nosotros asumimos su lugar y acordamos turnos y grupos nocturnos para vigilar las fincas. Cuando capturábamos a los pícaros los llevábamos al calabozo del pueblo para que la Junta y el inspector decidieran qué hacer con ellos. Muchos eran colonos nuevos que robaban para calmar el hambre. Aunque también hubo casos en que detuvimos hombres desconocidos o ladrones que ya nos habían robado y a esos no los llevamos al calabozo.

En recompensa por nuestro trabajo, el dueño de la mejora nos daba unos pocos pesos y nos dejaba sembrar y criar animales en la finca. Con esa ayuda pudimos montar una cría de cerdos y sembrar bastante maíz, además de algunos cultivos para el sustento. Los cerdos y el maíz los vendíamos en el mercado del pueblo y con los demás cultivos asegurábamos nuestra alimentación. De esta forma fuimos guardando algunos ahorros hasta que por fin pudimos comprar nuestra propia mejora. De allí en adelante nuestra vida fue mucho más apacible, pues no hay quien aguante hambre con un pedazo de tierra. La tierra bendice y alimenta al que la trabaja con esfuerzo. Lo digo yo que llegué con veinte centavos en el bolsillo y que levanté 14 hijos con la mayor dedicación.

Con los nuevos vecinos que encontramos forjamos amistad y emprendimos varios negocios en compañía. Tuvimos crías de animales y cultivos que sembramos y cosechamos entre todos. Nos turnábamos para ayudarnos en las fincas con los trabajos más desgastantes y de vez en cuando salíamos a pescar y a cazar juntos. Los fines de semana también nos encontrábamos en el pueblo y compartíamos algunas copitas para distraernos. Había mucha solidaridad entre nosotros. Sin darnos cuenta fuimos recuperando la familia que habíamos perdido.

Sucede que cuando uno encuentra el equilibrio y escapa de la urgencia nacen los deseos de tener algo más. Uno mismo se impone nuevas y mejores metas para darle sentido a la vida. Así nos

pasó a nosotros, que después de no tener nada y de conseguir lo necesario quisimos sembrar y vender nuestros productos para vivir con mayor dignidad. Ya habíamos escuchado que los primeros colonos que entraron habían sembrado café y que fracasaron porque el clima no era el apropiado y porque los fletes hasta el municipio eran más caros que las mismas cargas de café. Pero cuando llegamos a la región encontramos una bonanza de lulo muy prometedora que nos inspiró a sembrar lulo en cuanto adquirimos la mejora. Después de todo, estas tierras eran muy fértiles y los lulos que producíamos eran grandes y jugosos. Aunque logramos vender bastante, la emoción fue corta porque los precios bajaron al poco tiempo y porque llegó una peste que acabó con todos los cultivos de lulo de la región. Luego pasó lo mismo con los cultivos de cacao, que murieron por un hongo que contaminó los árboles y pudrió las mazorcas. Hasta que llegaron la marihuana y la coca y entonces no hizo falta carretera ni gobierno para que el dinero por fin entrara a Huisitó.

Tampoco hizo falta el gobierno para que este pueblo tuviera fincas, acueducto, caminos, iglesias, escuelas, puesto de salud y mercado. Este pueblo lo construimos nosotros con nuestros propios recursos. No recibimos la ayuda del gobierno y tampoco quisimos humillarnos para recibirla. El gobierno siempre ha sido enemigo de los campesinos. Nunca se ha preocupado por sus derechos ni por sus condiciones. Sólo ha venido a esta región para recaudar votos, para incumplir promesas y para quitarnos lo poquito que hemos conseguido sin su ayuda. Además, muchos de los colonos que entraron venían huyendo de las fuerzas secretas que habían matado a sus conocidos. Lo último que querían era suplicarle al gobierno que les ayudara a reconstruir sus vidas. Por eso prefirieron levantar el caserío por sus propios medios, con el trabajo de todos, sobreponiéndose a la adversidad. Éramos campesinos con mucha dignidad.

4. Fabio Castro: Recuerdos de la infancia (1950-1975)

Yo fui uno de los primeros estudiantes que tuvo la escolita de varones de Huisitó. Era una escolita pequeña, de madera, en la que estudiábamos muchos de los niños de esta región. No digo todos porque había niños que no asistían a la escuela: unos porque debían trabajar en las fincas para ayudar a sus familias y otros porque vivían muy lejos del pueblo y no podían caminar tantas horas de ida y de venida en una misma jornada. En esos tiempos eran pocas las veredas que tenían escuela por la falta de profesores. Los

niños más grandes tampoco estudiaban porque la escolita era una primaria elemental que apenas llegaba hasta el quinto grado. Quien quisiera terminar el bachillerato debía viajar hasta El Tambo o hasta Popayán, aunque eso no es más que un decir porque nadie disponía de los recursos suficientes para culminar los estudios. Después de estudiar la primaria, entonces, los más pequeños volvíamos a las fincas para trabajar la tierra junto a nuestras familias.



Fotografía N° 9: Escuela del corregimiento de Huisitó
Fuente: Archivo Jorge Giraldo, 1970

Yo vivía a una hora del pueblo y todos los días subía y bajaba la montaña para asistir a la escuela. Sin importar las lluvias, las trochas o el invierno. Teníamos un único profesor que se encargaba de todas las materias, de todos los cursos y de todos los estudiantes. Era un trabajo de mucho compromiso. Tuvimos maestros que renunciaron al poco tiempo de asumir el cargo porque no le encontraron encanto a la zona, al oficio y a la comunidad. Se devolvían tal como habían venido y aquí quedábamos nosotros, sin clases, esperando la llegada de un nuevo profesor. También tuvimos maestros muy entregados que supieron enamorarse del pueblo y de su vocación. Nos enseñaron a leer y a escribir con la mayor

dedicación. Los recordamos con mucho cariño porque apreciaron la humildad que la gran mayoría de los docentes que vinieron no apreciaron.

Pero la educación más importante que recibimos durante nuestra niñez no fue la educación que nos ofreció la escuela, con sus luces y sus sombras, sino la educación que nos entregaron nuestros padres y nuestras familias. A través de su ejemplo y de sus palabras nos enseñaron las lecciones más importantes de la vida. Con ellos aprendimos a trabajar honradamente por el propio sustento, a ser sinceros en el amor, a ser agradecidos y humildes, a ser justos con todas nuestras acciones, a sentir el dolor ajeno, a defender nuestra dignidad y a extender nuestra mano para levantar al caído. Con todo respeto, yo creo que esa educación es mucho más valiosa que la educación que entregan en las ciudades o en las universidades. Porque está escrita en el fondo del alma y del corazón y porque no se compra con dinero ni se recibe con un diploma. Mi nombre es Fabio Castro y entré a Huisitó cuando apenas asomaba los siete añitos, en 1957, acompañado de mi madre, mi padre y mis tres hermanos.



Fotografía N° 10: Fabio Castro en su finca junto a sus cultivos de cacao y de chontaduro
Fuente: Archivo Jorge Giraldo, 2014

Vinimos desplazados del Quindío por la violencia entre liberales y conservadores. Afuera la situación era cada vez más difícil y mis padres sólo querían encontrar un refugio para vivir tranquilos. Escuchamos de Huisitó por un amigo cercano de la familia que nos habló muy bien de estas tierras. Nos dijo que esta región era muy sana y que la convivencia entre todos los colonos era amable y pacífica. Con la esperanza de que así fuera mis padres vendieron su patrimonio y dejaron atrás las amistades para empezar una nueva vida en Huisitó.

El viaje para llegar era muy agotador porque suponía atravesar la cordillera occidental de un costado al otro por unos caminos muy abandonados. Además, esta región era muy lluviosa y en la cima de la montaña hacía un frío terrible. Muchos se enfermaban de los pulmones y del corazón por la falta de abrigo. La gente lloraba de desconsuelo. Yo era todavía un niño y recuerdo que entré con mucho miedo porque había mucha neblina y mucha selva. En unas partes las trochas tenían mucho barro y uno se quedaba atascado por la humedad de la tierra, mientras que en otros tramos el camino era muy pedregoso y cruzaba unos precipicios de mucho vértigo. El paisaje era muy diferente: todo lo que hoy se ve con mejoras o con cultivos de coca antes era montaña virgen.

Después de varios días de camino llegamos al centro del pueblo y pronto mis padres compraron una mejora con los poquitos ahorros que traían. Era mejor comprar una mejora que tumbar un tajo de bosque porque las mejoras abiertas quedaban mucho más cerca del pueblo que las fronteras de selva. Después de todo, los que abrían una nueva mejora no sólo tenían que invertir mucho tiempo y trabajo para arrinconar la naturaleza, sino que también terminaban gastando en los fletes el dinero que habían querido ahorrar desde el principio. Si no son propias, las mulas representan un transporte costoso. Además, mis padres querían vivir cerca del pueblo para que nosotros estudiáramos en la escuela, para asistir a la iglesia y para sacar los productos al mercado con la mayor facilidad posible.

Sin mucha demora nos establecimos y con la ayuda de otros colonos levantamos una casita de madera muy humilde y resistente. A los pocos meses ya teníamos animales de corral, una vaca lechera y cultivos de maíz y de fríjol para alimentarnos. Luego fuimos sembrando chontaduro, plátano, lulo y cacao para vender en el mercado del pueblo o para llevar hacia afuera. En el mercado nos iba muy bien porque todos los colonos llevaban sus productos para venderlos o para intercambiarlos, pero pasaba que el mercado era pequeño y que las grandes cosechas de todo el pueblo eran excedentes que todos queríamos vender en El Tambo o en Popayán. Algunos pocos se arriesgaban a sacar sus productos a lomo de mula, remontando la cordillera, para ganar algunos pesitos que nunca sobraban para comprar la sal, la ropa y el petróleo. Otros también salían con cerdos y terneros para vender en los mataderos de afuera. Y a todos les iba bien cuando los precios eran altos y encontraban buenos compradores, pero cuando los precios eran bajos o los compradores eran usureros muchos terminaban perdiendo porque la ganancia era mucho menor que el esfuerzo y los fletes invertidos.

Para intentar resolver esta situación en varias ocasiones los mayores enviaron delegados a la alcaldía y a la gobernación para exigir la construcción de una buena carretera que nos conectara con el municipio y con el departamento. Algunos dicen que incluso hubo una delegación que viajó hasta Bogotá para buscar el apoyo de los senadores y del presidente. Quién sabe si sea cierto o no, pero de todas formas el llamado no sirvió de mucho porque el gobierno no quiso comprometerse con nosotros. Entonces el pueblo tomó una decisión muy salomónica. En lugar de cruzarse de brazos y resignarse a vivir en el olvido, apartados, ellos mismos comenzarían a construir la carretera que reclamaban. Si la carretera no venía hacia el pueblo, el pueblo iría hacia la carretera.

Algo que nos enorgullece mucho recordar, a mí y a mis hermanos, es que mi padre fue uno de los líderes de ese proyecto. Él fue uno de los promotores de las mingas y uno de los hombres que más trabajó para bajar la carretera desde el Asomadero hasta el Veinte de Julio, que así se llamó porque el 20 de julio de 1970 recibió al primer carro de carga y de pasajeros. Fue una empresa de mucho coraje, claro que sí, porque no es nada fácil abrir

una carretera en medio de la selva, a punta de pico y pala, sin ninguna maquinaria para tumbiar los árboles y para remover las piedras. Además, el clima era muy lluvioso y en las partes altas de la montaña hacía un frío insoportable. Por eso la construcción de la carretera tardó tantos años y requirió del trabajo incansable de cientos de colonos que participaron de las mingas organizadas por la Junta y por el comité encargado.

El avance de la carretera trajo consigo la creación de un pequeño caserío en el Veinte. Algunos colonos se desplazaron hasta ese punto y construyeron un mercado, un hostel de paso y varios restaurantes. Era un lugar intermedio entre El Tambo y Huisitó. De todos modos, debo decir que aunque el descenso de la carretera nos acercó muchísimo más al municipio, no fue suficiente para que este pueblo saliera de la marginación en que vivía. Los costos de la arriería seguían siendo muy elevados como para dejar buenas ganancias, con el agravante de que al Veinte llegaban comerciantes que buscaban aprovecharse de nuestra necesidad.

Termino contándoles que en esta región las cosas han ido mejorando de a pocos porque el cambio lo ha impulsado la gente por sus propios medios, sin mucha ayuda del gobierno. Tardamos más de cincuenta años para que la escuelita de primaria en la que yo estudié pudiera graduar a los primeros bachilleres. Sólo hasta el año pasado logramos graduar a la primera promoción del corregimiento. Fue una gran alegría para nuestra comunidad, porque esos muchachos cumplieron el sueño que muchos no pudimos y porque ahora pueden salir a estudiar para volver a beneficiar a la región. Siguiendo el ejemplo de Silvana Bolaños, que creció en este pueblo y que luego viajó a Popayán para terminar su bachillerato y para estudiar en la Universidad del Cauca. En la actualidad Silvana es una destacada periodista y hace dos años que publicó unas crónicas muy bonitas sobre la historia de Huisitó.

Igualmente, más de treinta años tendrían que pasar desde la construcción del Veinte de Julio para que el primer carro por fin entrara a la plaza central de Huisitó. Con ese adelanto, el pequeño mercado que sirvió para devolverle la esperanza a este pueblo se

convirtió en un caserío abandonado, como hoy se ve, por el avance de la misma carretera que lo vio nacer. Hoy los niños pasan por el Veinte y no ven más allá de las ruinas que se desploman sobre la montaña. Hoy la gente viaja tranquila desde El Tambo hasta Huisitó, en la comodidad de una camioneta, sin saber del esfuerzo que mi padre y muchos otros colonos hicieron para que el sueño de la carretera fuera posible. Ojalá que mis palabras ayuden a rescatar estas historias del olvido.

5. Víctor Torres: *La Leyenda Blanca* (1950-1975)

Fue así como la llegada de los colonos paisas cambió la historia de este pueblo para siempre. El hombre que asesinó a Gaitán jamás imaginó que los disparos que salieron de su pistola habrían de transformar la vida de una apartada comunidad negra en las selváticas montañas del Cauca. Con el paso de los años, el pequeño caserío en el que vivían los mayores se fue convirtiendo en un pueblo cada vez más grande, más blanco y más poblado. Los paisas llegaron a Huisitó con las historias de la violencia que los había desplazado y fueron recibidos por la hospitalidad de algunos negros, que se compadecieron de los cuentos tan miedosos que traían los blancos. Quien acogió a los primeros colonos fue mi tío José María Reyes, que como ya les contaba llegó en brazos a Huisitó siendo el nieto de la fundadora. Chepe Reyes era un hombre muy sensible al sufrimiento ajeno y por eso fue tan generoso con los forasteros. A cada colono le fue indicando dónde podía abrir su mejora y a todos les regaló semillas de plátano, de yuca y de maíz para que sembraran algo de comer. A los que quisieron también les vendió algunas de sus tierras para evitarles el martirio de enfrentarse a la montaña.

Pero si algunos de los nativos recibieron tan bien a los colonos hubo muchos otros que prefirieron abandonar la región en lugar de convivir con los blancos. Creían que los paisas habían llegado para maltratarlos y por eso vendieron sus tierras para devolverse a San Juan de Mechengue y a López de Micay, que eran los pueblos de los que habían salido antes de llegar a Huisitó. Los pocos negros que quedamos nos fuimos acoplando a las costumbres que trajeron los paisas, así como ellos adoptaron parte de nuestras tradiciones. Después de todo, los blancos no habían llegado para maltratar a los negros. Lo único que querían era recuperar la vida que habían perdido y proteger a sus familias. Y fue por esa necesidad tan humana que entraron hasta este rincón de Colombia.

En poco tiempo los primeros colonos se fueron estableciendo y sin mucha demora salieron a llamar a sus conocidos, que también eran desplazados y que terminaron entrando a esta región para refugiarse de la violencia. De un momento a otro Huisitó dejó de ser un pueblo de negros para convertirse en un pueblo de blancos. Y como a todo pueblo de blancos los blancos le construyeron iglesias, escuelas, acueducto, enfermería, inspección y una enorme plaza central. La escuelita era un espacio muy bonito porque los niños de todas las razas y de todas las familias compartían sin agredirse. Blancos, negros, morenos, mestizos, mulatos. Los niños escuchan el corazón de las personas y no se detienen en las apariencias que enfrentan a los adultos. Yo también fui niño y tuve la oportunidad de estudiar en esa escuelita, aunque sólo hasta el tercer grado porque no nací tan bueno para el estudio y porque debía colaborar con los trabajos de la finca.

Los paisas fueron arrinconando la montaña y sin proponérselo rompieron el equilibrio natural que los mayores habían preservado durante tanto tiempo. Porque no tenían el cuidado de tomar lo exclusivamente necesario de la montaña, sino que querían tomarlo todo para guardarlo o para venderlo. Traían una ansiedad muy extraña, como si de alguna manera la selva se fuera a agotar o los recursos fueran a desaparecer. Muchos venían sedientos de dinero, con hambre de hacer negocios. Si algún día salían a cazar y encontraban varios animales no tenían la precaución de sólo matar a los machos adultos, sino que cazaban a las hembras y también a las presas pequeñas. Sabiendo que ya no lo hacían por necesidad sino por cultura o por diversión, porque muchos tenían cerdos y pollos en sus fincas para alimentar bien a la familia. Con ese mismo espíritu los colonos llegaron a trabajar la tierra. Cuando abrían sus mejoras derribaban todos los árboles como si la selva los enfermara, y antes de sembrar sus cultivos quemaban toda la vegetación disque para limpiar el terreno. Eran amigos del hacha y de la candela. En cambio, los mayores sólo cortaban unos pocos árboles y levantaban sus sementeras al tapado, es decir, en medio de la naturaleza y bajo las ramas que habían cortado. Fue por ese maltrato que muchos de los suelos se fueron debilitando y que después aparecieron plagas y pestes que acabaron con muchos cultivos.

Al comienzo igual pasó que los blancos llegaron con el deseo de apropiarse de las mejoras de manera individual para no compartirlas con nadie, a diferencia de los negros que tenían muchas tierras para trabajar en colectivos. Por esa razón tuvieron bastantes conflictos de linderos. Pero con las dificultades que trajo el tiempo los colonos descubrieron que todos

éramos una misma familia y que debíamos sumar fuerzas para que este pueblo saliera adelante. Fue entonces cuando empezaron a realizar mingas y a trabajar en compañías para ayudarse, que finalmente fueron enseñanzas que los paisas aprendieron de los negros. Los mayores decían con mucha razón que el egoísmo era el mayor enemigo del ser humano. La cabeza necesita de los brazos, de las manos y de las piernas. Todos estamos llamados a vivir en comunidad.

A través de las mingas los colonos construyeron muchísimos caminos de herradura y una parte de la carretera para conectar al pueblo con sus veredas, con el municipio y con el departamento. De fondo, querían caminos y carreteras para viajar sin tantos percances y para sacar sus productos hacia los mercados de la región. Por eso trajeron las mulas y los caballos, que aquí no se conocían. No les agradaba la vida humilde y tranquila de los negros, que despreciaban por asociarla a la pobreza. Los paisas tenían la mentalidad del dinero y del comercio. Querían abrazar la prosperidad con el trabajo de sus fincas. Así que primero sembraron café, después sembraron lulo y por último sembraron cacao. En los tres intentos tuvieron algunas ganancias pero finalmente fracasaron por la falta de vías, por los malos precios y por las enfermedades que entristecieron los cultivos. Al ver sus sueños frustrados muchos colonos volvieron a empacar maletas y se fueron a buscar fortuna en otras regiones. Nuevos colonos entraron para remplazarlos y casi todos volvieron a salir con la misma decepción. Al final, sólo quedamos en el pueblo los nativos y los colonos que supieron descubrir la riqueza de esta tierra. Fuimos nosotros los que vivimos la inesperada llegada de la marihuana, de la guerrilla y de la coca.

2. Campesinos, Marihuana y Coca (1975-2015)

2.1. Víctor Torres: *La Bonanza Marimbera* (1975-1980)

El pueblo en que disfruté los tiernos años de mi infancia fue desapareciendo con la expansión desenfrenada de los cultivos de marihuana y de coca. El principio del fin comenzó en el año de 1975, en una mañana de domingo, cuando un grupo de forasteros apareció en el mercado del Veinte de Julio con unos enormes costales de fique, en los que viajaban las primeras semillas de marihuana que habrían de echar raíces bajo las hermosas montañas de Huisitó. Los desconocidos recorrieron el mercado anunciando a gritos su llegada, entre las miradas y el silencio de la gente, al tiempo que proclamaban las riquezas que su visita traería para toda la región. Pronto la multitud se aglomeró a su alrededor y fue entonces cuando los marimberos descosieron los talegos para revelar el misterio de su presencia. A todos los curiosos nos repartieron un puñado de las extrañas pepitas que fueron vaciando del saco, que al momento confundimos con garbanzos, con frijoles y hasta con granitos de maíz tostado, pero que gracias a las explicaciones que recibimos aprendimos a reconocer como semillas de marihuana.

A decir verdad, antes de aquel episodio ninguno de nosotros había escuchado hablar sobre la marihuana. Jamás habíamos visto las semillas, las flores ni las hojas que aquellos hombres inesperados pusieron ante nuestros ojos. Mucho menos habíamos sentido el olor tan penetrante que liberan los cogollos secos cuando los consume el fuego, pues aquel aroma dulzón no podía confundirse con el amargo perfume del tabaco, que algunos de los colonos mascaban o fumaban para relajarse y que de vez en cuando invadía las pequeñas cantinas del caserío. Recuerdo que antes de dar inicio a su exposición uno de los forasteros encendió un cargado barquillo de marihuana para enseñarnos por qué la yerba era tan codiciada en las grandes ciudades del país y en las capitales del extranjero. Después de cuatro o cinco bocanadas, el cigarro pasó de mano en mano y varios de los campesinos tuvieron la osadía de probarlo, aunque fueron ambiciosos en la succión y terminaron por ahogarse entre las carcajadas de todos.

Tras esa corta degustación, los marimberos nos contaron que la maría producía un mareo muy placentero que tranquilizaba el cuerpo, la mente y el espíritu; era un poderoso remedio natural para aliviar los dolores físicos, para consolar las tristezas del alma y para

despejar el pensamiento. Decían los forasteros que aquellas propiedades tan maravillosas eran el motivo por el cual la marihuana resultaba tan apetecida entre los extranjeros y entre los jóvenes de las ciudades, quienes estaban dispuestos a pagar un billete muy generoso por unos cuantos puñados de la yerba. La presentación nos pareció muy interesante porque en esta región los negros y los colonos usábamos las diferentes plantas de la naturaleza para calmar las enfermedades de nuestra gente, a falta de medicamentos y doctores modernos. Además, durante los últimos 25 años los campesinos de este pueblo habían sembrado café, lulo y cacao con el sueño de salir adelante y con el deseo de progresar, pero habían fracasado por la lamentable condición de la carretera, por el bajo nivel de los precios y por el surgimiento de varias pestes.

Los marimberos nos explicaron que el valor de la marihuana era así de elevado por tres sencillas razones. Primero, porque casi toda la maría que se sembraba en Colombia era exportada directamente hacia Estados Unidos, en donde la miseria del peso se convertía en la riqueza del dólar. Segundo, porque los cultivos eran bastante nuevos y apenas comenzaban a expandirse por las distintas regiones del país, de modo que la producción de marihuana era todavía muy reducida en comparación con su abundante consumo. Y tercero, porque las leyes nacionales e internacionales perseguían a todos aquellos que sembraran, vendieran o fumaran la yerba, pues creían con razón que la marihuana era una droga muy peligrosa para la salud del cuerpo y del espíritu. Esta última razón fue suficiente para librarnos a muchos de la tentación del dinero fácil y para apartarnos del camino equivocado. Ninguno de nosotros quería contradecir la sabiduría de la Escritura, por lo que preferimos conservar una pobreza honrada antes que abrazar y malgastar una fortuna inmerecida. La palabra de Dios enseña con mucha claridad que el ser humano debe ganarse el pan y la panela con el sudor de su frente, con paciencia y con humildad, prestando obediencia a las leyes del cielo y de la tierra.

Pero si alguno de ustedes ha sufrido dificultades en algún pasaje de la vida, por los giros y vueltas del destino, sabrá por experiencia propia que en muchas ocasiones el hambre y la angustia son más fuertes que los principios y las convicciones. Fue por esa adversidad que varios de los colonos mostraron simpatía frente a la venida de los marimberos, pues a fin de cuentas no hay nada que un padre amoroso no esté dispuesto a sacrificar por el bienestar de sus hijitos y por la tranquilidad de su familia. Después de todo, el gobierno había abandonado este pueblo a su mala suerte, como un barco a la deriva, sin

preocuparse por nuestras necesidades y sin atender nuestros derechos. En respuesta, la mayoría de los campesinos de esta región despreciaban al gobierno y eran indiferentes a sus normas y prohibiciones. En este territorio éramos nosotros los que creábamos nuestros propios acuerdos de entendimiento y nuestras propias normas de convivencia, conciliando la opinión de todos, y también éramos nosotros los que cuidábamos su cumplimiento y los que juzgábamos su incumplimiento. Para nosotros el Estado era tan cruel como el peor de los padrastros: insensible, indolente, indiferente e irresponsable.

Los forasteros supieron aprovechar el profundo resentimiento que encontraron y para terminar de convencer a los incrédulos aclamaron la abundancia que la marihuana había llevado a otras zonas tan apartadas y olvidadas como Huisitó. Entre todos los ejemplos que nos compartieron recuerdo que nos cautivó mucho la experiencia de los indígenas de la Sierra Nevada de Santa Marta, allá en la costa Caribe, que comenzaron a cultivar la maría para vencer la pobreza y recuperar parte de su dignidad. Los indios fueron astutos y sembraron millones de arbolitos de yerba para superar la miseria en que vivían, de forma que en pocos años llovieron billetes y hubo platica hasta para alfombrar los caminos y las trochas de la Sierra. El cuento motivó a los indecisos y alimentó la falsa esperanza de que este pequeño caserío viviría un futuro próspero y feliz por la llegada de la dulzona. Muchos inocentes creyeron que la marihuana cumpliría los sueños que el gobierno siempre nos había negado; sueños que en aquellos años nunca florecieron y que hasta el sol de hoy siguen siendo una ilusión para nuestra comunidad.

Las promesas de progreso con que llegaron los marimberos embrujaron a casi todos los habitantes de esta región, que al escuchar las historias de los forasteros sintieron la alegría del naufrago que encuentra tierra. En menos de dos horas aquellos hombres dejaron de ser extraños y lograron ganarse el cariño y la confianza de la gente. Lo único que les faltaba para terminar su presentación era instruirnos en la técnica con que debíamos sembrar, cultivar, cosechar, secar y prensar la marihuana. Con ese propósito sacaron plantas de diferentes edades y nos enseñaron las distintas etapas del proceso que cada uno de los interesados debía replicar en su ranchito. Primero esparcieron sobre el piso un canasto de semillas para explicarnos la forma en que debíamos sembrar la yerba: durante los primeros 15 días en pequeñas chuspitas plásticas, expuestas a la luz y a un riego constante, y después de germinadas las plántulas debían trasplantarse a un solar con tierra fértil, limpia y húmeda.

Luego nos mostraron el arte con que debíamos cuidar del cultivo: esto es, desyerbando la maleza que crecía alrededor del tallo y retirando las hojas que parecieran estar infestadas de hongos o de plagas, pues por entonces no se conocían los fungicidas ni los pesticidas en este territorio. Nuestra agricultura era orgánica y natural. Una parte muy importante de ese mantenimiento correspondía al desmachado de la parcela, después del primer mes de la siembra, en el que era preciso eliminar todos los ejemplares masculinos del cultivo. Los machos no servían de mucho porque a fin de cuentas los cogollos y las flores de donde provenía la marihuana brotaban exclusivamente de las hembras. Entre nosotros sucede algo parecido: si los hombres encarnan el espíritu de la lucha, el odio y la disputa, las mujeres concentran la semilla de la vida, el amor y la reconciliación.

El momento más importante del ciclo productivo llegaba justo a los seis meses del cultivo, cuando las plantas estaban maduras y listas para ordeñar: por un lado, se cortaban los cogollos y las flores y se almacenaban todos juntos en un cesto; y por el otro, se esperaba a que la planta despidiera las semillas de su vientre para guardarlas, volver a sembrarlas y así dar vida a un nuevo cultivo de maría, pues la yerba moría pocos días después del ordeño. Pasada la cosecha, los cogollos y las flores debían tenderse sobre un toldo de fique y dejarse secar bajo el sol caliente durante cuatro o cinco días. De ahí se empacaba y se prensaba la marihuana seca en unos amplios paquetes de papel rugoso, de hasta treinta libras de peso, que finalmente eran envueltos en un costal de fibras gruesas para proteger la mercancía de la lluvia, de los insectos y de la humedad.

De acuerdo con los marimberos, una vez prensada y empaquetada la marihuana podía durar hasta ocho meses sin perder sus propiedades naturales y su fuerte aroma dulzón, lo que se ajustaba por completo a las temporadas invernales de la zona y a los accidentes que pudieran presentarse en las trochas de las veredas y en la carretera que nos comunicaba con el mercado del Veinte de Julio y con la cabecera municipal de El Tambo. Con esta última garantía los forasteros terminaron su exposición y dieron fin a su visita. Repartieron todas las semillas que pudieron y abrieron las puertas para que la marihuana se expandiera con libertad por todos los rincones de estas montañas. Partieron con la firme promesa de volver a los seis meses para comprar hasta el último moño de yerba que encontraran en Huisitó. Y así fue, a los seis meses volvieron y trajeron los primeros fajos de dinero que habrían de maldecir a este pueblo hacia el porvenir.

De regreso al caserío la mayoría de los campesinos venían contentos y entusiasmados, con la sentida esperanza de que las semillas que cargaban en sus mochilas habrían de cambiarles la vida para siempre. Cada quien volvió a su finquita y compartió lo sucedido con sus conocidos y con su familia, de modo que al otro día la ilusión de la marihuana estuvo en boca y oídos de todo el pueblo. Muchos comenzaron a construir sus semilleros sin demora y sin darse cuenta fueron olvidando la humildad del presente por pensar en las riquezas del futuro. Algunos dejaron perder sus sementeras de pancoger y otros abandonaron sus animales de corral por la ingenua idea de que las ganancias que traería la marihuana serían más que suficientes para comprar los alimentos básicos necesarios. Por este pensamiento se fueron acabando los frutales nativos y los cultivos de frijol, maíz, calabaza, plátano, cacao, arroz, cebolla y chontaduro fueron perdiendo su lugar frente a las pequeñas plantas de marihuana que infestaron las fincas de la región.

Por el contrario, los pocos que desconfiamos del encanto de la marihuana mantuvimos nuestros animales y nuestros cultivos tradicionales con la misma dedicación y el esfuerzo que nos enseñaron nuestros antepasados. No tuvimos el coraje de ignorar las enseñanzas de nuestros mayores y preferimos continuar con el humilde trabajo de nuestras fincas, en lugar de morder el carnudo anzuelo del dinero fácil, la ambición y el materialismo. Y aunque nunca tuvimos los bolsillos repletos de billetes, sobre nuestra mesa nunca faltó un plato caliente de comida para alimentar a la familia y para compartir con los amigos. En el viaje de la vida he aprendido que la riqueza y la pobreza no siempre corresponden a la abundancia o a la escasez material. En realidad, la verdadera riqueza se esconde en valorar y en disfrutar lo poco que se ha conseguido con el trabajo honrado, sin engañar ni abusar de nadie, mientras que la pobreza más triste y desesperante es una enfermedad del alma y del corazón en la que la ambición del dinero te impide ser agradecido con el bienestar y las oportunidades que has recibido. Por las calles de este pueblo han corrido cientos de miles de millones de pesos, pero por una extraña paradoja la mentalidad del dinero nos ha hecho cada vez más pobres e infelices. La sabiduría de nuestros ancestros nos enseñó que las gallinas de plumas cantan más fuerte que las gallinas de oro.

Las lluvias, el sol y el fértil suelo de esta región ayudaron a que los cultivos de marihuana crecieran con la misma intensidad con que crecían las expectativas y las aspiraciones de los primeros aventureros que se arriesgaron a sembrar la yerba. Cada familia trabajaba sus

propios semilleros y su plantación con la disciplina de quien persigue una nueva vida. La mayoría de las familias podía mantener un cultivo de una hectárea, con las técnicas y herramientas básicas del campesino, aunque algunas de las más numerosas supieron sostener cultivos de hasta tres hectáreas. Al poco tiempo de sembradas las plántulas brotaban los pequeños botones de las flores y con ellos los campesinos diferenciaban las plantas masculinas de las plantas femeninas para realizar el desmachado del cultivo. En cuestión de semanas nacían los primeros cogollos de maría, peludos y compactos, que los campesinos habrían de cortar y recolectar en unos enormes cajones de madera para después secarlos y curarlos al sol. Este proceso era desgastante y agotador porque durante más de una semana debía cuidarse que la cosecha permaneciera seca a pesar de la humedad y las fuertes lluvias de esta zona. Una y otra vez había que cubrir y descubrir las flores y los cogollos, con pieles de res o con mantas plásticas, para evitar que en unos pocos minutos el agua estropeará el empeño y la dedicación de varios meses.

Cuando la cosecha por fin estaba seca los campesinos empacaban y prensaban los moños en unos extensos paquetes de papel periódico, de entre 10 y 15 kilogramos, para luego almacenarlos en un depósito que protegería la yerba por el tiempo que fuera necesario. Por último, el transporte final de la mercancía hasta el mercado del Veinte de Julio era una nueva lucha contra la naturaleza, en la que los hombres debían disponer de todas sus fuerzas para conservar la yerba seca de las continuas lluvias tropicales. Los trayectos podían durar más de dos días de camino a pie o a lomo de mula, partiendo desde las veredas y las fincas más lejanas, y podían retrasarse algunos días más por los barrizales y los diluvios producidos por el invierno. Fueron varios los desafortunados que perdieron toda la cosecha por efecto del agua y de la humedad, aunque fueron más los afortunados que coronaron el negocio con la venta generosa e inmediata de toda la yerba madurada.

Los marimberos que trajeron las semillas fueron los mismos que volvieron a comprar las cosechas de flores y de cogollos secos, seis meses después de su primera visita. Esta vez venían acompañados por algunos hombres armados, callados y encapotados. Regresaron con unos enormes costales de semillas para repartir entre los nuevos interesados y entre los convencidos que quisieran ampliar o renovar sus sembraditos de maría, pero en especial trajeron varios talegos de plata para pagar sin demora y en efectivo toda la yerba que supo llegar hasta el mercado del Veinte de Julio. Todavía recuerdo el brillo en los ojos de muchos colonos cuando por cuatro o cinco paquetes de mercancía recibieron más dinero que por

todas las cosechas juntas que habían vendido a lo largo de sus vidas. Si la memoria no me traiciona un solo kilo de yerba seca llegó a costar hasta 600 pesos, mientras que un jornal de trabajo en cualquiera de las fincas no superaba los 40 pesos. Un solo atadizo de marihuana podía pesar hasta 30 libras y de una sola hectárea de cultivos bien trabajada podía cosecharse hasta media tonelada de cogollos por semestre. En seguida rodaron las botellas de las pequeñas hosterías y muchos amigos se abrazaron para celebrar la buena suerte que les jugaba el destino.

Pronto volvieron al pueblo para compartir la noticia con todos los allegados y conocidos, con tanto sentimiento que en tan sólo unos días la fiebre marimbera se contagió por todas las veredas y los caseríos de esta olvidada región. El que no tenía semillas buscaba algún vecino que le convidara, el que ya tenía un pequeño semillero buscaba la manera de crecer su sembradito y el que ya había coronado hacía el esfuerzo de establecer un cultivo todavía más provechoso. Después de todo, como ya les contaba la gente de esta zona era desprendida y entregada, nadie andaba con recelo del amigo ni con envidia del hermano. Al contrario, cada quien se preocupaba por colaborarle a la familia, a los compañeros y a la comunidad para salir todos juntos adelante, sin dejar a nadie atrás. Con razón decía un abuelo que ninguna hormiga puede vivir por fuera del hormiguero.

En los mercados dominicales de la plaza central empezaron a faltar los granos, las frutas, las verduras, los huevos, la panela, el queso, la leche y las carnes. Los pocos que seguimos engordando nuestras crías y cuidando nuestros cultivos ya no alcanzábamos a abastecer los puestos y las tiendas de todo el pueblo, por lo que los precios de todos los productos empezaron a subir como si estuviéramos en una subasta. La gente podía tener los bolsillos repletos de plata pero ni una gallina en el patio para almorzar. Había muchísimo efectivo y muy poquita comida. Así vendimos la dignidad de alimentar a nuestras propias familias, que es uno de los derechos fundamentales de todos los pueblos, y con las monedas que recibimos a cambio empezamos a importar los alimentos y a comprarlos en las tiendas como si estuviéramos viviendo en una gran ciudad. De afuera comenzaron a llegarnos los pollos, el arroz, los frijoles, los cerdos, los quesos y la panela, cargados sobre las mulas de los nuevos comerciantes que supieron atravesar las selvas, los ríos y las montañas hasta instalarse en este perdido caserío, tras el olor y la seducción del dinero. Fueron ellos los que más se enriquecieron con la bonanza marimbera, pues en sus tiendas quedaron muchas de las ganancias que nos trajo la marihuana.

Fue tanta la riqueza que concentraron que de su parte nunca faltó un buen cariñito o un regalito especial para calmar la autoridad y el resentimiento de los policías que rondaban y custodiaban esta región. La marihuana había sido prohibida por el gobierno nacional y desde hace varios años venía siendo perseguida por la ley, de modo que los policías no perdían ni la menor oportunidad de decomisar los cargamentos de yerba que sin mucha dificultad encontraban en las trochas, en las fincas y en las veredas de estas montañas. El mayor depósito de marihuana de todo el corregimiento era la inspección de policía, en donde aquellos sinvergüenzas guardaban y arrumaban cientos de fletes de maría. Una vez al mes, los pícaros alistaban sus propias mulas y salían armados con toda la mercancía confiscada, pero no para quemarla ni para entregarla donde sus superiores, sino para venderla por cuenta propia y esconder la plata en sus inmensas ratoneras.

Para evitar el robo de sus cargas muchos colonos se organizaron y formaron compañías para enfrentar los abusos de la policía. Decidieron aprovechar la oscuridad de la noche para realizar sus viajes y así evadir los puestos de control establecidos, con el objetivo de llegar amanecidos al Veinte de Julio para liquidar toda la yerba curada. Al poco tiempo los policías descubrieron la estrategia y quisieron sorprender a los astutos, pero cuando intentaron interceptar las caravanas nocturnas recibieron una emboscada tan inesperada que varios de aquellos corruptos no tuvieron la fortuna de contar. Aunque la fuerza bruta era de ellos el territorio era nuestro. La noche se convirtió entonces en la mejor cómplice de los marimberos para derrotar a los policías, que de noche preferían refugiarse en su puesto para no cruzarse con un último disparo que los dejara enterrados para siempre en los barrancos, en los ríos o en los montes de Huisitó. Tuvieron que conformarse con los pobres botines que lograban pescar en el día y consolarse con los impuestos y los tributos que sin mucho sacrificio les regalaban los comerciantes y los traficantes forasteros.

El negocio fue corto y muy poco duradero, porque ya en 1979 entraron los primeros comandos guerrilleros que sin mucha demora ajusticiaron y sacaron corriendo a todos los policías de esta región. Los pocos que huyeron con vida pidieron refuerzos especiales desde los batallones más cercanos y recibieron el apoyo de un amplio cuerpo de soldados y de caballería para recuperar el control de la zona. Sin embargo, cuando volvieron no alcanzaron ni a entrar al pueblo cuando todos los guerrilleros y muchos campesinos los despidieron con una lluvia de balas y de descargas, desde diferentes frentes y alturas, de las que escaparon unos cuantos afortunados sin armas y sin caballos. Así terminó

la juerga, la hipocresía y la opresión de la policía y comenzó la época de las guerrillas, que más adelante tendremos la oportunidad de retomar.

Por ahora puedo contarles que el tiempo de la marihuana también estaba sentenciado. La marihuana no pasó de ser una bonanza más y sus riquezas fueron tan efímeras como las del café, el lulo y el cacao. Por lo que recuerdo, las razones que precipitaron su muerte fueron tres. Primero, desde 1978 venía creciendo una peste de hongos que dificultaba el florecimiento de las plantas, tanto que los cogollos que se cosechaban eran cada vez más chiquitos y de mala calidad. Segundo, el precio que pagaban los traficantes fue bajando en la medida en que la producción de yerba en esta zona crecía y crecía, hasta perder el altísimo nivel que encantó a los campesinos durante los primeros meses. Y tercero, los marimberos lograron expandir los cultivos de maría por otras regiones del país, igual o más alejadas que Huisitó, lo que les permitió conseguir mucha más mercancía por un costo mucho menor. Todas estas razones llevaron a que los colonos fueran dejando perder los cultivos y las reservas de flores secas, pues ya en 1980 era costumbre que los campesinos llegaban hasta el mercado del Veinte de Julio con sus cogollos al hombro y se quedaban esperando a los traficantes por varios días y semanas, hasta sentirse derrotados. Los más sensatos se lanzaron a recuperar sus sembraditos de pancoger, con el apoyo de quienes nunca olvidamos las palabras de los abuelos, porque a diferencia del dinero y de los lujos materiales la familia, las necesidades, el hambre, las enseñanzas y los recuerdos son compañeros permanentes para toda la vida. Sin darnos cuenta, un buen día las fincas, las trochas, los mercados y las casas de este pueblo dejaron de oler a marihuana.

2.2. Alexander Torres: Los Comienzos de la Coca (1980-1990)

Uno de los primeros recuerdos de vida que conservo es el de ver a los abuelos trabajando en las plataneras de la finca. Yo tenía cuatro años y me divertía jugando con mis primos y con mis hermanos entre los cultivos y los animales de la casa. Perseguíamos a las gallinas bajo la sombra de las cacaoteras, hacíamos carreras subiendo y bajando la montaña, recorríamos las quebradas para lavarnos los pies y bañarnos, jugábamos al escondite entre los laberintos de las maiceras y de noche trepábamos los árboles más altos para observar las estrellas y contemplar el silencio silvestre de la naturaleza. En las mañanas nos levantábamos en la madrugada para reunir las vacas y ordeñarlas, luego las abuelas nos

llamaban para ayudar a desgranar el frijol o el maíz en la cocina, después salíamos a explorar el patio y a recoger los frutos caídos desde el anochecer, y a veces cruzábamos los potreros para acompañar a los abuelos a cuidar y cosechar los cultivos, hasta que ya al final del atardecer nos reuníamos todos juntos alrededor del fogón de leña para compartir un chocolate caliente y escuchar los cuentos, los cantos y las enseñanzas de los mayores, mientras afuera llovía un rico aguacero que nos arrullaba el sueño durante toda la noche. Las abuelas eran el mejor ejemplo de esfuerzo, fidelidad, cariño, sabiduría y generosidad. Los abuelos eran hombres trabajadores, espirituales, amorosos, compasivos, sacrificados y muy entregados a la familia, a los amigos y a la comunidad. La finca fue un universo de aventuras y de sorpresas en el que aprendimos a conocer la belleza de la vida y a sentir el amor y la protección de la familia.



Fotografía N° 14: Trapiche tradicional de las familias negras en Huisitó
Fuente: Archivo Jorge Giraldo, 1984.

Todos los domingos bajábamos al pueblo para vender nuestras cosechas, para recibir la Santa Misa y para descansar del trabajo agotador de la semana. Mientras los adultos negociaban nuestros productos o se relajaban con una cerveza, nosotros cuidábamos de las mulas con un amasijo de caña de azúcar, miga de pan, granos, frutas y verduras. También cuidábamos de los perros con todas las sobras frescas del matadero y con un

bebedero que llenábamos de aguadulce o de leche recién ordeñada. Cuando nos quedaba un rato libre jugábamos pelota o cogidas con todos los niños paisas del corregimiento, con quienes intercambiábamos rondas, historias, canciones y juegos para entretenernos, mientras los mayores terminaban de conversar, de beber, de saldar cuentas pendientes y de ajustar asuntos de trabajo con los parientes más lejanos y con los nuevos conocidos. Mi nombre es Alexander Torres, soy heredero de los negros fundadores de este pueblo y voy a contarles la historia de cómo llegaron los primeros cultivos de coca a Huisitó.

La marihuana apareció en esta región cuando yo tenía cinco años y desapareció cuando cumplí los diez. Fue un cultivo que dejó más esperanzas frustradas que dichas y fortunas, como una nube de invierno que interrumpe el verano por algunas semanas. La marihuana fue una bonanza pasajera y las riquezas que trajo también lo fueron, porque la gente no supo contener la emoción del dinero y malgastó todo el esfuerzo de varios meses en las parrandas de un fin de semana. Aunque los cultivos de marihuana nunca tocaron el suelo de la finca de nuestros abuelos, por la firmeza de sus creencias y de sus principios, sí tuvimos vecinos cercanos y familiares que dejaron acabar sus crías y sus sembrados por la terrible fiebre de la plata que les despertó la marimba.

Fueron muchos los amigos que perdieron el engorde de sus animales y el empuje de sus cultivos nativos por la ilusión y la desilusión de la yerba. Cuando los precios bajaron y los compradores jamás volvieron fueron muchos los campesinos que regresaron al hogar sin una moneda en los bolsillos y sin una carga de remesa para alegrar y consolar a la familia. Después de esperar a los marimberos durante semanas y días, prefirieron quemar las cosechas o arrojarlas por algún barranco para sacudirse la humillación y la tristeza de haberlo perdido todo. Llevaban el desengaño y la desilusión como una cadena amarrada por todo el cuerpo. Varios agotaron las fuerzas para levantarse y olvidaron la dignidad de trabajar y sembrar la tierra bajo el agua lluvia o bajo el sol caliente, por lo que prefirieron rematar sus fincas, empacar sus trastes y buscar suerte en una nueva frontera del país. Los que no desfallecieron encontraron ayuda en quienes no traicionamos la agricultura y de nuestros cultivos salieron los alimentos con que mantuvieron y alentaron a la familia, hasta

que fueron recuperando sus parcelitas de maíz, sus líneas de frijol y sus plataneras. La finca de los abuelos siempre fue generosa, fértil y agradecida.

La calma y la tranquilidad que nos regaló la muerte de la marihuana fue tan corta como la inocencia de la vida. Pronto cumplí los once años y los campesinos comenzaron a levantar los primeros cultivos de pajarita por el rumor de que una nueva economía estaba cerca de instalarse en Huisitó, mucho más poderosa, rica y duradera que la bonanza marimbera. El rumor decía que los viejos marimberos habían vuelto a dejarse ver por el Veinte de Julio y por otros mercados de la región, pero que esta vez no venían comprando marihuana sino convocando la expansión de unos nuevos cultivos que llevaban el nombre de coca. Decían los compradores que las hojitas de la coca eran mucho más codiciadas que los cogollos secos de la yerba, aunque a diferencia de su primera venida en esta oportunidad no repartieron ni regalaron nada, sino que invitaron a los más interesados a desplazarse hasta el pueblo vecino de El Plateado, en el municipio de Argelia, en donde ellos mismos tenían las fincas en las que enseñaban los secretos del cultivo y en donde vendían las semillas de coca por kilos, arrobas y costales.

La primera variedad de coca que sembraron por esta zona fue bautizada con el apodo de *caucana* o *pajarita*, y para sorpresa de muchos de los jóvenes era muy conocida por los colonos más viejos y por los abuelos negros del corregimiento. Los abuelos contaban que sus mayores aprendieron a mascar la coca de los indios que habitaron estas montañas desde la antigüedad. La coca era una de las plantas sagradas más valiosas de los indios y les servía para engañar el cansancio cuando escalaban los caminos más empinados, para no perder la fuerza del trabajo cuando les faltaba la comida y para comunicarse con los espíritus de sus ancestros o con sus dioses. Para consumirla primero la trituran y luego la mezclaban con la ceniza de otras plantas o con la sangre de un árbol nativo, hasta formar una pasta amarga y verdosa que después se llevaba a la boca y se esparcía por todas las encías, los dientes y la lengua. La pasta no se tragaba ni se comía sino que se

dejaba reposar en la boca hasta que iba soltando un jugo que al juntarse con la saliva le dormía a uno el cuerpo, el mareo y la fatiga.

Los indios compartieron la planta con los negros y los mayores sumaron la receta a sus propias costumbres para así ayudarse en las caminatas grupales y en los largos viajes que realizaban entre las montañas de la cordillera, las selvas vírgenes y las costas del pacífico. Los abuelos y los colonos más antiguos coincidieron en que los fundadores tenían algunos cicales sembrados en los patios de las fincas y de las casas, aunque la tradición se había venido perdiendo con el olvido de los años. Para entonces, la coca no era más que un recuerdo lejano del que alguna vez se encontraban arbustos salvajes, dispersos entre los montes y entre los bosques de la región. Los abuelos y los colonos dijeron que en alguna época de necesidad habían mascado las hojas para animarse la voluntad, tiempo atrás, pero que hace mucho que habían abandonado la práctica de los indios. Ahora venían los traficantes con el cuento de que aquellas mismas hojas tendrían un precio maravilloso, para el asombro de los abuelos que cuando niños conocieron los cicales de sus abuelos. Era como volver a escribir la historia del pueblo pero con la mano izquierda y al revés.

Los primeros campesinos que llegaron hasta El Plateado, después de 18 horas de camino, fueron los poquitos que supieron guardar algunos pesitos de la marihuana para invertirlos en comprar los costosos bultos de pajarita en semillas. Fueron ellos los que levantaron los primeros cicales serios de todo el pueblo y los que disfrutaron del excelente precio que tuvieron las primeras cosechas de hojas que salieron de esta región. Aprendieron las destrezas del cultivo dentro de las coqueras finas de los compradores, allá en El Plateado, en donde otros campesinos les enseñaron cómo y cuándo sembrar, crecer y cuidar los cicales para recoger una cosecha de hojas bien cargada y abundante. El mantenimiento era parecido al de la marihuana pero con dos diferencias importantes. Primero, mientras que la marimba había que volver a sembrarla cada seis meses, después de cortar los moños y las flores, la coca era un arbolito que nunca moría ni dejaba de crecer, por lo que incluso tocaba podarle la altura cada tres meses para facilitar la recolección de las hojas. La coca

era entonces menos desgastante que la marihuana en tiempo, dinero y trabajo, porque una coquera bien atendida podía sobrevivir la muerte del padre para convertirse en la herencia de los hijos. Y segundo, la cosecha también era distinta porque la yerba podía desmacharse y desmoñarse por dos o tres personas sin mucho apuro, mientras que la coca había que rasparla cuando las hojas estaban ya maduras, en una o dos semanas, pues de lo contrario se desprendían del palo y se estropeaban con el barro, la humedad y los animales del suelo. Por esa carrera fue que los primeros cicales de pajarita fueron tan pequeños y compactos, de menos de dos hectáreas, ya que ni la gente tenía el billete para contratar ayudantes o jornaleros, ni las familias alcanzaban a raspar una coquera más amplia en tan poco tiempo. Lo lindo era que después de desplumar el tronco completo el cultivo no demoraba ni quince días para volver a echar miles y miles de hojitas nuevas, que habrían de formar la próxima cosecha dentro de tres o cuatro meses.

La fertilidad de esta tierra quiso que las primeras coqueras prendieran y progresaran con mucha fuerza y con rapidez, tanta que en apenas seis meses ya los campesinos estaban recogiendo sus primeras cosechas de pajarita. Para raspar las matas de coca los colonos se encabalgaban sobre el arbusto, se recostaban y luego tiraban de cada rama con tanto cuidado como con firmeza, desde el centro hasta las puntas, para arrancar todas las hojas del tallo y depositarlas en un ancho cesto de fique o de mimbre, que siempre llevaban amarrado alrededor de la cintura o colgado sobre la espalda. Al final de cada jornada, que podía comenzar a las siete de la mañana y terminar a las cinco de la tarde, las manos de todos los recolectores terminaban heridas y cortadas por las astillas y la dureza que oponían los cicales al raspado. Para curar las manos del maltrato había que dejarlas descansar en una ponchera con agua fría durante más de una hora, aplicarles algún remedio de plantas y luego vendarlas durante la noche para dormir las hasta el otro día. Con el paso de las cosechas la piel de las palmas se iba endureciendo hasta convertirse en un cuero áspero, grueso y calloso que se volvía insensible al dolor y a la madera. Las hojas de cada cesto se iban acumulando en unos enormes costales de ochenta kilos de peso, que al estar llenos eran cosidos varias veces por la boca y almacenados bajo techo para

protegerlos de la lluvia. Al terminar la cosecha los coqueros arrendaban una partida de varias mulas y a cada bestia la cargaban con dos o tres costales sobre el lomo para subir a vender las cosechas al Veinte de Julio. En el mercado se encontraban con los traficantes y a cambio de una o dos toneladas de hojas recibían cuatro o cinco puñados de billetes, con los que además de pagar a los arrieros podían liquidar las deudas pendientes en las tiendas y en los negocios, contentar a la familia y convidar a los amigos y a los compadres a una buena juerga.

Los coqueros que abrieron camino fueron hombres amables, amplios, atentos y sensibles frente a las privaciones de las familias más necesitadas, pues ningún campesino honrado puede descansar tranquilo al saber que alguno de sus vecinos está sufriendo necesidades. Ningún campesino le puede soltar la mano al hermano débil ni le puede negar la cura al pariente enfermo, por lo que los primeros cocaleros que triunfaron mandaron a traer nuevos bultos de pajarita desde El Plateado para repartir millones de semillas entre todos los negros y los colonos que quisieran subirse al bus de la coca. A los que tenían su platica les vendían varias arrobas de semillas para que pudieran montar un cultivo humilde con el que podrían empezar a crecer. Y a los más arruinados les concedían semillas de sobra para que sembraran unas coqueras bonitas y pujantes, de modo que después de vender la primera cosecha de hojas podrían pagar las semillas prestadas y tener un detalle sincero de agradecimiento con sus padrinos. Nuestra filosofía era comunitaria: si todos habíamos compartido juntos la pobreza, unidos como una sola familia, no había motivo para dividirnos o para separarnos ahora que la riqueza nos sonreía.

La pajarita fue extendiendo sus alas por todas estas montañas y la agricultura volvió a convertirse en un recuerdo distante que los campesinos asociaban al pasado más remoto de Huisitó. Los abuelos y ciertos colonos viejos siguieron cultivando sus alimentos y cebando sus animales, mientras el resto de los campesinos corrían desbocados tras el sueño y las mieles de la coca. A lo largo de esa carrera yo fui uno de los coqueros más sobrados y aventajados. Ya tenía quince años y quería descubrir las diversiones y los

placeres de la vida. Me junté con algunos parientes y amigos jóvenes para abrir nuestras propias parcelas y para levantar nuestros propios cocales. De los zorros más astutos aprendimos las técnicas naturales para limpiar y abonar los cultivos, porque todavía no habían llegado los frascos de agroquímicos que más adelante habrían de inundar las fincas y las tiendas de todo el pueblo. En menos de un año logramos raspar nuestra primera cosecha con todo el sudor invertido y la misma noche en que facturamos destapamos una petaca de cerveza y varias cajas de aguardiente para celebrar. La historia estaba de nuestro lado y la ilusión de volvernos millonarios era cada vez más una realidad. De todos los vicios el dinero es uno de los más peligrosos, porque después de tenerlo entre las manos uno se pega como un enfermo y ya no lo quiere soltar. Muchos son los hombres que en esta región han preferido perder la vida, la finca, los amigos y la familia antes que desprenderse de los cultivos y de las riquezas de la coca.

La guerrilla toleraba que todos fuéramos progresando con las queridas hojitas de coca pero imponía unas normas severas que todos debíamos cumplir al pie de la letra. Primero, ninguna coquera familiar podía superar las dos hectáreas y nadie podía enriquecerse mucho más que los demás. Segundo, todos los coqueros debían tener por lo menos una hectárea de comida por cada hectárea de coca, con la idea de que la alimentación de la familia no dependiera totalmente de la plata de los traficantes ni de los mercados de los comerciantes. Tercero, nadie estaba autorizado para cazar ni para tumbar selva virgen y nadie podía sembrar un cultivo de coca en zonas cercanas a los ríos, a las quebradas y a los nacimientos de agua. Y cuarto, todos los campesinos debían acatar y obedecer el Manual de Convivencia, que entre muchas otras normas prohibía: el maltrato a la pareja, el porte de armas en las cantinas, la ausencia de los niños y niñas en la escuela primaria, el horario de las discotecas y del comercio, el ingreso de gente extraña a la región, las riñas en espacios públicos, el pago cumplido de las deudas, los acuerdos y los salarios, el robo de tierras o de propiedades ajenas, la violencia intrafamiliar y la prostitución.

Muchas de estas leyes fueron buenas y ayudaron a que el mismo pueblo no se destruyera con la locura que nos contagió la coca. Eran los ideales revolucionarios que los guerrillos querían enseñarnos por la fuerza. La gente los aceptaba más por miedo que por respeto, porque nadie quería someterse a los fuertes castigos de la guerrilla ni quería desaparecer de un día para otro, perdido entre los montes y los ríos de la región. En recompensa, la guerrilla evitaba el abuso de los traficantes al imponerles un precio mínimo de compra sobre las hojas de coca que debían respetar si querían trabajar sin problemas en la zona.



Fotografía N° 15: Nativos de Huisitó cosechando cultivos de coca *pajarita*
Fuente: Archivo Jorge Giraldo, 1984

Durante los primeros años existió un gran misterio alrededor del uso que los compradores le daban a las hojas de coca que salían de nuestras fincas. Nadie sabía explicar por qué las cosechas eran tan costosas, si a fin de cuentas lo único que hacíamos era plantar, cultivar y recolectar las hojas de un arbusto como cualquier otro. El secreto empezó a despejarse cuando empezaron a entrar nuevas familias de colonos, desde todas las regiones del país, en busca de un lote para construir una casita y para sembrar coca. Los recién venidos nos contaron que de las hojitas de coca salía un polvito blanco más perseguido que el oro, también llamado cocaína, que se aspiraba por la nariz y que además era muy consumido por los gringos. Eran los años ochenta y entonces reinaban los narcos y los mafiosos que

hoy vemos como héroes por las novelas de la televisión. Para entender nuestra ignorancia ustedes deben saber que este pueblo ha vivido muy desconectado del resto del mundo. La luz eléctrica empezó a llegarnos en el 2001, la radio en el 2004 y todavía hoy estamos privados de la señal del celular y del internet, aunque algunos locos se las han ingeniado para piratear ambas señales y traerlas por el triple del precio que cuestan afuera.

Descubrimos que la versión de los nuevos colonos era cierta cuando los traficantes nos avisaron que ya no debíamos subir las cosechas hasta el mercado del Veinte de Julio, sino que ellos mismos se encargarían de enviar a sus mejores trabajadores hasta Huisitó. Al poco tiempo llegaron en grupos de cuatro y se instalaron cerca de las fincas coqueras con el permiso de la guerrilla, en donde construyeron un cambuche para dormir y un quiosco amplio para trabajar. Durante varias semanas entraron caravanas de mulas cargadas de tanques metálicos, tambucos plásticos, cajas selladas, bolsas y máquinas que despertaron la curiosidad de algunos y el miedo de otros. Todos eran hombres, llevaban el nombre de *químicos* y al parecer venían armados hasta los dientes. Nos dieron la instrucción de cuándo podíamos llevarles las hojas y de cuándo debíamos alejarnos de sus depósitos, a los que se referían como *cocinas* o *laboratorios*. El pago de las cosechas lo hacían en pocos minutos y en efectivo, después de pesar los costales en una báscula y de derramar las hojas sobre el piso de concreto para revisar la calidad del contenido. Luego cubrían el rancho con unas telas negras y durante varios días y noches se encerraban con el ruido de una guadaña y con el mayor misterio. Uno de ellos siempre vigilaba que nadie se acercara y el resto se turnaba para tomar los alimentos que alguna señora de la zona les cocinaba y les despachaba tres veces al día a cambio de algunos pesitos. Una mañana por fin guardaban los trapos negros y entonces observábamos con el mayor asombro que las toneladas de hojas que les habíamos vendido habían desaparecido sin dejar rastro. Al otro día terminaban de limpiar el quiosco, recogían sus cosas, alistaban sus morrales y salían del pueblo sin despedirse para volver por el mismo camino, tres meses después, para comprar la próxima cosecha. Nosotros explorábamos el área para buscar alguna pista de

nuestras hojas y a veces encontrábamos un montón de bagazo oscuro, molido, pegajoso y de mal olor muy cerca de los ríos y de las quebradas.



Fotografía N° 15: Laboratorio artesanal de coca

Fuente: Archivo Jorge Giraldo, 2007

Los químicos siguieron entrando una y otra vez al corregimiento y poco a poco fueron entablando confianza con algunos campesinos de la región. A veces se aparecían por las cantinas para tomarse unos tragos, llegaban a los billares para jugarse unos chicos o caminaban el pueblo en busca de alguna mujer para acompañarse la noche. Por partes nos fueron contando que trabajaban con los traficantes por un billete largo y que venían de recorrer las tierras más cocaleras del país, en lo profundo del Guaviare, del Putumayo, del Meta y del Caquetá. Algunos habían sido universitarios, otros habían sido guerrilleros, varios habían sido militares, muchos eran campesinos, pocos venían de las ciudades y todos estaban obsesionados con la coca y con la plata. Habían estudiado el oficio con los gallos más finos y mejor peleados, los duros de los duros, con quienes habían trabajado como ayudantes durante más de dos años. Los maestros eran peruanos, bolivianos, brasileiros, gringos y ecuatorianos. Con ellos habían caminado mucha selva y mucha coca para aprender a cocinar y a blanquear las hojas. Algunos también habían aprendido sus pendejadas de inglés y de portugués y cuando estaban bien prendidos nos hablaban con la

lengua enredada. Eran hombres solitarios: sin pasado, sin futuro, sin tierra y sin familia. Aparecían y desaparecían como los fantasmas, de un día para otro, y a veces volvían para las nuevas cosechas y a veces jamás los volvíamos a ver.

En cierta ocasión sucedió que uno de los químicos pasó la noche bebiendo y apostando en una de las cantinas del caserío, con algunos de los coqueros de más renombre. Ya en la madrugada se había jugado hasta los calzoncillos y no le quedaba ni medio billete para continuar la borrachera ni para seguir en la mesa. Entonces, un diablo bien avisado le quiso invitar la parranda, pero con la siguiente condición: por cada ronda de aguardiente que el diablo pidiera, el químico debía soltar uno de los ingredientes o de los trucos que usaban en la cocina para empastar las hojas de coca. El borracho aceptó emocionado y el diablo ordenó las primeras copas, más llenas de agua que de aguardiente. La trampa no duró más de cinco o de siete rondas, porque de pronto el borracho se desplomó completo sobre la mesa, rompió la silla con el culo gordo y cayó dormido sobre el piso como un marrano muerto. Hicieron de todo para despertarlo pero el condenado siguió dormido, borracho y colorado. Entre lo poco que escucharon, los cocaleros distinguieron que en las cocinas se usaba petróleo, ácido, cemento y gasolina, aunque no recordaron ni cuándo ni cómo debían mezclarse. Los campesinos estaban decididos a descubrir la fórmula para derretir las hojas de la pajarita, sin importar los medios ni el sacrificio.

Otra vez hubo una diabla rejugada que ya terminando la cosecha le supo endulzar el oído a uno de los químicos más veteranos. Durante varios días lo cultivó con la mirada hasta que una noche lo sorprendió mientras estaba de guardia en el laboratorio. Los demás estaban de fiesta y no anocheció mucho más antes de que el hombre quedara dormido y la mujer quedara despierta. La diabla revolcó media cocina con una vela y al fin encontró el depósito de los materiales, de donde tomó un paquete sellado y un pucho de billetes antes de volver al pueblo. El viejo amaneció contento y de tanta alegría no sospechó el engaño de su amante. Mucho menos sus compañeros, borrachos y tirados por el suelo. A los pocos días se fueron escalando la cordillera y entonces la mujer habló con algunos

coqueros distinguidos para vender el paquete robado. Pronto llegaron a un acuerdo y en segundos abrieron el sobre con una navaja para encontrarse con un polvo amarilloso bastante parecido a la harina del plátano o de la yuca. Todavía no lo sabíamos, pero ese polvo era la pasta base de cocaína que afuera seguían cocinando para obtener la droga, que era blanca y suave como el azúcar o como los talcos de bebé.

Nunca estará muy claro cómo fue que el secreto de las cocinas se fue revelando, entre lo que dicen unos y entre lo que cuentan otros, pero lo cierto es que los campesinos fueron aprendiendo la magia de los químicos para desbancarlos. Primero, hubo varios coqueros que se asociaron para convencer a los químicos de que era mejor negocio trabajar con ellos directamente en vez de seguir siendo empleados de los traficantes. Los químicos podrían cobrarse una buena tajada de la coca que cocinaban sin compartir su comisión con otro que no trabajaba. Incluso podrían abrir una parcelita, arrumarse con una morena y levantar sus propias coqueras para recoger sus propias hojitas y así dejar de correr por el mundo como un desgraciado sin rumbo. Los campesinos pagarían la coca cocinada, guardarían la pasta en una mochila y luego la venderían en el Veinte de Julio, en donde los traficantes la comprarían por un excelente precio. La guerrilla cuidaría a los coqueros y a los químicos de cualquier venganza de los compradores, para que las riquezas que se sembraban en el pueblo empezaran a quedar en el pueblo.

Al comienzo fueron pocos los químicos que aceptaron la propuesta, pero como rendían mejor las cosechas y dejaban mayores ganancias los otros químicos se fueron quedando sin materia prima para trabajar, hasta que aceptaron la oferta de los coqueros o tuvieron que abandonar la región. Con esta estrategia, los dueños del cultivo nos convertimos en los dueños del negocio. Las cosechas fueron pasando, nuevos colonos fueron llegando y los coqueros siguieron engordando el bolsillo. El siguiente paso que dimos fue el de volver a juntarnos para apretar a los químicos. Esta vez nos sentamos con los más amansados y por aparte les ofrecimos una pobre recompensa a cambio de que nos enseñaran la receta para cocinar la pasta de pajarita. No faltó el hambriento que mordió el anzuelo y por unos

cuantos pesos vendió la vaca por la carne y perdió la leche para siempre. En tres semanas nos enseñó la magia de las hojas, cobró su plata, empacó sus trapos y se perdió volando de esta tierra antes de que los demás químicos lo perdieran. Los pocos que aprendimos la preparación la fuimos compartiendo con todos los amigos y vecinos del corregimiento para entre todos liberarnos de la cuota que los químicos nos robaban con cada cosecha. Con la crisis del negocio, algunos de ellos salieron buscando pueblos más apartados y otros se quedaron como colonos de la región. Ya nos comenzaba a sonar la flauta.



Fotografía N° 16: Refinación familiar de la pasta base de cocaína
Fuente: Archivo Jorge Giraldo, 2003

Si hablan con otros nativos, algunos les pueden decir que ellos mismos viajaron a otras tierras coccaleras para despertarse el conocimiento, otros les pueden jurar que fueron unos colonos nuevos los que revelaron el secreto y no faltará el que asegure que aprendió el oficio por su propia cuenta. Puede que todas las historias sean verdad o que cada quien se invente su propio cuento. De cualquier forma, lo importante es que de ahí en adelante el baile se puso bueno para todos. Los cultivos, las hojas y la pasta estaban en manos de todo el pueblo. La gente empezó a organizar la economía y en pocos meses se levantaron decenas de cocinas por todas las fincas y veredas. Los coqueros más poderosos tenían sus propios laboratorios familiares, en donde cocinaban todas las cosechas de sus parientes. A veces contrataban a algún muchacho joven del pueblo que fuera buen cocinero para no

arriesgarse a perder toda la cosecha y los insumos, pero si alguno de la familia tenía alma de químico entonces ya no hacía falta traer a nadie de afuera. En cambio, los campesinos que sembraban y raspaban poquito se asociaban para construir una cocina colectiva en la que todos pudieran empastar sus cosechas. Cada quien llevaba sus hojitas y una cuota para activar el laboratorio comunitario, que después de vender la pasta repartía el dinero según los aportes de cada familia. También hubo algunos desconfiados que no quisieron entrar al negocio de la pasta y que prefirieron seguir cultivando y vendiendo las hojas, por un precio mucho mejor que el de antes. Y como siempre, nunca faltaron los abuelos que siguieron trabajando en las plataneras de sus fincas mientras el pueblo completo se desprendía a pedazos por el engaño de la coca, el dinero y el progreso.

2.3. Luis Acosta: El ocaso de la pajarita y la llegada de la peruana (1990-2000)

Para que lo escriba bien clarito en el libro: los tres reyes magos que alegraron la vida de Huisitó fueron la marihuana, la guerrilla y la coca. La primera fue como el primer amor de la infancia: cortico pero sabroso. La segunda fue como el mejor amor de la juventud: apasionado y rebelde al comienzo, pero violento y traicionero al final. Y la tercera fue como el amor del matrimonio: hirviendo, hirviendo, caliente, caliente, frío, frío, caliente, frío, tibio, tibio, frío, frío y helado. Voy a explicarles por qué.

La marihuana nos despertó de la tristeza que nos dejó la muerte del café, del lulo y del cacao. Digo yo que fue un cultivo muy bonito porque nos dio un poco de calma para olvidar todo el sufrimiento que vivimos cuando entramos, cuando nos quedamos y cuando no nos fuimos. El pueblo era tan miserable que uno podía llegar al final del año sin una monedita en el bolsillo para sorprender a los hijos o a la señora con un regalito de navidad, después de haber trabajado los doce meses como una mula de arriero, bajo el sol y sin descanso. No quedaba platica para salir a visitar a los parientes o a los viejos amigos, ni quedaba platica para consentir a la familia. Digo yo que lo único malo de la marihuana fue que nos duró muy poquito. Y que cuando por fin comenzó a alegrarnos las fincas la atacó una peste y la acabó.

La guerrilla fue una muy buena compañera porque entró a limpiar el pueblo de todas las ratas que se robaban nuestros cultivos y nuestros animales. Primero desplazó a los policías que nos

humillaban la existencia y el trabajo con tantos abusos y corrupción. Una mañana de 1979 los prendió a todos a bala y los persiguió hasta el último filo de la cordillera. Algunos zánganos creyeron que podrían recuperar el pueblo y volvieron mejor armados y respaldados, pero la guerrilla los volvió a encender a tiros y los expulsó para siempre de esta región. Gracias a Dios. Lo segundo bueno que hizo la guerrilla fue que supo apretar duro a todos los ladrones cuando les dijo: o se arreglan, o se pierden o se mueren. Muchos se arreglaron, varios se perdieron y el resto se murieron. Con estas dos medidas el pueblito se compuso bastante, porque antes vivíamos muy agitados con la ratería de unos y de otros. Yo dormía con la escopeta bajo el brazo y sin miedo salía de noche para cazar y corretear a los desgraciados que me rondaban las gallinas y el ganadito. La gente se volvió más honrada y cada quien aprendió a vivir de su propio esfuerzo.

Un tercer acierto que le reconozco a la guerrilla fue el de ponerle orden al caserío. Las normas de la guerrilla eran como un hierro caliente para marcar a todos los caballos ariscos y a todos los novillos bravos que entraron al pueblo detrás de la marihuana, de la pajarita y de la peruana. Al torito que formaba mucha pelea lo encerraban en el corral, le cortaban los dos cachos y lo capaban para que calmara la furia. Si seguía muy atrevido lo domaban con el látigo, lo llevaban al carnicero o lo echaban para siempre de la región. La justicia de la guerrilla amansaba hasta al perro más rabioso. Apenas para ajuiciar a todas las bellezas que nos invadieron el pueblo con sus malas costumbres. La justicia de la guerrilla era tan estricta que si uno se unía a la guerrilla lo más probable era que lo matara la guerrilla antes que el ejército o la policía. No les temblaba el corazón ni para ajusticiar a su propia gente. Las leyes de la guerrilla eran de sangre y de fusil, escritas con sangre y con ejemplo. Las guerrillas de entonces eran gente muy seria y estudiada. Todo el mundo trabaja, todo el mundo estudia, todo el mundo respeta. Claro que la guerrilla cometió algunas injusticias, pero el avispero tan hijueputa que nos trajo la coca no podía controlarse sino con candela.

Luego comenzaron los guerrilleros a joder con sus reuniones y con sus ideas revolucionarias. Hasta este hueco nos traían el periódico del partido y nos entregaban unos libritos pequeñitos para estudiar las teorías de todos sus líderes. Nos citaban a unas charlas pesadas y aburridas para hablarnos de historia, de política o de economía, cuando toda su carreta podía resumirse en que el pueblo debía derrocar al gobierno por las armas para repartirse mejor el poder.

Los campesinos pondríamos la comida y los guerrilleros pondrían los muertos y los políticos. La historia se haría por las buenas o por las malas. Otras veces la guerrilla invitaba a unos muchachos barbudos de las universidades que traían sus guitarras, fumaban cigarro y venían a pasearse por el campo para tomarnos fotografías, darnos clases de teoría socialista y cantarnos unas canciones pendejas de rebeldía y de liberación. Nos decían compañeros y camaradas. Con qué criterio podían venir unos pelados consentidos de la ciudad a hablarnos de violencia, de lucha armada o de revolución, cuando nunca en sus vidas habían matado un marrano ni habían tumbado una montaña a machete limpio, con el hambre atravesada como un cuchillo. Cómo nos iban a enseñar el trabajo del campo cuando no conocían ni el cultivo del maíz, ni la fuerza del arado ni la teta de la vaca. La mayoría de esos comunistas de la ciudad eran hombres de libro y de palabra enredada, no eran hombres de acción.

Después la guerrilla se encariñó con la coca y le encontró gustico al billete. Porque una cosa es un guerrillero arruinado y otra cosa es un guerrillero con plata. Un cuento es bailar la fiesta con la más fea y otro cuento es bailar la fiesta con la más bonita. En mi tiempo los guerrilleros eran unos tigres trabajadores, disciplinados, flacos y bien entrenados, listos para correr y para matar. Pero los comandantes que fueron a rendirse a La Habana son unos viejos gordos y acabados que no alcanzan ni a subir una montaña cuando ya la montaña los ha devuelto rodando. Entregaron los fusiles para comprarse una muerte tranquila con una pensión bien jugosa, viviendo en los mejores barrios de una gran ciudad, en vez de seguir durmiendo entre el barro y la oscuridad del monte. Regalaron el comunismo para curarse de morir en medio de la selva por un infarto o por un bombazo.

Todos los ideales de la guerrilla se corrompieron con los millones de la coca. Con una mano dispararon la revolución y con la otra cobraron los impuestos de la pasta. De nada les sirvieron todos sus discursos, porque al final se entregaron al gobierno como una amante enamorada y traicionaron al pueblo con los acuerdos de paz que firmaron, por todos los beneficios y la plata que les prometieron. Por ejemplo, con qué dignidad puede venir la guerrilla a erradicarnos la coca cuando de aquí sacaron toneladas de dólares para engordar sus cuentas del extranjero. El problema de la coca no se arregla con la guerrilla sino con los campesinos. La verdadera negociación de la paz debería ser la del gobierno y las guerrillas con todos los colombianos. Por

todo esto digo yo que la guerrilla fue como el amor de juventud: rebelde pero traicionero. La verdadera revolución es una historia pendiente.

La historia completa de la coca es mucho más larga y como el maldito amor del matrimonio tuvo partes bonitas, partes malas y partes feas. Creo que los negros ya les contaron el cuento de cómo llegó la coca, así que yo les voy a contar el cuento de cómo murió la pajarita y de cómo nació la peruana. La pajarita fue la primera variedad de coca que cultivamos en Huisitó. Las primeras semillas entraron en 1980 desde El Plateado y las últimas cosechas las rasparon en 1994, aunque para entonces yo ya estaba descansando en la inolvidable Villa Hermosa. Los cultivos se acabaron por una plaga que empezó a chuparse la sangre de las matas, por allá en 1990, hasta que en un verano secó todos los cocales y nos dejó pelados sin una sola hojita. Mucha gente se calienta cuando se nos mueren las coqueras por culpa de una peste extraña o por las plagas del gobierno. Yo no me caliento porque sé que todas las crisis son buenas y que si perdimos una variedad de coca seguro encontraremos una mejor. La coca es como el amor. Los cambios son la esencia de la vida y nos atraviesan hasta la muerte, así que más conviene gozarlos que sufrirlos.

Al principio cada familia tenía su propia coquerita. Cada tres meses la sembraban, la atendían, la raspaban y la cuidaban con cariño y con agradecimiento, porque la coca era como la vaca que les daba la leche, la carne y el queso. Los cultivos eran pequeños por orden de la guerrilla y porque tampoco había forma de raspar una cosecha más grande con la ayuda de los hermanos, de los hijos, de los primos y de la señora. Los más ambiciosos tenían unos cocales más grandes y para trabajarlos formaban compañías en las que se turnaban para recolectar las cosechas de todos entre todos. Yo te ayudo y tú me ayudas. Muchos campesinos se olvidaron del resto de los cultivos y de los animales para dedicarse por completo a la coca y a la coca, pero nunca yo. Es mejor tener varias amiguitas que una sola amiga. Yo siempre he tenido mi buena coquita pero también he tenido mis pescaditos, mis pollos, mi cacao, mi plátano, mi maíz, mi frijól, mi chontaduro y mi yuca. Yo soy un campesino alegre y amante de la vida y de la naturaleza. Si algún día vienen a mi finca los llevaré a conocer el río, los árboles, las montañas y los pájaros que desde hace más de cincuenta años me acompañan la vida.

Primero la gente pelaba los arbolitos y empacaba todas las hojas en bultos de fique para subir a vender las cosechas al mercado del Veinte de Julio. Cada familia podía raspar más de una o dos toneladas de hojas y la única forma de moverlas era con la fuerza de las bestias. Fueron muchas las mulas que se rompieron el lomo y las patas por esas trochas tan quebradas, y más de una se resbaló por algún precipicio profundo, con varios costales al hombro. Los arrieros eran tipos bien rejugados y controlaban una recua de mulas con el cuero del látigo, con el lazo cortico y con sus cantos y chillidos. Arriba estaban los duros y en menos de cinco minutos vendíamos las hojas por billetes. Las ganancias eran buenas para el trabajo tan suave. Los primeros años de la pajarita fueron sabrosos.

El cuento mejoró cuando los coqueros más elegantes descubrieron el invento de la pasta y regaron el chisme entre todos los campesinos de la región. Cada familia montó un ranchito para cocinar sus hojas y así pudimos librarnos de los químicos, que eran malandros y asesinos. Los comerciantes empezaron a bajarnos miles y miles de tambucos de petróleo y de gasolina, así como miles y miles de bultos de cemento, de ácido y de otros insumos. En las tiendas uno podía comprar la remesa para la casa y la remesa para la coca. Todas las mulas empezaron a subir vacías y a bajar cargadas, porque de este pueblo dejaron de salir alimentos. De afuera los negociantes no sólo traían los ingredientes para la coca, sino que también traían bultos y bultos de comida para despacharles a los coqueros. Arroz, plátanos, cebolla, zanahoria, azúcar, panela, frijoles, harina, lentejas, papas, limones y más. También comenzaron a traer gaseosas, paquetes, enlatados, dulces, salsas, condimentos, polvos y muchos productos de aseo. Los poquitos que conservamos nuestro pancoger no tuvimos que deberle nada a nadie, pero los ingenuos que acabaron con todo tuvieron que someterse a los créditos y a los intereses del comercio.

En aquella época, yo tenía una modesta cocinita en la finca para trabajar todas nuestras hojitas. Yo mismo cocinaba todas las cosechas de la familia con algunos de los hijos o de los amigos. Un vecino me alquilaba la guadaña. Primero picaba todas las hojas hasta volverlas polvo. Luego las rociaba con gasolina, con petróleo y con ácido. Después las dejaba reposar por 8 horas y finalmente acomodaba todo el amasijo dentro de los tanques para empezar el ordeño. Los tanques eran altos, gruesos, anchos y metálicos. Eran cuatro y estaban elevados en línea sobre una estructura resistente de madera, que por debajo de todos los tanques llevaba una canaleta inclinada de plástico. En el ordeño todas las hojas se embutían dentro de los tanques y se

mezclaban con más químicos para que fueran soltando el suerito de la cocaína. Cada tres horas bañábamos las hojas con más gasolina para ayudar a bajar la sustancia hasta el fondo, en donde el tanque tenía un pequeño orificio central por el que orinaba la leche. El suero caía por gotas sobre la canaleta y al final de la bajada se acumulaba dentro de una ponchera. Echábamos más y más gasolina para recoger más leche. Al final calentábamos todo el suero y le aplicábamos una soda fina para retirar el residuo y quedarnos con toda la pasta fresca, en polvo y en cristales. Para conseguir un sólo kilo de pasta pura teníamos que ordeñar más de 600 kilos de pajarita, así que ya se imaginarán el boleo. Para terminar hacíamos un gran arrume con todo el bagazo exprimido y la última noche le prendíamos bastante candela para celebrar el fin de la temporada. El fuego era intenso y picante por todo el petróleo que llevaban las hojas. Al final lavábamos todos los tanques y la cocina con bastante agua y detergente para preparar la próxima cosecha.



Fotografía N° 17: Venta de víveres, químicos y agroquímicos en una tienda de abastos de Huisitó
Fuente: Archivo Jorge Giraldo, 1994

Las cuatro o cinco libritas de pasta que el cultivo me regalaba con cada cosecha las guardaba yo dentro del carriel de mi padre. El sábado al atardecer empezaba a ensillar una buena bestia y cuando salían las estrellas me perdía como un zorro entre los caminos menos conocidos. Siempre llevaba mi consentida bajo el poncho para defenderme de cualquier pícaro o bandido,

aunque la limpieza de la guerrilla había acabado con casi todos los rateros de la región. Algunas veces la luna me iluminaba la noche y otras veces atravesaba la montaña en la mayor oscuridad. No me hacía falta ninguna linterna porque en la memoria llevaba trazadas todas las trochas y los atajos de la ruta. Cuando por fin llegaba al Veinte de Julio pedía un desayuno caliente para contentarme la madrugada. Y me sentaba a conversar con otros compadres recién llegados, con sus carrieles, sus mochilas y sus morrales, para matar el tiempo mientras esperábamos la salida del sol, el comienzo del mercado y la llegada de los traficantes.

Los compradores llegaban en sus carros a eso de las 7 de la mañana, saludaban a los conocidos y después se ubicaban en algún cuarto escondido del mercado. Cada cual traía un ayudante que se encargaba de avisarnos el precio al que comprarían la mercancía durante toda la mañana. Por lo general todos los traficantes llevaban el mismo precio. La pasta se vende por gramos, igual que el oro. Al rato, cada uno de nosotros hacía la fila donde su comprador de confianza. Cuando nos llegaba el turno entrábamos y dejábamos la pasta sobre la mesa para que otro ayudante experto le examinara la calidad, bajo la mirada atenta del comprador. La pasta la miran, la huelen, la calientan, la prueban, la marcan y la calibran hasta que el experto logra fijar su nivel de pureza. Si la pasta está muy bien cocinada entonces recibe el precio avisado, pero si tiene residuos o impurezas el precio pierde bastante y el campesino tiene que empezar a negociar con el comprador. Si llegan a algún acuerdo el auxiliar vuelve y pesa toda la pasta, multiplica los valores y de una caja enorme saca el efectivo para pagar. Uno cuenta bien el pago y si no hay ningún problema se despide y sale con el carriel vacío. El resto de la mañana la pasaba charlando con algún amigo que me encontrara. Después me trancaba un buen almuerzo y volvía a montar la bestia para volver al ranchito, con algunos cariñitos de sorpresa.

Pero una vez salí como siempre de la finca y no volví ni al otro día, ni al otro día, ni al otro día. Desaparecí del pueblo por casi cinco años y cuando volví no tenía ni familia, ni finca, ni mujer. Así es en esta región: alguien desaparece y todos se reacomodan para olvidar su ausencia, pero cuando ese alguien regresa todos lo miran de lejos como si fuera un muerto o un espanto. La vieja finca tiene un nuevo dueño, la vieja señora tiene un nuevo señor y los hijos y las hijas se han perdido por el mundo sin recordar al padre. Lo que me ocurrió fue que como siempre partí de la casa en la noche del sábado, con mi bestia y con mi carriel, para subir a vender toda la pasta de la cosecha familiar en el mercado. Como siempre atravesé las trochas y los caminos para llegar

a desayunar en la posadita, sin perderme y sin accidentarme. Y como siempre esperé la salida del sol y la llegada de los compradores con las conversas y los chistes de los amigos. Pero los traficantes no llegaron a las 7, ni a las 8, ni a las 9 de la mañana. A veces se demoraban en bajar por algún accidente en la carretera, así que todos seguimos esperando sin afanes.

Cuando en un minuto decenas de policías rodearon toda la zona, emboscaron el mercado y nos detuvieron para interrogarnos y requisarnos. Entre varios malparidos me agarraron, me rompieron el carriel, me quitaron la pasta, me amarraron y me subieron por la fuerza a una de las camionetas todoterreno que trajeron. Muchos coqueros alcanzaron a rodarse rápido por el monte y desde lejos echaron tiros para intentar detener el asalto. Los policías respondieron, las camionetas arrancaron y la guerrilla nunca apareció. En diez minutos perdí mi libertad y abandoné mi tierra sin poderme despedir de nadie. No dejé ni una palabra, ni una explicación, ni una carta para mi familia. Me sentí como un animal cazado para ser vendido y subastado. Fue una humillación muy dolorosa. A los tres días me trasladaban en otra camioneta para Cali, hacia la Cárcel Distrital de Villahermosa.

Los cinco años de vida que perdí en la cárcel fueron una experiencia humillante e indignante para un campesino que siempre trabajó de forma honrada. La cárcel es el peor lugar en el que cualquier ser humano podría estar. La cárcel es una gran ratonera en la que todos los corazones se pudren o se corrompen. Y las ratas de la cárcel no son como los ratones del campo sino como las ratas de la ciudad. La cárcel es el infierno de los vivos. En los cinco años nunca recibí ni una sola visita. Una vez al mes me llevaban frente a un teléfono sucio pero yo no tenía a nadie a quien llamar. Ni para contar si estaba vivo ni para contar si estaba muerto. Cómo iba a llamar a mi casa o a cualquier amigo si hasta este pueblo no llegaba la civilización. Todavía hoy estamos sin la señal del teléfono y del celular. Yo les pedía a los guardias que no me llevaran más frente al teléfono sucio, pero como cada mes los cambiaban de cárcel otra vez me llevaban y otra vez me quedaba mirando el teléfono en silencio sin tener a quien llamar. Sin la libertad y sin la familia uno se va muriendo todos los días, como un pajarito encerrado. Nadie nació para estar encerrado en una jaula. Y mucho menos por rebuscarse la forma de alimentar a la familia y de sobrevivir en una región tan olvidada y tan maltratada como la nuestra. El gobierno siempre ha sido muy miserable.

Algunas veces me citaban a una sala de audiencias pero recuerdo que ni llegaban los abogados ni llegaban los jueces. Nadie sabía responderme cuál era mi delito, cómo era mi proceso ni hasta cuándo estaría preso. Le preguntaba a los guardias y la respuesta siempre era la misma: espere a su próxima audiencia, espere a su próxima audiencia, espere a su próxima audiencia. Usted no es el último ni el primero, usted no es el último ni el primero. Sin saber bien por qué a los cinco años me devolvieron la libertad y a la salida me entregaron unas monedas dizque para que volviera a mi lugar de origen. Las monedas no me alcanzaron ni para el almuerzo y tuve que sufrir mil dificultades para soportar la ciudad hasta que pude reunir todo lo del pasaje. La ciudad es una selva muy salvaje: el que no tiene dinero aguanta frío y aguanta hambre. En cambio en el campo todos somos pobres pero nadie sufre por techo ni por comida.

Lo único bueno de esta historia fue que al final supe volver vivo a la región. Para sorpresa de todos los que me creían muerto o desaparecido volví a pisar el suelo de este caserío en 1996, después de cinco años de ausencia. Me encontré con un pueblo muy cambiado. Nuevas caras, nuevas fincas, nuevos colonos y nuevas tiendas. Todo se debía a la salida de la pajarita y a la entrada de la peruana. La peruana fue la segunda variedad de coca que cultivamos en Huisitó, apareció en 1994 y desapareció en el 2004. Con ella el pueblo creció muchísimo y se preparó para recibir al huracán de la pringa, que comenzó en el 2005 y que alborotó este hormiguero con toneladas y toneladas de plata. Con la peruana entraron miles y miles de raspachines para cosechar las coqueras, que ahora eran más grandes que las de pajarita y que también dejaban muchas más hojas y más pasta. Porque la especie era más fina, porque todos los cultivos se abonaban y se fumigaban con químicos importados y porque la guerrilla ya estaba cobrando los dulces de la coca.

Me encontré con una finca que ya no era la mía, con unos cultivos que ya no eran los míos y con una familia que me había olvidado. Los niños que dejé ya eran unos hombres derechos y las niñas tiernas que recordaba se habían convertido en madres, en mujeres y en señoritas. La señora también tenía un nuevo marido. Yo era el único que seguía viviendo en el pasado. En cinco años había perdido la alegría de ver crecer a mis hijos, mi ranchito y mi familia. La tarde en que volví a cruzar el portón de la finca que yo mismo tumbé a machete los únicos que salieron a saludarme fueron dos perritos viejos que yo mismo cuidé desde cachorros. Ya no me queda espacio para contarles cómo reconstruí mi vida, cómo recuperé mi finca y cómo

olvidé a la vieja, pero si alguna vez vienen a visitarme con más tiempo les voy a contar otros cuentos y también los voy a pasear por mi mundo y por la región. Luis Acosta los espera.

2.4. *Álvaro Araújo: El hormiguero de la pringa y el fracaso del Plan Colombia (2000-2015)*

El pueblo completo se despertaba para esperar los mulos. Las cocineras prendían los fogones y empezaban a calentar las ollas para guisar los primeros desayunos del día; las hospederas limpiaban los cuartos sucios y alistaban los cuartos limpios para vender una nueva noche; los arrieros molían la caña y mezclaban la melaza para alimentar a las bestias en el establo; los pastores ordenaban las iglesias y desocupaban los cofres de las ofrendas para disponer los tres cultos del domingo; las meseras de los billares trapeaban el piso, colgaban los tacos y acomodaban las bolas sobre la mesa; los ruleteros brillaban el tablero y ensayaban los trucos para entrenar los juegos del casino; los cantineros lavaban sus tabernas y remplazaban las botellas vacías por otras llenas; los comerciantes aseaban sus negocios, surtían sus productos y repasaban su lista de deudores; los guerrilleros patrullaban el caserío, despejaban su puesto, revisaban sus libros y adelantaban los recibos; los panaderos fritaban los primeros buñuelos, horneaban los pandebonos y hervían el café; los carniceros pelaban varios novillos gordos y luego los descuartizaban con el filo del hacha para despresarlos y colgarlos en el mercado; los raspachines caminaban las calles o jugaban un picadito de fútbol para matar el tiempo; y los coqueros de toda la región íbamos llegando por todos los caminos para encontrarnos, alegrarnos el domingo y vender nuestra maicena. Todos los domingos el pueblo completo se preparaba para esperar la llegada de los mulos.

Nosotros nos sentábamos a esperar bajo el árbol de totumo o bajo la gran ceiba. Los primeros en presentarse llegaban antes del amanecer y venían viajando desde las veredas más lejanas, a más de 12 horas de montaña. Los segundos en aparecer eran los borrachos y los amanecidos que encontraban la mañana en alguna de las tabernas del caserío. Y los terceros en llegar éramos los poquitos que vivíamos cerca del pueblo. Todos éramos coqueros y todos nos sentábamos a esperar la llegada de los mulos bajo el árbol de totumo o bajo la gran ceiba. Todos llevábamos nuestros paqueticos de maicena fresca y caliente, recién salida de la cocina. Unos llevábamos bastante y otros llevábamos poquita, pero todos llevábamos una maicena tan pura y tan sabrosa que muchísimos expertos nos llegaban desde lejos para comprarla. La nuestra era la maicena de la pringa, muy querida por todos los compradores porque era una de las maicenas más potentes y rendidoras. Con ella los cocineros más recorridos hacían los

dulces que ya sabemos, en una cocina mejor equipada, para después empacarlos todos y venderlos en las calles y en las ciudades más finas del extranjero. Mi nombre es Álvaro Araújo, fui uno de los coqueros más respetados del pueblo y quiero compartirles la historia de los últimos veinte años de mi vida, para explicarles por qué abandoné la coca y para contarles cómo llegué a convertirme en uno de los cacaoteros más orgullosos de la región.



Fotografía N° 18: Álvaro Araújo trabajando en su secadero de cacao
Fuente: Archivo Jorge Giraldo, 2015

Todos los domingos el pueblo completo amanecía ilusionado por la venida de los mulos. Desde muy temprano la gente empezaba a analizar el precio que tendría la mercancía durante el mercado. Los más entusiasmados confiaban en que el gramo subiría bastantes pesitos y los más prudentes creían que el último valor se mantendría. Nadie se atrevía a pensar que los mulos no vendrían o que la mercancía estaría más barata por miedo a espantar la suerte. Porque sin mulos no habría ni mercado, ni pueblo, ni domingo. Todos nos encantábamos pensando en el pago esperado y antes de recibirlo ya habíamos gastado, perdido y empeñado hasta la última moneda de la cosecha. Así distraíamos la espera y la mañanita del domingo hasta que en las afueras del pueblo se escuchaban los chiflidos y los cantos de los jinetes para avisarnos que ya los mulos venían entrando. El mercado estaba a punto de comenzar.

Los campesinos se orillaban sobre los bordes para gritar y aplaudir la llegada de los mulos, mientras las bestias atravesaban el pueblo como una avalancha desbocada. Los mulos venían trenzados por una misma cuerda y todos juntos formaban una estampida salvaje que sólo el fuste y el látigo lograban contener y controlar. En los mejores tiempos nos llegaban caravanas de hasta doce bestias y en los peores días el caserío se contentaba con apenas seis mulitos. Los mulos eran alentados, fuertes y atrevidos. Tenían el cuero grueso y las piernas templadas para aguantar las trochas quebradas, la selva, los barrizales y los precipicios de la montaña. Sobre cada costillar cargaban un costal inmenso y sobre todo el lomo llevaban una larga capa de plástico negro, desde las orejas hasta la cola, para proteger el flete de las lluvias y del lodo. Cada mulo venía escoltado por tres o cuatro caballos: sobre el primero montaba el patrón y sobre los demás montaban los ayudantes. Todos repartían saludos y noticias entre los amigos, informando el precio al que pagarían. Todos venían armados y listos para el negocio.



Fotografía N° 20: Mercado dominical en la plaza central de Huisitó

Fuente: Archivo Jorge Giraldo, 2003

Los ayudantes parqueaban las bestias en la plaza y las aseguraban del árbol de totumo o del tronco de la ceiba. Les aflojaban las correas, les retiraban la capa y entre varios las liberaban de la carga para dejarlas descansar del viaje. Luego las refrescaban con un baño frío y las alegraban con un banquete de melaza, caña de azúcar, granos y miga de pan. Mientras tanto los jefes acomodaban sus puestos de compra, calibraban las básculas, anunciaban sus ofertas y desayunaban en alguna fondita para reponer la energía perdida y alentarse la mañana.

Los ayudantes iban llevando los bultos por parejas y cuando por fin terminaban de descargar todos los costales el pueblo completo estaba listo para disfrutar del mercado y del domingo.

A la señal de los compradores todos los coqueros nos dispersábamos por los distintos puestos y nos enfilábamos para cotizar y vender nuestro bazuco. Los traficantes revisaban la pasta, le estudiaban la pureza, la pesaban y después de discutir y consultar con la calculadora nos hacían una propuesta por toda la maicena. Si uno quedaba contento con la oferta sellaba el acuerdo de un soplo y entregaba toda la pasta agradecido. Entonces los ayudantes rasgaban el primer costal con un cuchillo matapuercos y sacaban varios fajos gordos de billetes para pagarnos sin demora. La plata caliente para el pan caliente. Las ventas eran tan abundantes que los compradores pesaban los billetes en lugar de contarlos. Un gramito de billetes por varios gramitos de bazuco. Claro está que el país todavía era muy pobre y por aquí no se conocían sino los billetes de diez y de veinte. Si la venta era cariñosa uno salía con cientos de billetes en los bolsillos, en el carriel o en la mochila. Pero si uno quedaba aburrido con la propuesta intentaba negociar un precio menos doloroso. A veces funcionaba y a veces no. Si no se alcanzaba ningún acuerdo uno recogía su trabajito en silencio y salía a enfilarse en el puesto de otro, de otro y de otro comprador más generoso. Al final uno terminaba vendiendo la pasta por cualquier miseria, desesperado por la plata y por la presión de las obligaciones. Ningún coquero podía volver a la casa sin carne y sin remesa para levantar a la familia.

Aunque los coqueros podíamos facturar millones y millones al inicio del mercado, a la mañana siguiente muchos de nosotros amanecíamos con el bolsillo pelado, con la barriga hambrienta y con la tristeza despierta. No habíamos terminado de recibir el pago cuando todo el efectivo empezaba a desaparecer frente a nuestros ojos. Los raspachines llegaban a cobrarse todas las arrobas raspadas durante la cosecha; los comerciantes aparecían para liquidar las deudas de los últimos tres meses; los arrieros nos perseguían para recuperar los fletes pendientes; las hospederas y las cocineras nos buscaban para saldar las noches y los almuerzos confiados; y algún amigo nos saludaba para recordarnos alguna apuesta perdida o algún favor olvidado. Un cobro tras otro cobro tras otro cobro. Un golpe más otro golpe más otro golpe. Antes del medio día los coqueros ya casi habíamos perdido la mitad de la fortuna y todavía nos quedaba otro medio día de mercado y otra media noche de domingo para perder lo poquito que faltaba.

Para asegurar la próxima cosecha debíamos volver a los grandes negocios para comprar todos los químicos de los cultivos y de las cocinas. Además había que rellenar todos los tambucos de petróleo y de gasolina en una de las dos estaciones del pueblo. También hacía falta llevar bultos y bultos de comida para alimentar a la familia y para mantener a los trabajadores que ayudarían a levantar y a cosechar los cultivos durante el nuevo trimestre. Y mucho menos podíamos olvidarnos de contratar un trío de bestias bien alentadas para mover la nueva carga hasta la finquita. En este punto los coqueros más humildes ya habían gastado casi toda la plata de la cosecha y se preparaban para volver a sus ranchitos, soñando con el engaño de que la nueva cosecha saldría muchísimo mejor. Los coqueros más pesados aguantaban la inversión y tenían billete de sobra para poner a sonar los billares, las cantinas, las ruletas y las discotecas que encendían la actividad del pueblo por la tarde, por la noche y por la madrugada. Aunque el reloj tampoco les duraba mucho porque pronto empezaban a cazar nuevas deudas que pagar con las ganancias de la próxima cosecha. Alguna vez vendí cincuenta millones de pesos en un mercado y al próximo domingo no tenía ni una moneda para comprarme un tinto.

Era así como el dinero que entraban los mulos terminaba por enriquecer a todo el pueblo y por empobrecer a los coqueros. La plata que llegaba el domingo por la mañana volvía a salir el lunes por la mañana, en otros costales y en otras mulas, bajo la custodia de todos aquellos que sabían cómo pescar en río revuelto: los comerciantes, los ruleteros, las meseras del billar, los cantineros, los pastores, los raspachines y tantos avispados más. Todos estarían de vuelta el próximo viernes para retomar sus actividades y para volver a pescar, a salir y a volver. Mientras tanto los coqueros seguirían luchando y el caserío seguiría tan pobre como siempre. Veinte años de desengaños me enseñaron que la mayor desgracia del coquero está en que nunca sabe para quien trabaja. El coquero es el dueño de la vaca pero otros son los dueños de la leche y del ternero. El coquero cuida su gallinero para que otros disfruten los huevos. Y entre más pesado sea el coquero es más fuerte su condena. Porque si el marrano flaquito termina en banquete chiquito, el marrano gordo termina en banquete gordo. El hombre que duerme en el suelo nunca se cae de la cama.

Por toda esta historia es que digo yo que la coca ha sido una humillación para los campesinos. Los coqueros hemos vivido humillados por el Estado, por las guerrillas, por los paracos, por los mafiosos, por los comerciantes, por los noticieros, por los periódicos y por los gringos. De toda esta lista yo creo que la humillación más violenta y despreciable es la del gobierno,

quizá porque me ha perseguido y desplazado con un espíritu asesino de una región para otra. Yo soy nativo de un pequeño pueblo del Putumayo al que nunca más he podido volver. Allá viví los recuerdos más especiales de mi vida: conocí a mis padres y a mis abuelos; disfruté mi niñez y mi juventud; encontré a mi señora, nos enamoramos, nos emparejamos y juntos vimos nacer y crecer a nuestros dos hijos. Por esas lejanías no había caminos para vivir de la agricultura y a falta de oportunidades la gente vivía de la coca. Algunos de las hojas y otros de la pasta. El pueblo era tranquilo y la guerrilla gobernaba la zona.

Nuestra vida empezó a cambiar cuando el infeliz de Andrés Pastrana firmó el Plan Colombia con los gringos para aliviarse la rabia y el resentimiento que le dejó el fracaso de El Caguán. La coca y la guerrilla se convirtieron en los enemigos a muerte del gobierno colombiano. Luego subió el malnacido de Álvaro Uribe y a los pocos meses llegaron miles de militares, cientos de paramilitares y decenas de avionetas con glifosato para limpiar esta región de guerrilleros y de coqueros. Los guerrillos lucharon desde el monte, los paracos persiguieron a los campesinos y las fumigaciones exterminaron los cicales. Tuvimos que abandonar la zona en pocos días y desplazarnos hacia otros pueblos para salvarnos la vida y la humanidad. La nuestra era una guerra de tigre con burro amarrado. Tuvimos que despedirnos de muchos amigos y familiares que nunca volvimos a ver ni a escuchar. La violencia del gobierno los sepultó como una avalancha de lodo.

Mi señora tenía algunos parientes lejanos en un pueblo de Nariño y para allá nos fuimos buscando el refugio de una nueva tierra para vivir. Compramos una mejora pequeñita y construimos nuestro propio ranchito. En esa región se sembraba bastante coca y amapola, de manera que comenzamos a levantar una nueva coquerita para apoyarnos el sustento. Pero no habíamos alcanzado a raspar la segunda cosecha de hojas cuando otra vez llegaron los militares, los paramilitares y las avionetas. En una semana acabaron con todo el pueblo y otra vez tuvimos que salir a explorar otros lugares para volver a empezar la vida. Recorrimos otros pueblos y otras regiones, pero no habíamos terminado de asentarnos en cualquiera cuando otra vez aparecían los militares, los paramilitares y las avionetas. Una, otra y otra vez. Nunca quisimos viajar hacia las ciudades porque no hay nada más triste que un campesino encerrado en cuatro paredes de cemento o en una casita de lata en algún barrio de invasión. Sin agua, sin luz, sin cultivos, sin animales y sin trabajo. Termina uno pidiendo moneditas en algún semáforo de la ciudad, entre miles y miles de carros. En la ciudad no hay trabajo para el

campesino y sin trabajo no hay dignidad. Finalmente pude comunicarme con un viejo amigo y gracias a su respaldo fue que pudimos entrar hasta Huisitó, en el año 2004.

Por aquí ya habían pasado dos fumigaciones bravas del gobierno, en el 2002 y en el 2003, pero cuando nosotros llegamos la economía cocalera estaba más fuerte y agitada que nunca. Los colonos habían conseguido una nueva coca boliviana para remplazar la variedad peruana que las plagas y el glifosato les habían venido acabando. La variedad boliviana fue bautizada con el nombre de la pringa y enloqueció a todos los campesinos porque producía muchísimas más hojas y más maicenta que la peruana. Una hectárea bien cuidada de pringa podía dejar hasta seis cosechas anuales de 200 arrobas de hojas cada una, mientras que de una hectárea de peruana apenas podían recogerse cinco cosechas al año de 120 arrobas de hojas cada una. En la cocina también se agradecía la diferencia, porque si una arroba de peruana rendía hasta 30 gramitos de mercancía, de una arroba de pringa podían ordeñarse hasta 50 gramitos de pasta usando los mismos materiales y las mismas técnicas. El contraste era muchísimo mayor con la pajarita que yo mismo había cultivado en el Putumayo, antes de perderme de la región, de la que no sacábamos sino cuatro cosechas anuales de 60 arrobas de hojas y 15 gramitos de maicena por cada arroba de hojas cocinadas. La pringa era la coca de la fortuna y este pueblo era famoso por ser el paraíso de los aventureros.



Fotografía N° 22: Cultivos de coca *pringa*
Fuente: Archivo Jorge Giraldo, 2005

Recuerdo que cuando veníamos entrando era mucha la gente que venía decidida a buscarse un futuro en Huisitó. Los caminos estaban repletos de nuevos colonos y cuando de casualidad conversaba con alguno muchos me contaban que venían desplazados del Guaviare, del Meta, del Caquetá y del Putumayo. Igual de humillados que nosotros por la violencia del gobierno. Cada familia traía su historia, su vida y sus pesares en un morralito o en un costalito de fique. Muchas familias venían con niños chiquitos y con bebés al hombro. Los más arruinados tenían que caminar hasta las veredas más escondidas para tumbarse y quemarse su propia mejora, confiando en la suerte de que algún vecino amplio les colaborara con techo, comida y trabajo mientras esperaban la dulce raspada de la primera cosecha. Los que traíamos algunos pesitos fuimos afortunados y pudimos comprar una buena mejora cerquita del caserío.

El pueblo parecía un hormiguero revuelto por la cantidad de hombres que recorrían las calles. Nadie sabía de nadie. Ninguno conocía a ninguno. Blancos, negros, indios, paisas, costeños, vallunos, caucanos o llaneros. Coqueros, raspachines, compradores, comerciantes, arrieros, guerrilleros, borrachos, galleros y muchas señoritas para atender y aliviar a tantos machos. En los billares, en los cuartos, en las tabernas, en los mercados, en las mesas y en las tiendas. Miles y miles de hormigas enloquecidas por la coca, devorando las selvas y las montañas con el fuego y con las hachas por la ambición de la riqueza. Huisitó era un pueblo de desconocidos, sin nombre y sin apellidos, en donde la gente se llamaba por apodos, por gritos o por chiflidos. Un pueblo que todos los domingos se despertaba para esperar la llegada de los mulos.



Fotografía N° 24: Vista panorámica de la cabecera de Huisitó
Fuente: Archivo Jorge Giraldo, 2008

El gobierno intentó frenarnos la bonanza de la pringa con una tercera fumigación, en el 2006, que no pudo detener el crecimiento de los cultivos ni la llegada de más y de más colonos. Las avionetas se descolgaban desde los picos de las montañas y bañaban nuestras fincas con una lluvia espesa de veneno y de glifosato. El viento rociaba la lluvia sobre nuestras coqueras, pero también rociaba la lluvia sobre los ríos, los bosques, los animales, las casas, las escuelitas, las quebradas, los suelos y el pancoger. Nosotros nos escondíamos en algún cuarto cerrado y tan pronto pasaban las avionetas salíamos corriendo con los machetes, las rulas y las hachas para mochar todos los palos a medio tronco. Al otro día limpiábamos y abonábamos todas las coqueras con bastante químico para curar los cultivos del glifosato. En tres meses los cicales estaban bonitos y robustos, cargados de toneladas de hojitas maduras y listos para cosechar. La serpiente muere por su propio veneno. En cambio, no existía ningún tipo de tratamiento para recuperar nuestra agricultura, para resucitar la naturaleza, para revivir nuestras crías ni para purificar las aguas. Los coqueros que no alcanzaban a curar sus cultivos o los que perdían los suelos de sus fincas no se preocupaban ni se calentaban de a mucho. Simplemente abrían una nueva mejora en algún borde de sus parcelas o pelaban alguna montañita virgen para montar una coquera mucho más grande y poderosa. De forma que la fumigación nos dejó con muchísima más coca pero con menos selva, ríos, suelos, animales y sembraditos de pancoger. Uno de los mejores ejemplos de las güevonadas del gobierno.



Fotografía N° 25: Deforestación por expansión de la *pringa*

Fuente: Archivo Jorge Giraldo, 2006

Pero si las avionetas no lograron destruir nuestros cultivos poco después nos vino una plaga de hongos que ahora sí logro devastarnos las coqueras y la economía. Comenzó en el año 2009 con unos pequeños brotes que se fueron expandiendo hasta que en pocos meses nos dejó los cultivos marchitos y las fincas tristes. Al año siguiente el gobierno volvió a jodernos el pueblo, aunque esta vez no atacó por aire sino por tierra. En el 2010 nos invadieron cientos y cientos de militares y de erradicadores para acabar de rematarnos toda la pringa. En tres semanas recorrieron todo el corregimiento y entraron a todas las fincas para arrancarnos todas las matas de coca de todos los cicales. Una por una, por una y por una. Los soldados vigilaban desde las partes altas mientras los pitufos subían, bajaban y trabajaban las lomas con sus barretones y con sus guadañas para ajusticiarnos y desraizarnos la coca. Pronto terminaron su erradicación, empacaron sus morrales y salieron sin dejar amores ni amigos.

Las fincas quedaron todas peladitas como un desierto y las supuestas ayudas del gobierno jamás nos llegaron al pueblo. La mayoría de los coqueros abandonaron sus tierras y se fueron en busca de otras regiones para seguir persiguiendo el placer y la riqueza. De un día para otro el hormiguero se dispersó por completo y una mañana de domingo ya no nos levantamos para esperar los mulos. El mercado amaneció sin ruleteros, sin billares, sin cantinas, sin negocios, sin traficantes, sin pastores y sin meseras. Las calles estuvieron vacías de vendedores y las mulas por fin descansaron sueltas en algún potrero. Los poquitos que aquí quedamos fuimos los viejos negros fundadores, los colonos paisas de la violencia y los colonos nuevos que nos encariñamos con el caserío, con la tierra y con la región. Fueron tiempos difíciles porque de tanto raspar y cocinar coca uno se olvida de sembrar comida. Aprendimos a sentir el hambre. Nunca olvidaré la mañana en que uno de los viejos negros bajó al pueblo en su viejo caballo, descargó un pequeño costalito de fique y entró a uno de los poquitos depósitos que todavía quedaban abiertos. Allí vendió sus tres arrobitas de cacao, compró algunos cuantos alimentos, volvió a amarrar su costalito, de nuevo montó su caballo y partió por el mismo camino. Mientras tanto, los coqueros que lo admirábamos no teníamos ni una moneda para calmar las tripas revueltas ni para alegrar a la familia con un mercadito. Entonces comprendí que mi hija tenía razón cuando varios años atrás me habló de lo hermoso que era el cultivo del cacao.

Quisiera contarles que este pueblo se liberó para siempre de las coqueras y del bazuco pero lamentablemente no fue así. Poco a poco fueron llegando nuevos tipos de coca y en menos de tres años los cultivos crecieron el doble o el triple de lo que cubrían antes de la erradicación, en

los mejores tiempos de la pringa. Las nuevas variedades de la chípara, la guayaba, la tingo, la boliviana roja y la boliviana negra entraron acompañadas de un hormiguero monstruoso que volvió a infestar las montañas, los mercados y los domingos de Huisitó. Lo que sí puedo contarles con mucho orgullo es que yo sí pude liberarme de la perra maldición de la coca. La coca la arranca uno mismo del alma y del corazón, para dejar de humillarse ante todos. Apenas terminó la erradicación varios campesinos nos reunimos para compartir la derrota, para juntar fuerzas y para fundar nuestra querida Asociación de Cacaoteros. Ya tendremos tiempo para retomar la historia de la Asociación, pero por ahora les comparto que entre todos abrimos un nuevo camino para cambiar la historia de la región. Un camino de esperanza y de tranquilidad para sembrar el futuro de nuestros hijos y de nuestras familias.



Fotografía N° 27: Daniel Araújo junto a los árboles de cacao de su abuelo, Álvaro Araújo
Fuente: Archivo Jorge Giraldo, 2016

1. Colonización y Estructura Agraria (1950-1975)

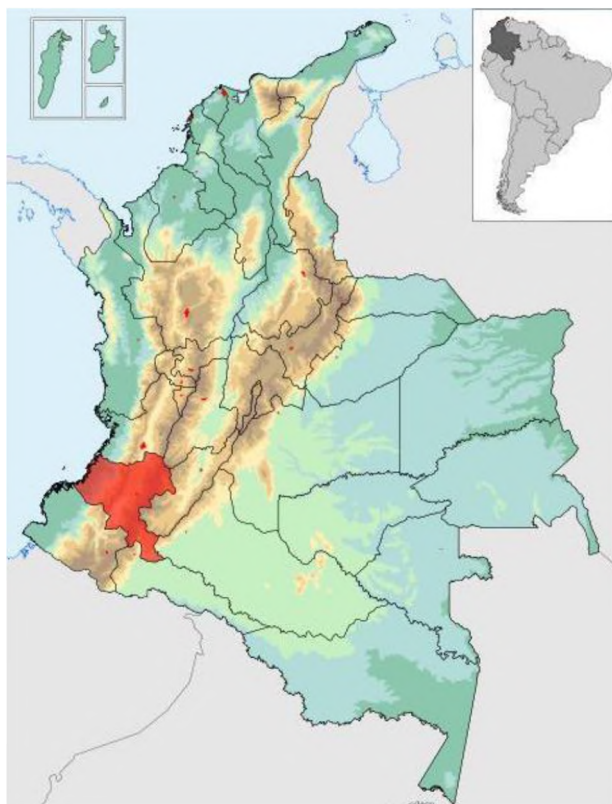
1.1. Introducción

El objetivo de este capítulo es caracterizar la configuración de la estructura agraria del corregimiento de Huisitó en el período 1950-1975. Con este fin, el presente apartado se divide en cuatro partes complementarias: primero, se exponen las características geográficas y ambientales del territorio de Huisitó que enmarcaron y condicionaron la configuración de su primera estructura agraria; segundo, se explica el proceso de colonización que hizo posible el poblamiento de Huisitó y que condujo a la apropiación de la tierra por parte de los colonos recién llegados; tercero, se estudia la conformación de una economía campesina de subsistencia frente a la dificultad que enfrentaron los colonos para articularse al mercado regional; y cuarto, se analizan las formas de acción política que desarrollaron los campesinos en respuesta a la marginación del Estado.

1.2. Características geográficas y ambientales del territorio de Huisitó

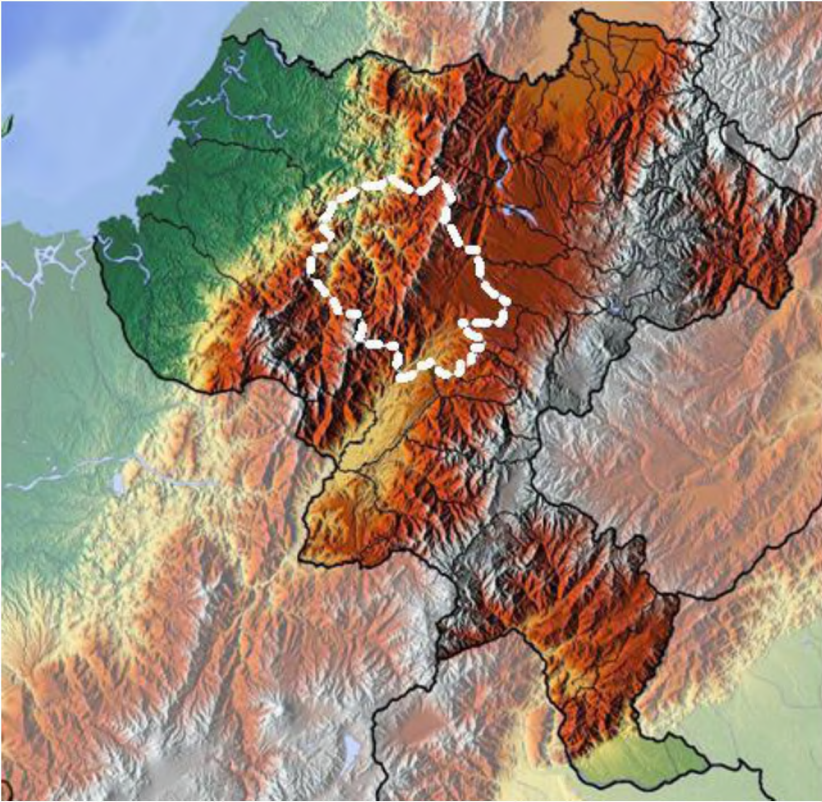
Para comprender las características geográficas y ambientales del territorio de Huisitó es necesario aproximarse con anterioridad a los atributos físicos y ecológicos del municipio y del departamento a los que pertenece el corregimiento. En este orden, a continuación se presenta una reseña territorial del departamento del Cauca y del municipio de El Tambo, para después profundizar en el marco espacial del corregimiento de Huisitó.

En primer lugar, el departamento del Cauca se encuentra ubicado al suroccidente del territorio nacional, en la región pacífica colombiana, con una extensión de 30.169 km². Sus fronteras naturales son la cordillera central y el océano pacífico, al este y al oeste, y sus fronteras políticas, en sentido norte-sur, son los departamentos del Valle del Cauca, Tolima, Huila, Caquetá, Putumayo y Nariño. Su topografía es montañosa por la presencia de las cordilleras central y occidental, aunque al llegar al océano pacífico adquiere un relieve más bien plano. Su biodiversidad es muy amplia, pues además de formar parte del Chocó



Mapa N° 1: Ubicación del Departamento del Cauca en Colombia¹⁶

¹⁶ Extraído de la cartografía virtual de la Federación Colombiana de Municipios. Disponible en: www2.fcm.org.co

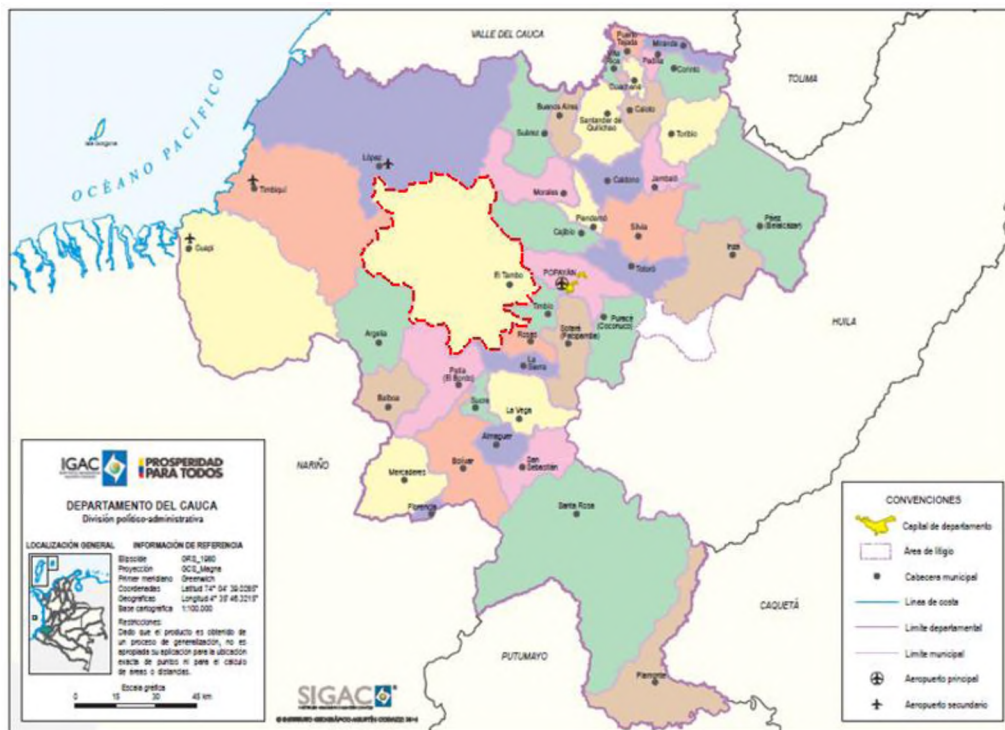


Mapa N° 2: Topografía del departamento del Cauca y del municipio de El Tambo¹⁷

¹⁷ Elaborado por el autor a partir del Sistema de Información Geográfico Maps For Free. Disponible en: <http://maps-for-free.com/>

Biogeográfico y de contar con la mayoría de los ecosistemas del país, conservados en los seis Parques Nacionales Naturales del departamento, su territorio alberga el 40% de los páramos de Colombia y el 20% de los páramos del mundo, lo que explica la abundancia hídrica que da nacimiento, entre otros, a los ríos Cauca, Magdalena, Caquetá y Patía¹⁸.

El departamento del Cauca se divide en 42 municipios que se agrupan en 7 subregiones diferentes. El más grande de ellos es el municipio de El Tambo, ubicado en la subregión central, a escasos 35 kilómetros de la capital Popayán. El Tambo limita al norte con el municipio de López de Micay; al oriente con los municipios de Morales, Cajibío, Popayán, Timbío y Rosas; al sur con los municipios de La Sierra, Patía y Argelia; y al occidente con el municipio de Timbiquí. Su extensión es de 3.380 km², cifra que además de representar el 9% del área del Cauca y de superar la superficie de departamentos como Quindío y Atlántico, incluye actualmente 19 corregimientos y 227 veredas¹⁹.



¹⁸ La información de este párrafo fue extraída de: Gobernación del Cauca. *Plan de Desarrollo Departamental 2012-2015*. Popayán: 2015. Pp. 19-26.

¹⁹ Alcaldía de El Tambo. *Plan de Desarrollo Municipal 2012-2015*. El Tambo: 2012. Pp.10-14.

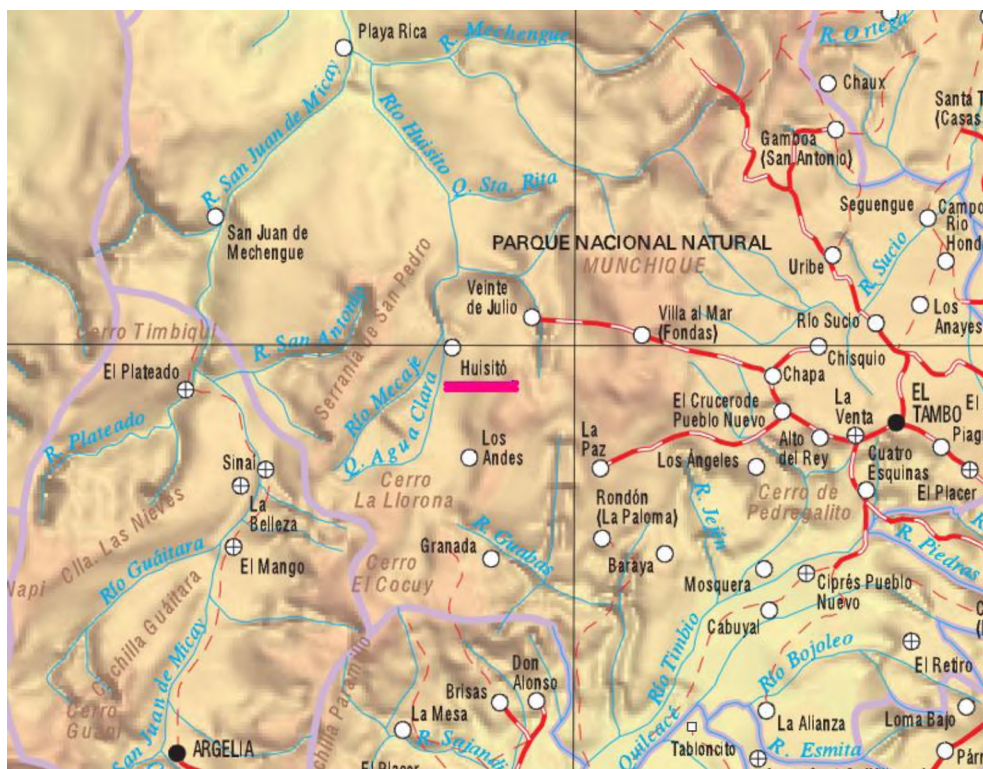
Mapa N° 3: Municipio de El Tambo en el departamento del Cauca²⁰

²⁰ Elaborado por el autor a partir del Sistema de Información Geográfica del Instituto Geográfico Agustín Codazzi. Disponible en: <http://www.igac.gov.co/geoport>



Mapa N° 4: Cordillera occidental y corregimiento de Huisitó en el municipio de El Tambo²¹

²¹ Elaborado por el autor a partir de: Alcaldía de El Tambo. *Plan Básico de Ordenamiento Territorial – Cartografía Municipal*. Popayán: 2011.



Mapa N° 5: Corregimiento de Huisitó y Parque Munchique en el municipio de El Tambo²²

²² Elaborado por el autor a partir del Sistema de Información Geográfica del Instituto Geográfico Agustín Codazzi. Disponible en: <http://www.igac.gov.co/geoport>

En términos topográficos, la cordillera occidental atraviesa El Tambo de sur a norte y divide su territorio en un costado oriental y en un costado occidental. Esta frontera natural, como bien señala Ricardo Vargas Meza, ha configurado el desarrollo de dos regiones diferenciadas, física y socialmente, dentro del mismo municipio. Por un lado, el costado oriental disfruta de una topografía relativamente plana y de fácil acceso, en la cual se encuentran la cabecera municipal y la mayoría de sus corregimientos, interconectados por una excelente red de caminos y carreteras. Su territorio es cercano a la ciudad de Popayán y desde la colonia ha producido alimentos y recursos naturales para la región²³. Por ello, alberga la mayor parte de la población del municipio y cuenta con la presencia integral del Estado, reflejada en una adecuada infraestructura vial, cobertura en servicios básicos, economías lícitas, instituciones oficiales y actividad estable de la Fuerza Pública²⁴.

El costado occidental, por el contrario, se caracteriza por un relieve montañoso y quebrado de difícil acceso, con inmensas coberturas de bosque húmedo tropical. Allí se encuentra el Parque Nacional Natural Munchique, el cual ocupa el 14% de la superficie municipal con 470 km². Su altura sobre el nivel del mar oscila entre los 600 y los 3100 metros, lo que propicia una inmensa variedad de climas y pisos térmicos que permiten la conservación de un número considerable de ecosistemas y de especies de fauna y flora, muchas de ellas endémicas y en peligro de extinción²⁵.

Históricamente, a diferencia de su contraparte, el costado occidental ha sido marginado sistemáticamente por las instituciones oficiales. Aunque su territorio fue habitado de forma dispersa por comunidades negras e indígenas que vivieron al margen del Estado colonial y republicano, su poblamiento extendido se remonta a los procesos de desplazamiento y colonización que originó la violencia bipartidista de mitad de siglo. Desde entonces, la

²³ Aunque no dispone de un formato académico, el único libro que realiza una reseña histórica del municipio de El Tambo, desde la colonia hasta finales del siglo XX, puede encontrarse en: Salazar, Norberto. *El Tambo, una joya del patrimonio histórico colombiano*. El Tambo: Rey Gráficas, 2000. Esta reseña se refiere especialmente al costado oriental del municipio, ignorando la historia del costado occidental.

²⁴ Vargas Meza, Ricardo. *Drogas, conflicto armado y desarrollo alternativo...* Pp. 140-150.

²⁵ Ministerio de Ambiente. *Plan de Manejo Parque Nacional Natural Munchique, 2005-2009*. Popayán: 2005.

exclusión de la región occidental del municipio de El Tambo se ha hecho evidente en su pobre infraestructura vial y de servicios, la deficiente calidad de la educación y de la salud, la falta de inversión social y la mínima presencia de la gobernación y la alcaldía²⁶. Todos estos factores han conducido a la organización campesina autogestionada, a la consolidación de una economía cocalera y al gobierno territorial de las guerrillas. En respuesta, el Estado ha desplegado la acción represiva de la Fuerza Pública para erradicar los cultivos de coca y para combatir a las insurgencias, dos cuestiones que en última instancia se derivan de su propia negligencia para garantizar los derechos fundamentales de los campesinos.

Finalmente, justo en el costado occidental de la cordillera occidental y en la zona de influencia y amortiguación del Parque Munchique se encuentra ubicado el corregimiento de Huisitó. Su superficie es de 282 km² y su territorio, que ocupa cerca de la décima parte del municipio y que comprende 16 veredas, se extiende desde la cordillera occidental hasta las cercanías de la costa pacífica, disminuyendo gradualmente su altura sobre el mar²⁷. Su casco urbano dista 68 kilómetros de la cabecera municipal y 103 kilómetros de la capital departamental. En materia administrativa, Huisitó limita con los siguientes corregimientos: al norte con Playa Rica; al oriente con Fondas, El Crucero y La Paloma; al sur con Los Andes; y al occidente con San Juan de Mechengue. Asimismo, Huisitó se encuentra relativamente cerca de los municipios de Argelia, Timbiquí y López de Micay, lo cual ha facilitado el tránsito y el intercambio regional entre las distintas comunidades.

El clima de Huisitó es tropical húmedo con bastante nubosidad, su precipitación anual promedio es de 3.500 mm y su temperatura media es de 26°C, con oscilaciones entre los 31°C y los 19°C²⁸. En términos hidrográficos, Huisitó pertenece a la subcuenca del río Topé y a la cuenca del río Micay. La primera se alimenta de los ríos Hispande, Huisitó, Mecaje y Cocal,

²⁶ Castrillón, Juan Diego. *Dinámica de Una Frontera de Colonización, Huisitó – El Tambo, 1948 – 1988*. Tesis de pregrado en antropología. Popayán: Universidad del Cauca, 1990. Pp. 37-42.

²⁷ Alcaldía de El Tambo. *Plan de Desarrollo Municipal, 2016-2019*. Popayán: 2016. Pp. 4, 33

²⁸ Giraldo, Jorge. *Datos Generales Huisitó*. Documento Inédito. Huisitó, 2012.

tiene un área de 400 km² y desemboca en la segunda, cuya extensión es de 1.600 km² y termina su curso al verter sus aguas en el océano pacífico²⁹. Por último, los suelos del corregimiento de Huisitó son característicos del bosque húmedo tropical y se ven afectados por la topografía montañosa del relieve. Tienen poca profundidad, son frágiles, son relativamente ácidos y son proclives al lavado de nutrientes y a la erosión por el efecto de las lluvias de ladera y por la deforestación³⁰. En términos prácticos, lo anterior significa que los suelos de Huisitó no tienen una vocación agropecuaria, circunstancia que limitó los esfuerzos productivos de los colonos durante el período de estudio.

Tras esta descripción biofísica del territorio de Huisitó y del escenario municipal y regional que lo circunscribe, es momento de estudiar cómo el proceso de colonización de mitad de siglo, que llevó al poblamiento generalizado de la región y a la apropiación de la tierra por parte de los campesinos, transformó parte del paisaje natural para ayudar a establecer la estructura agraria del corregimiento de Huisitó entre 1950 y 1975.

1.3. Proceso de colonización paisa (1950-1975)

Antes de la llegada de los colonos paisas en la década de 1950, el territorio que hoy pertenece al corregimiento de Huisitó fue ancestralmente habitado, de forma dispersa, por comunidades indígenas de las que poco se sabe y por familias negras que procedían del pacífico caucano. De los indígenas proviene el nombre de Huisitó, que según la tradición oral del corregimiento fue el nombre de un importante cacique indígena de la región. Los pobladores negros, por su parte, eran descendientes de los africanos traídos por los españoles durante la colonia para desempeñar labores agrícolas, mineras, domésticas y de transporte. La región pacífica y la ciudad de Popayán fueron importantes centros esclavistas en los que además del comercio y la explotación de esclavos, se presentaron fugas y revueltas colectivas que llevaron al poblamiento diseminado del territorio caucano, a través de la fundación de palenques en

²⁹ Alcaldía de El Tambo. *Plan Básico de Ordenamiento Territorial*. El Tambo: 2011. Pp. 75-79.

³⁰ Alcaldía de El Tambo. *Plan Básico de Ordenamiento Territorial*. El Tambo: 2011. Pp. 107-112; Ministerio de Ambiente. *Plan de Manejo Parque Nacional Natural Munchique, 2005-2009*. Popayán: 2005.

zonas no dominadas por el régimen colonial, generalmente selváticas y apartadas de los centros poblados³¹.

Una de esas zonas fue la costa pacífica caucana, que hoy ocupan los municipios de San Juan de Micay, Timbiquí y Guapi, así como el corregimiento tambeño de San Juan de Mechenge. De allí partieron, a finales del siglo XIX, los pobladores negros que decidieron desplazarse hacia la cordillera occidental, en donde hoy se encuentra Huisitó, buscando nuevas tierras para asentarse y mayor cercanía con el municipio de El Tambo y con la ciudad de Popayán³². A pesar de sus aspiraciones, la falta de vías de acceso llevó a que las pocas familias negras que vivieron en Huisitó durante la primera mitad del siglo XX, lo hicieran desvinculadas del Estado y del mercado regional, en una economía de autoconsumo. Los únicos productos que comercializaban eran el oro y el caucho, que extraían artesanalmente de los ríos y selvas de la región, y que cada 3 meses salían a vender al municipio, en tiempos de verano, tras varios días de camino. De allí regresaban con ropa, sal y petróleo, por rústicos caminos que ellos mismos trazaban para transitar³³. De resto, cazaban animales, pescaban y practicaban una agricultura comunitaria y rotativa de subsistencia, en la que se destacaba la siembra de maíz, yuca y plátano³⁴.

A grandes rasgos, así era la dinámica social que los colonos paisas interrumpieron con su llegada en la década de 1950. El asesinato del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán, en 1948, frustró las aspiraciones políticas de amplios sectores populares y desató un furioso período de violencia bipartidista que hasta 1962 produjo la muerte de 200.000 colombianos, en su mayoría hombres, pobres, liberales y campesinos³⁵. Esta epidemia de asesinatos, entre

³¹ Un estudio a profundidad sobre la economía esclavista en la ciudad de Popayán y en la región pacífica, durante el período colonial, puede encontrarse en: Colmenares, Germán. *Popayán: una sociedad esclavista*. En: *Historia Económica y Social de Colombia II*. Bogotá: Tercer Mundo, 1999. Pp. 3-97.

³² Una crónica sobre este proceso de poblamiento negro se encuentra en: Bolaños, Silvana. *Huisitó, siete crónicas sobre una transformación*. Universidad del Cauca, 2014. Pp. 31-47.

³³ Torres, Víctor. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria*, 2017. Pp. 5 y 6.

³⁴ Este párrafo es una síntesis de uno de los capítulos de: Castrillón, Juan Diego. *Dinámica de una Frontera de Colonización...* Pp. 37-42.

³⁵ Guzmán Campos, Germán; Fals Borda, Orlando; Umañana Luna, Eduardo. *La Violencia en Colombia*. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1980. Tomo I. Pp. 287-293.

otras consecuencias, motivó el desplazamiento de miles de campesinos hacia territorios fronterizos —marginados del Estado, del mercado y de los centros poblados, con escasa vocación agrícola— para colonizar tierras baldías en las cuales refugiarse de la persecución conservadora y sobrevivir. Muchos de ellos, además, eran campesinos sin tierras que habían visto fracasar las iniciativas de reforma agraria de los años treinta, condensadas en la Ley 200 de 1936, por los intereses de los grandes terratenientes y de sus aliados políticos³⁶.

En este marco, los colonos que llegaron a Huisitó eran en gran parte liberales y provenían del departamento de Antioquia y de la región del eje cafetero³⁷. Desplazados por la violencia política y por la concentración latifundista, migraron hacia el sur hasta llegar al departamento del Cauca y a la cabecera municipal de El Tambo. De allí escalaron la cordillera occidental, abriendo trochas y caminos en medio de la selva, hasta encontrarse con los pocos pobladores negros que por entonces habitaban el territorio de Huisitó. El más importante de ellos era el patriarca José María Reyes —nieto de la fundadora del caserío, Celia Salcedo— quien fue asignando tierras baldías a los colonos para que las desmontaran y establecieran sus parcelas agrícolas³⁸. Al poco tiempo de asentarse, los primeros colonos invitaron conocidos y familiares que permanecían en otras regiones del país para que siguieran sus pasos y se radicaran en Huisitó. A su llegada, algunos de ellos compraron las mejoras realizadas por sus antecesores, mientras que otros se aventuraron a seguir expandiendo la frontera agrícola por mano propia³⁹. En ambos casos los colonos adquirieron pequeñas propiedades, pues su reducida mano de obra no les permitía derribar mayores superficies de bosque ni explotar grandes extensiones de tierra. De igual manera, por la misma dinámica espontánea e informal de la colonización, la apropiación de la tierra se hizo *de facto* mas no *de iure*, esto es, sin escrituras ni reconocimiento jurídico por parte del Estado.

³⁶ Un ensayo ilustrativo sobre las relaciones entre violencia política, acaparamiento de tierras y colonización puede encontrarse en: Fajardo, Darío. *Estudio sobre los orígenes del conflicto social armado, razones de su persistencia y sus efectos más profundos en la sociedad colombiana*. Comisión Histórica del conflicto y sus víctimas. La Habana, 2014.

³⁷ El eje cafetero comprende los departamentos de Quindío, Caldas y Risaralda, así como el norte del Valle del Cauca y el noroccidente del Tolima.

³⁸ Torres, Víctor. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria*, 2017:Pp. 21.

³⁹ Castro, Fabio. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria* 2016, Pp. 19.

En términos cuantitativos, las únicas fuentes disponibles que permiten dimensionar el número y la magnitud de las propiedades colonizadas en Huisitó son los Censos Agropecuarios de 1960 y 1970. Si bien su registro hace referencia al municipio de El Tambo en su conjunto y no diferencia el aporte de cada corregimiento, de forma indirecta se puede intuir que parte de las cifras asociadas a la ocupación de tierras baldías están relacionadas con el corregimiento de Huisitó. Pues como se anotaba líneas arriba, el costado occidental de la cordillera occidental fue poblado por colonizaciones espontáneas que tomaron lugar a mediados del siglo XX, mientras que el costado oriental fue habitado extensamente desde la colonia. Tras estas salvedades, a continuación se adjunta una tabla que resume la cantidad, las formas de tenencia y la extensión de las propiedades agrarias del municipio de El Tambo en 1960 y en 1970.

Tabla N° 1: Censo Nacional Agropecuario 1960 y 1970 – Municipio de El Tambo Número, Formas de Tenencia y Superficie de las Explotaciones								
Censo	Totales		Propias		En arriendo		En colonato	
	Número	Superficie (Hectáreas)	Número	Superficie (Hectáreas)	Número	Superficie (Hectáreas)	Número	Superficie (Hectáreas)
1960	5.996	113.793	3.993	80.874	931	3.479	404	21.088
1970	5.302	114.476	4.246	70.046	471	2.890	336	30.165
Fuente: Tabla elaborada por el autor a partir de la información presentada por el DANE en: <i>Censo Nacional Agropecuario 1960: Cauca. Bogotá: 1964. Pp. 42-43;</i> <i>Censo Nacional Agropecuario 1970: Valle, Cauca y Nariño. Bogotá: 1971. Pp. 92, 96-98.</i>								

A primera vista, se observa que entre 1960 y 1970 hubo un aumento mínimo en la superficie productiva del municipio de El Tambo, a la vez que el total de las propiedades rurales disminuyó en un 12%. En segundo lugar, es notorio que en ambos años la mayor parte de las explotaciones y del área productiva estuvieron ocupadas por propietarios con escrituras legales. No obstante, para este rubro se presentó una disminución en la concentración de la tierra, pues para 1960 esta cifra correspondía al 67% de las propiedades y al 71% de la tierra trabajada, mientras que para 1970 era equivalente al 80% de las propiedades y al 61% de la superficie explotada. Por otra parte, los datos muestran que las tierras en arriendo representaron un lugar periférico dentro de la estructura agraria municipal. Bajo esta figura se encontraban, para 1960, el 15% de las explotaciones y el 3% de la tierra, y para 1970, el 9% de las propiedades y el 2% de la tierra.

Por otra parte, las tablas señalan que las tierras ocupadas a manera de colonato ocuparon una extensión considerable de los terrenos del municipio, a pesar de estar divididas en pocas propiedades. En este orden, para 1960 el 7% de las propiedades censadas no contaban con una escritura pública, a pesar de lo cual ocupaban el 18% de la superficie agropecuaria de El Tambo. Diez años después la brecha era todavía mayor, pues las tierras de los colonos ocupaban el 26% del área productiva del municipio, distribuida en el 6% de las explotaciones totales.

En concreto, estos porcentajes indican que el número de propiedades en colonato disminuyó en una quinta parte, por razones que más adelante se estudiarán, y que la extensión promedio de los predios sin títulos aumentó considerablemente en el transcurso de una década, pasando de 52 a 90 hectáreas. La cifra es elevada si se le compara con la magnitud promedio de las tierras escrituradas, que para 1960 fue de 20 hectáreas y para 1970 de 16 hectáreas. Sin embargo, debe hacerse la precisión de que las cifras municipales asociadas a la ocupación de tierras baldías son una guía tentativa que no puede extrapolarse por completo al territorio de Huisitó, porque son la media de propiedades con extensiones muy variadas que ninguno de los dos censos especifica. De igual manera, debe anotarse que la propiedad sobre la tierra no era equivalente a su explotación productiva. Para el caso de los colonos, el hecho de que se hubieran apropiado de 52 o 90 hectáreas de tierras baldías no significa que las trabajaran en su totalidad. Antes bien, puede que sólo trabajaran una pequeña parte y que el resto conservara su estado natural, delimitado por linderos con vistas a futuras mejoras.

En suma, puede decirse que la estructura agraria del municipio de El Tambo, entre 1960 y 1970, se caracterizó por una ocupación cada vez más significativa de tierras baldías, a pesar de la primacía que tuvo la tenencia de tierras bajo estatutos legales, principalmente al costado oriental de la geografía municipal. Del otro costado, como ya se anunciaba, el aumento progresivo en la extensión de las tierras en colonato estuvo relacionado con los procesos de colonización que poblaron el occidente del municipio desde la década de 1950, en los que se incluye la fundación del corregimiento de Huisitó en 1951⁴⁰.

⁴⁰ Castrillón, Juan Diego. *Dinámica de una Frontera de Colonización...* Pp. 42.

Ahora bien, para adueñarse de la tierra y tornarla productiva, los colonos paisas viajaron junto a sus familias y llevaron consigo los animales y las herramientas que les eran indispensables para reiniciar las actividades agropecuarias que habían abandonado antes de su desplazamiento. Así, llevaron hachas y machetes para serrar los bosques, azadones y barretones para sembrar la tierra, animales de corral para alimentarse y mulas para remontar las montañas y transportar sus cargas. Comenzaron por derribar los árboles que cubrían sus lotes para luego quemarlos, despejar el terreno, construir sus viviendas y cultivar sus primeros alimentos⁴¹. La dificultad de las tareas a realizar, la adversidad del medio natural y la falta de brazos disponibles llevaron a los colonos a tejer redes de solidaridad y a trabajar en conjunto por el mutuo beneficio. Bajo esta lógica, los colonos ya establecidos brindaron apoyo a los colonos recién llegados, a la vez que promovieron relaciones de reciprocidad y cooperación como la minga, el convite y la mano prestada⁴².

Es sabido que estas formas de organización colectiva son mucho más comunes entre las comunidades negras e indígenas que entre los campesinos mestizos. Por ello puede pensarse que los colonos paisas adoptaron esta estrategia de supervivencia de los pobladores negros que los recibieron. No obstante, más allá de este legado, los colonos reprodujeron los patrones agrícolas y culturales que practicaban en sus regiones de origen, en lugar de crear unos nuevos o de adaptarse a las costumbres que encontraron en Huisitó⁴³. Desde luego, esta

⁴¹ El proceso de apropiación de la tierra y asentamiento que efectuaron los colonos paisas en Huisitó es muy similar al que llevaron otros colonos en el Guaviare y en el Caquetá. En todos ellos se transforma el paisaje natural por la tala y quema de bosque, se dispone del trabajo familiar y se instaaura una economía de subsistencia por la dificultad que enfrentan los colonos para articularse al mercado regional por la falta de vías de acceso. Sobre el caso del Guaviare, véase: Molano, Alfredo. *Selva Adentro...* Pp. 45-48. Y sobre el caso del Caquetá, véase: Cubides, Fernando; Jaramillo Escobar, Jaime; Mora, Leonidas. *Colonización, Coca y Guerrilla...* Pp. 31-40, 137-141.

⁴² Un excelente documental que muestra los vínculos entre colonización campesina y relaciones de producción comunitarias puede encontrarse en: Castaño, Iván. *A brazo prestado, San José del Bobuy*. Bogotá: Grimm Producciones, 2011.

⁴³ En esta medida se cumple la definición propuesta por Darío Fajardo, para quien la colonización es el establecimiento de una población inmigrante en un territorio que le es desconocido, bajo el sistema de asentamiento que lleva de su lugar de origen. La introducción de nuevas estructuras sociales y económicas, así como la llegada de un nuevo orden cultural, se imponen sobre las formas de vida que practicaba la población que vivía en el territorio antes de la colonización. Fajardo, Darío; Mondragón,

introducción produjo un conflicto sociocultural entre ambos grupos que finalmente condujo a la migración de gran parte de los habitantes negros hacia la costa pacífica caucana, de donde habían partido en un principio, mientras que los pocos que permanecieron en el territorio se acoplaron a las dinámicas traídas por los colonos⁴⁴.

Una de las diferencias centrales que separó a los pobladores negros de los colonos paisas estuvo vinculada al uso del suelo. Mientras los primeros tenían una noción colectiva y comunitaria de la tierra, los segundos entendían la tierra como un bien de propiedad individual y privado. Por otra parte, los colonos llegaron con la idea de integrarse a la economía regional a través de la producción extensiva de alimentos. En cambio, los habitantes negros practicaban una agricultura de autoconsumo en la que los parámetros de productividad y eficiencia no eran determinantes. Las técnicas agrícolas de cada grupo también eran distintas, pues si los colonos rozaban y quemaban la cobertura natural antes de establecer sus cultivos, los pobladores negros sembraban en medio del bosque o en su defecto tumbaban la vegetación de menor altura sin incinerarla. Es claro que esta última forma de producción se acoplaba mejor a la fragilidad del suelo de Huisitó y ayudaba a conservar sus ecosistemas, mientras la explotación intensiva introducida por los colonos derivó en el agotamiento de los suelos y en la degradación del medio natural. Ambos factores incidieron en la aparición de plagas y enfermedades agrícolas que afectaron el desarrollo productivo de la estructura agraria instaurada por los colonos⁴⁵.

Después de sintetizar el proceso de apropiación de la tierra vinculado a la colonización, es preciso examinar el empleo que recibieron los medios de producción y las relaciones sociales que se constituyeron en torno a ellos. En concreto, a continuación se examina la economía campesina de subsistencia que prosperó en el corregimiento de Huisitó, en el período 1950-1975, frente a los fallidos intentos de los colonos por incorporarse al mercado regional. De

Héctor. *Colonización y estrategias de desarrollo*. Bogotá: Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura, 1997. Pp. 77-79.

⁴⁴ Torres, Víctor. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria*, 2017.

⁴⁵ Giraldo, Jorge; Ruiz, Leider. *Aproximación al conocimiento de los sistemas de producción agropecuarios y al manejo del medio natural en la región de Huisitó en el Pacífico caucano*. Buga: Centro Latinoamericano sobre Agroecología y Desarrollo, 1995. Pp. 33-41.

esta forma se van articulando los componentes fundamentales de la estructura agraria expuestos en la introducción.

1.4. Economía campesina (1950-1975)

El propósito inicial de los colonos paisas que arribaron a Huisitó en la década de 1950, como ya se anotaba, era el de reinstaurar los modos de vida y de producción que practicaban en sus territorios de origen, más allá del desplazamiento geográfico que habían atravesado. A este respecto, una de sus mayores aspiraciones era recuperar los patrones agrícolas y económicos que formaban parte de sus tradiciones regionales, entre las cuales era central la pretensión de configurar un uso del suelo y una economía campesina que les permitiera vincularse al mercado regional a través de la producción de alimentos y la adquisición de capital⁴⁶.

Por esta línea, lo primero que hicieron los colonos para establecer sus fincas, después de transformar el paisaje natural, fue sembrar cultivos de pancoger que les devolvieran la estabilidad perdida y les ayudaran a sobrevivir en el nuevo medio. Para ello, en principio adoptaron parte de las dinámicas de subsistencia que los pobladores negros habían perfeccionado en el territorio durante varias décadas. Así, la dieta de los colonos era producida familiarmente y se componía de frijol, maíz, yuca, plátano y arroz, así como de la carne que obtenían de sus animales de corral, la pesca y la cacería. La producción familiar se

⁴⁶ En este trabajo se entiende la economía campesina como un tipo de producción rural que se desarrolla en pequeñas y medianas propiedades por medio del trabajo agropecuario familiar. Por lo general, su grado de tecnificación es bajo y su finalidad última es garantizar la subsistencia de la unidad familiar: por un lado, a través de la producción de los alimentos que la misma familia consume para reproducir su existencia; y por el otro, por medio de la comercialización de productos en el mercado local y regional, que le permite a la familia adquirir el capital necesario para reproducir su sistema productivo y mejorar su calidad de vida. Localmente, los campesinos también pueden intercambiar sus productos de forma no monetizada y desarrollar estrategias de producción conjunta o complementaria. Una caracterización histórica de la economía campesina colombiana y un balance teórico del concepto pueden encontrarse en: Barberi Gómez, Fernando; Cardona Landínez, Iván; Garay Salamanca, Luis Jorge. *Impactos del TLC con Estados Unidos sobre la economía campesina en Colombia*. Bogotá: Instituto Latinoamericano para una Sociedad y un Derecho Alternativos, 2010. Pp. 77-102.

complementaba con el intercambio de alimentos que los mismos colonos efectuaban en el mercado dominical del corregimiento⁴⁷.

Con todo, trabajar exclusivamente para el autoconsumo no formaba parte de los imaginarios productivos de los colonos paisas, quienes venían de participar de una rentable economía cafetera. Por el contrario, su vocación era producir excedentes agrícolas que pudieran comercializar en el mercado regional para mejorar sus condiciones materiales de vida. Por esta razón, entre 1950 y 1975 emprendieron tres grandes proyectos productivos que fracasaron por la falta de vías de acceso y por la aparición de pestes y enfermedades agrícolas, derivadas de la degradación de los suelos y de la transformación del medio natural. El primero de ellos fue la producción de café en la década de 1950, que no sólo conocían a profundidad por su experiencia previa en Antioquia y el Eje Cafetero, sino que además contaba con una mayoritaria demanda regional⁴⁸.

El Censo Agropecuario de 1960 registra que el café era el cultivo más importante del departamento del Cauca, ocupando el 62% de la superficie departamental de cultivos permanentes con 63.000 hectáreas. Dentro de este conjunto, El Tambo era el mayor productor departamental de café, con 5.560 hectáreas sembradas que representaban el 60% de los cultivos permanentes del municipio, seguido por un 39% de plátano. El documento también reporta que El Tambo era el municipio con la mayor superficie productiva del Cauca, aportando más de la décima parte del total departamental. Sus 113.793 hectáreas productivas, que equivalían a la tercera parte del territorio municipal, estaban distribuidas en 5.996 explotaciones que se dividían como sigue: el 85% de las propiedades eran agrícolas y cubrían el 39% de las tierras productivas; el 5% eran ganaderas y acaparaban el 45% de la tierra productiva; y el 10% eran de uso mixto y ocupaban el 16% del área restante⁴⁹. De estas cifras

⁴⁷ Los colonos se aferraron a los hábitos alimenticios que practicaban en sus regiones de origen e incorporaron algunos alimentos de la nueva geografía. Un estudio de la dieta que acompañó los procesos de la colonización antioqueña puede encontrarse en: Valencia Llano, Albeiro. *Vida cotidiana y desarrollo regional en la colonización antioqueña*. Manizales: Universidad de Caldas, 1996. Pp. 48-58.

⁴⁸ Castrillón, Juan Diego. *Dinámica de una Frontera de Colonización...* Pp. 117-120.

⁴⁹ Departamento Nacional de Administración y Estadística. *Censo Nacional Agropecuario 1960: Cauca*. Bogotá: 1964. Pp. 30, 40, 53-56. No es posible conocer la evolución inmediata de los usos

se concluye que las explotaciones ganaderas se desarrollaron en grandes latifundios, ubicados en las planicies del costado oriental del municipio, mientras que las explotaciones agrícolas se desarrollaron en pequeñas y medianas propiedades, entre las cuales se incluyen las fincas de los colonos en las quebradas montañas de Huisitó.

A pesar de la bonanza cafetera y de la prosperidad productiva que atravesó el municipio de El Tambo durante la década de 1950, el corregimiento de Huisitó permaneció marginado y no logró integrarse al mercado regional a través de la producción de café. Por una parte, porque los colonos desconocían las condiciones físicas del territorio de Huisitó. La altura, el clima, la humedad y los suelos del corregimiento no eran propicios para el cultivo del café, lo que trajo consigo la aparición de pestes que pronto frustraron los primeros esfuerzos agrícolas de los colonos. Y por la otra, porque la falta de vías de acceso y la adversidad de la topografía y del bosque húmedo tropical dificultaban el transporte de cualquier producto hacia la cabecera municipal. Por lo general, el costo asociado a la arriería se acercaba o sobrepasaba el precio de venta de los productos, dejando muy poca rentabilidad e incluso pérdidas para los colonos.

En respuesta a ambas limitantes, un porcentaje importante de los colonos que ingresaron a Huisitó abandonaron la zona al poco tiempo para migrar hacia frentes de colonización más promisorios, entre los cuales se destacan los departamentos del Huila y del Putumayo, así como la región de la Orinoquía⁵⁰. Otros de los emigrantes se acogieron al Plan Nacional de Rehabilitación impulsado por el presidente Alberto Lleras Camargo, mediante el decreto 1718 de 1958, el cual buscaba restablecer el bienestar económico y social de los territorios afectados por la violencia bipartidista para promover el regreso de los campesinos desplazados⁵¹.

del suelo del municipio de El Tambo porque el Censo Nacional Agropecuario de 1970 dispone de mucha menos información que su antecesor.

⁵⁰ Castrillón, Juan Diego. *Dinámica de una Frontera de Colonización...* Pp. 120-125.

⁵¹ El decreto 1718 puede consultarse en:

<http://www.suin-juriscol.gov.co/viewDocument.asp?id=1336844>

Mientras tanto, los colonos que permanecieron en el territorio de Huisitó persistieron en su impulso por articularse a la economía regional, a través de la instauración de otros dos proyectos productivos que giraron alrededor de la producción de lulo y de cacao. Ambos prosperaron por pequeñas bonanzas que ilusionaron a los colonos, pero que pronto terminaron por las mismas razones que frustraron la producción de café. La siembra de lulo tomó lugar en la década de 1960 y no elevó vuelo por las enfermedades que diezmaron los cultivos y por los elevados costos de transporte. Igual destino enfrentaron los cultivos de cacao en la década de 1970⁵².

Como resultado, en paralelo al fracaso de las tres iniciativas productivas desarrolladas por los colonos, se configuró en Huisitó una economía campesina de subsistencia que fortaleció los vínculos de los colonos con el mercado local y que promovió relaciones cooperativas de producción entre los campesinos. A falta de jornaleros para contratar, o del dinero requerido para pagarles, los colonos se asociaron en grupos de trabajo para desarrollar las tareas agrícolas más dispendiosas. Entre ellas se contaba el desmonte de las parcelas, la construcción de las viviendas, la siembra y cosecha de los distintos cultivos, además de las jornadas de pesca y cacería. Asimismo, los colonos producían familiarmente la mayor parte de los alimentos que consumían e intercambiaban sus excedentes con otros colonos en el mercado dominical del casco urbano para adquirir los alimentos que les hacían falta⁵³.

En cambio, para importar los pocos productos que les eran indispensables para reproducir su existencia y su sistema productivo, los colonos debían vender parte de sus variados excedentes agrícolas en el mercado municipal para obtener el capital necesario. Así, aunque a menor escala que el café, el cacao y el lulo, los campesinos de Huisitó comercializaban plátano, chontaduro, maíz, frijol, caucho, panela, ganado y animales de corral. De regreso

⁵² Giraldo, Jorge. *Aproximación al conocimiento de los sistemas de producción agropecuarios y al manejo del medio natural en la región de Huisitó en el Pacífico caucano*. Buga: Centro Latinoamericano sobre Agroecología y Desarrollo, 1995. Pp. 20-22.

⁵³ Sobre las compañías de trabajo véanse los testimonios de José Noel Hurtado y de Luis Acosta. *Memoria*, 2017. Pp. 11 y 16.

compraban mulas y caballos, machetes, medicamentos, petróleo, sal y telas, entre otros bienes imprescindibles⁵⁴.

La siguiente fotografía es una imagen de 1974 que muestra los puestos de mercado que los colonos organizaban para vender sus productos en la plaza central del corregimiento. Del lado izquierdo se observan los rústicos toldos del mercado, atendidos por los mismos campesinos de la región, mientras que del lado derecho se destaca un grupo de hombres que conversan reunidos en círculo. Ese encuentro informal lleva a pensar que el mercado local no sólo propiciaba un intercambio económico entre los colonos, sino que era también un importante espacio de socialización para fortalecer los vínculos internos de la comunidad.



Fotografía N° 7: Mercado dominical del corregimiento de Huisitó

Fuente: Archivo Jorge Giraldo, 1974

1.5. Acción Política Campesina (1950-1975)

La acción política campesina, retomando lo dicho en la introducción, es un ejercicio colectivo de poder que puede desarrollarse en dos escenarios sobrepuestos: el micropolítico y el macropolítico. El primero alude a las formas de organización política que adoptan los campesinos para gobernar su territorio, mientras que el segundo se refiere a las movilizaciones que efectúan los campesinos para pronunciarse frente a las políticas del Estado. En la práctica se advierte que ambas dimensiones están relacionadas, pues así como las acciones micropolíticas son una respuesta local a las políticas de Estado, las acciones

⁵⁴ Testimonio Fabio Castro. *Memoria*, 2017. Pp. 19.

macropolíticas son un ejercicio público que manifiesta la postura de los campesinos frente a las políticas de Estado que los afectan en su espacio micropolítico.

Para el caso de Huisitó, entre 1950 y 1975, se observa que los colonos implementaron una serie considerable de acciones micropolíticas para gobernar su territorio y construir su corregimiento, en contraste con las pocas acciones macropolíticas que realizaron para manifestarse en contra de la marginación estatal. Dos razones explican esta desproporción: por un lado, la falta de vías que aislaron a Huisitó de la cabecera municipal y de la capital departamental; y por el otro, la violencia política que ejercieron los gobiernos conservadores sobre los colonos liberales, quienes a partir de su persecución y desplazamiento perdieron la confianza en las instituciones oficiales⁵⁵.

De hecho, la colonización del territorio de Huisitó fue el resultado de los esfuerzos hechos por los colonos paisas, liberales, para refugiarse de las fuerzas conservadoras y para asentarse en una región fronteriza sin presencia efectiva del Estado. En ese contexto, los vacíos derivados del abandono estatal fueron parcialmente suplidos por los colonos, quienes se organizaron política y socialmente para gobernar el corregimiento y para desarrollar proyectos de beneficio común como la construcción de la carretera, del mercado, del acueducto y de las escuelas. En concreto, los mecanismos adoptados por los colonos para organizarse fueron tres.

Primero, alrededor de 1950 crearon un cabildo o junta de gobierno, después conocido como Junta de Acción Comunal, en la que algunos colonos eran elegidos democráticamente para desempeñar responsabilidades afines al interés de la comunidad. La Junta era el organismo de gobierno más importante del corregimiento y se componía de un presidente, un vicepresidente, un fiscal, un contralor, un tesorero y un secretario, que podían ser hombres o mujeres y que conformaban un mismo equipo de trabajo. Entre sus funciones estaba: regular la convivencia pacífica entre los colonos, establecer normas de obligatorio cumplimiento, resolver disputas entre particulares, certificar la apropiación o la compra de tierras, convocar mingas y reuniones para tomar decisiones de interés general, solicitar la presencia del Estado

⁵⁵ Testimonio Luis Acosta. *Memoria*, Pp. 16.

en la resolución de las necesidades locales y organizar comités de trabajo que lideraran la ejecución de los proyectos planteados por la comunidad⁵⁶.

Segundo, implementaron estrategias de financiación para adquirir el presupuesto que requería la administración del corregimiento y que no recibían por parte del Estado. Entre ellas se destacan la imposición de multas para los infractores de las normas aprobadas por la misma comunidad; la creación de impuestos para quienes recibían ganancias de alguna actividad económica; la solicitud de aportes esporádicos por parte de todos los colonos; el cobro de una tarifa por la escrituración informal de la propiedad; y la promoción de rifas, fiestas y eventos para recaudar fondos colectivos. De esta forma, la Junta percibía parte de los impuestos que no eran tributados al Estado para reinvertirlos en el bienestar del corregimiento. La administración de estos recursos era supervisada por los mismos colonos, quienes periódicamente organizaban reuniones para exigirle informes a la Junta⁵⁷.

Y tercero, desarrollaron formas de trabajo asociativo no remunerado para construir las obras públicas que requerían de una extensa mano de obra. La más importante de estas modalidades fue la minga. En ella, todos los adultos del corregimiento eran convocados para trabajar colectivamente en una tarea de beneficio comunitario. La Junta se encargaba de los materiales necesarios y de la alimentación, mientras los colonos aportaban sus conocimientos y su fuerza de trabajo. Estas jornadas no sólo fueron indispensables para edificar las instituciones más importantes de Huisitó, sino que también contribuyeron a fortalecer el sentido de pertenencia y los lazos de unión entre los colonos. Las mingas eran espacios de socialización que estrechaban el tejido social de la comunidad. Al trabajar juntos por un mismo fin, sobreponiéndose a la marginación del Estado, los colonos compartían referentes de identidad que superaban el denominador común de ser paisas, liberales y refugiados de la violencia⁵⁸.

⁵⁶ Castrillón, Juan Diego. *Dinámica de una Frontera de Colonización...* Pp. 112-117.

⁵⁷ Testimonio José Noel Hurtado. *Memoria*, Pp. 13.

⁵⁸ Testimonio José Noel Hurtado. *Memoria*, Pp. 12.

A partir de estos tres mecanismos fue que los colonos lograron gobernar el corregimiento y construir parte de la infraestructura que reclamaban como necesaria. El proceso histórico que configuró este ejercicio micropolítico se fundamentó en la voluntad de los colonos por reproducir los patrones de poblamiento y de ordenamiento territorial que practicaban en sus regiones de origen⁵⁹. La primera expresión de este propósito fue la fundación oficial del corregimiento en 1951, presidida por las primeras cincuenta familias de colonos que arribaron a Huisitó. En paralelo, los colonos dispusieron de un amplio espacio cuadrado para ubicar la plaza central del pueblo. A su alrededor construyeron las instituciones que consideraban indispensables para retomar las prácticas sociales, políticas y culturales que formaban parte de su estilo de vida cotidiano. De este modo, a partir de los materiales ofrecidos por el medio natural, edificaron una iglesia católica y una evangélica, un colegio para hombres y uno para mujeres, un mercado, un puesto de salud, un hostel de paso, una inspección, un matadero y un acueducto comunitario⁶⁰.

Las siguientes dos imágenes son vestigios que confirman los esfuerzos realizados por los colonos para construir un pueblo que correspondiera a sus imaginarios sociales y culturales. Por un lado, la fotografía número ocho presenta una visión panorámica del corregimiento de Huisitó en el que claramente se distingue la presencia de una gran plaza central. A su alrededor se encuentra la casi totalidad de las viviendas del corregimiento. Y al fondo se observa la montaña que ha sido deforestada y que da cuenta de la transformación del paisaje derivada de la colonización. Por el otro lado, la fotografía número nueve es la imagen de la iglesia católica que fue construida por los colonos para retomar sus prácticas religiosas tradicionales.

⁵⁹ Castrillón, Juan Diego. *Dinámica de una frontera de colonización...* Pp. 26-27, 80.

⁶⁰ Testimonios José Noel Hurtado y Luis Acosta. *Memoria*, Pp. 11 y 16.



Fotografía N° 8: Vista panorámica de la plaza central de Huisitó
Fuente: Archivo Jorge Giraldo, 1980



Fotografía N° 11: Iglesia católica construida por los colonos de Huisitó
Fuente: Archivo Jorge Giraldo, 1975

Para su funcionamiento, varias de las instituciones construidas por los colonos requerían de la financiación estatal o de la presencia de personal externo a la comunidad. Para

conseguirlos, los delegados de la Junta viajaron a la cabecera municipal en repetidas ocasiones para solicitar la llegada de profesores, doctores, policías, sacerdotes y pastores. La respuesta del Estado fue poco satisfactoria, pues apenas envió una profesora para asistir las dos escuelas del corregimiento, reguló la visita bimensual de un doctor sin equipo médico, despachó pocos policías para la región y otorgó un modesto presupuesto para que la comunidad contratara su propio inspector. Por su parte, mientras que la iglesia evangélica estableció una misión en la zona con un pastor de tiempo completo, la iglesia católica realizó visitas esporádicas para atender a sus feligreses⁶¹.

La reducida capacidad de la Fuerza Pública que llegó a Huisitó fue uno de los factores que desencadenó la propagación del vandalismo en el corregimiento. Los ladrones eran en su mayoría colonos que robaban por necesidad, aunque también llegaron algunos criminales que buscaban zonas apartadas como Huisitó para refugiarse del Estado. Así, el hurto de animales de corral y el abigeato se convirtieron en delitos comunes de los que los colonos tuvieron que aprender a defenderse, pues los pocos policías y el inspector no eran suficientes para atender todos los denuncios y para capturar a los responsables. En consecuencia, los colonos dispusieron de sus herramientas de trabajo y de sus armas de cacería y se organizaron en guardias nocturnas y en comités de vigilancia para proteger su patrimonio y sus propiedades. Cuando lograban capturar a alguno de los cuatrerros lo ajusticiaban por mano propia, si era desconocido, y si era conocido lo recluían en el calabozo del puesto de inspección para juzgarlo, recriminarlo públicamente y cobrarle una multa por el delito. De este modo, los colonos gestionaron su propia seguridad y administraron justicia en respuesta a la marginación institucional del Estado⁶².

Por último, una mención especial merece la carretera por ser el proyecto de infraestructura que comprometió el desarrollo productivo del corregimiento de Huisitó entre 1950 y 1975. La falta de vías terciarias y secundarias impidió que los colonos pudieran transportar sus productos hasta el mercado municipal para articularse a la economía regional. Sin embargo,

⁶¹ Castrillón, Juan Diego. *Dinámica de una frontera de colonización...* Pp. 112-115.

⁶² Sobre las guardias de seguridad creadas por los colonos, véase el testimonio de Luis Acosta. *Memoria*, Pp. 15

para intentar resolver ambas carencias los colonos desarrollaron dos acciones micropolíticas que deben resaltarse por la envergadura del esfuerzo que requirieron.

Primero, construyeron caminos de herradura que permitieron el desarrollo de la arriería como medio de transporte alternativo para superar la ausencia de vías terciarias. Así lograron conectar al casco urbano del corregimiento con todas sus veredas, aunque de manera rústica, para facilitar el tránsito de los colonos y para fortalecer sus lazos con el mercado local. Para dimensionar la magnitud de esta empresa debe tenerse en cuenta que Huisitó tiene una extensión de 282 km² y que sus veredas más lejanas quedan a más de un día de camino del casco urbano. La fotografía número doce, tomada en 1974, muestra uno de los caminos de herradura construidos por los colonos para facilitar el transporte de carga a lomo de mula y para comunicar a los pobladores del corregimiento. La imagen evidencia el mal estado de la trocha, que difícilmente puede ser atravesada por los colonos sin el auxilio de la arriería. Por su parte, la fotografía número trece muestra un camino de herradura en mejor estado, aunque mucho más angosto, por el que transitaban los colonos para llegar hasta el casco urbano de Huisitó. Se observa el trazo irregular del camino que denota su elaboración artesanal y descarta toda posible asesoría técnica del Estado.

Y segundo, construyeron alrededor de 10 kilómetros de carretera para adelantar la vía secundaria que de manera indirecta comunicaba al corregimiento de Huisitó con la cabecera de El Tambo. Esta iniciativa se dio después de que varias comisiones de colonos viajaron a la alcaldía y a la gobernación para exigir la construcción de la carretera y fracasaron en su intento por recibir el apoyo estatal. No obstante, en lugar de resignarse a la indiferencia del gobierno, los colonos decidieron comenzar la obra por cuenta propia. Organizaron mingas masivas y tras varios años de trabajo, que culminaron en 1970, lograron llevar la carretera



Fotografía N° 12: Camino de herradura y arriería en el corregimiento de Huisitó
Fuente: Archivo Jorge Giraldo, 1976



Fotografía N° 13: Camino de herradura para llegar al corregimiento de Huisitó
Fuente: Archivo Jorge Giraldo, 1980

desde el Asomadero hasta un punto intermedio conocido como el Veinte de Julio⁶³. Para comprender lo que esto significa, la siguiente tabla muestra las distancias y las alturas de los distintos puntos de la carretera que conecta a Huisitó con El Tambo.

Tabla N° 2: Distancia y altura de los puntos que conforman la carretera Huisitó – El Tambo ⁶⁴		
Puntos de la carretera Huisitó – El Tambo	Distancia en kilómetros desde Huisitó	Altura sobre el nivel del mar
Huisitó - Casco Urbano	0	934
Juntas	4,3	908
Veinte de Julio	17,1	1.985
La Cabaña	21,3	2.134
Asomadero	27,4	2.545
Fondas	36,4	1.982
El Crucero	42,7	1.872
Alto del Rey	47,4	1.790
El Tambo	68,0	1.741
Fuente: Giraldo, Jorge. <i>Datos Generales Huisitó</i> . Documento inédito. Huisitó: 2012. Pp. 5		

Antes de la colonización del territorio de Huisitó la carretera que partía de El Tambo llegaba hasta el Asomadero, que como puede verse en la columna de alturas es la cumbre de la cordillera occidental. Es decir que el tramo de la carretera que estaba medianamente construido correspondía al costado oriental de la cordillera occidental, mientras que el costado occidental permanecía incomunicado. El esfuerzo de los colonos, entonces, consistió en llevar la carretera desde el Asomadero hasta el Veinte de Julio, lo que supuso construir 10 kilómetros de carretera en la vertiente occidental de la cordillera para descender 600 metros de altura. Gracias a la terminación de este proyecto los colonos mejoraron sus condiciones de vida y de comercialización, pues a partir de 1970 redujeron la distancia que debían recorrer por los caminos de herradura para salir hacia El Tambo, al tiempo que construyeron un

⁶³ Sobre el avance de la carretera y la construcción del Veinte de Julio, véase el testimonio de Fabio Castro. *Memoria*, Pp. 20 y 21.

⁶⁴ Tabla extraída de: Giraldo, Jorge. *Datos Generales Huisitó*. Documento inédito. Huisitó, 2012. Pp. 5

mercado en el Veinte de Julio al que llegaban los comerciantes del municipio para comprar los productos que producían los campesinos de Huisitó.

No obstante, si bien este avance redujo notablemente los costos de transporte que debían asumir los colonos para vender sus productos, en muchas ocasiones el precio final dejaba pocas o ninguna ganancia para los campesinos. Por un lado, porque el coste de los fletes seguía siendo elevado como para transportar grandes cantidades de alimentos, y por el otro, porque los intermediarios aprovechaban la necesidad de los colonos para reducir los precios y así obtener un lucro mayor⁶⁵. En otras palabras, aunque las vías secundarias y terciarias que construyeron los colonos acercaron al corregimiento de Huisitó con el municipio de El Tambo, éstas no fueron suficientes para articular a los colonos al mercado municipal y para integrarlos definitivamente a la economía regional.

1.6. Conclusiones

En síntesis, la estructura agraria del corregimiento de Huisitó, en el período 1950-1975, se configuró a partir de un proceso de colonización espontánea que se apoyó en las redes sociales y en los vínculos solidarios que sostuvieron los colonos paisas para establecerse colectivamente en el nuevo medio. Su proceso de asentamiento buscó replicar los modos de vida y de producción que practicaban en sus regiones de origen, lo que causó conflictos socioculturales entre los refugiados de la violencia bipartidista y los pobladores negros que habitaban el territorio de Huisitó. La apropiación de la tierra por parte de los colonos se dio a partir de la compra de mejoras o de la expansión de la frontera agrícola. En ambos casos, los terrenos eran baldíos y no contaban con una escritura pública. Sin embargo, para respaldar la propiedad de los predios los colonos se apoyaron en la autoridad de la Junta y en el reconocimiento colectivo de la comunidad.

La marginación que sufrió el corregimiento de Huisitó por parte del Estado impidió la articulación de los colonos al mercado regional y configuró una economía campesina de subsistencia que se fundamentó en el trabajo familiar, que promovió la seguridad alimentaria y que fortaleció los vínculos de los colonos con el mercado local. El abandono estatal también

⁶⁵ Castrillón, Juan Diego. *Dinámica de una Frontera de Colonización...* Pp. 157-160.

llevó a que los colonos desarrollaran formas de organización social y política para gobernar su territorio y para construir las instituciones que consideraban indispensables para el bienestar del corregimiento. Entre las obras gestionadas, además de las iglesias, las escuelas, el mercado, la inspección y el acueducto, se destaca la construcción de vías terciarias y secundarias para comunicar al casco urbano de Huisitó con el resto de sus veredas y con la cabecera municipal de El Tambo. Entre los mecanismos adoptados para lograr la realización de estos proyectos deben resaltarse: las estrategias de auto-financiación que permitieron la recaudación de fondos comunitarios; la promoción de mingas que facilitaron la coordinación de la fuerza de trabajo colectiva; y la conformación democrática de una Junta de gobierno que con el apoyo de los colonos desempeñó funciones ejecutivas, legislativas y judiciales para asumir el vacío derivado de la exclusión estatal.

2. Bonanza Marimbera y Economía Cocalera

(1975-2015)

2.1. Introducción

La creciente demanda de sustancias psicoactivas de origen natural por parte de Estados Unidos y de Europa, a partir de la década de 1960, fortaleció la economía del narcotráfico e incentivó una división internacional del trabajo en la que Colombia se posicionó como uno de los países productores de estupefacientes más importantes del mundo: primero de marihuana (1965-1985) y luego de cocaína (1980-2015), con una pequeña bonanza de heroína (1990-1995). El proceso de producción de estas drogas dentro del territorio nacional, a su vez, fue posible gracias a una división interna del trabajo en la que se distinguen tres fases complementarias e interdependientes: primero, la siembra de los cultivos que sirven de materia prima por sus naturales propiedades psicoactivas (marihuana, coca y amapola); segundo, la transformación físico-química de la materia prima para elaborar la droga; y tercero, la comercialización clandestina del producto final en el mercado nacional e internacional.

La introducción y expansión de los cultivos de uso ilícito en los territorios rurales colombianos trajo consecuencias sociales y ambientales de gran impacto, que variaron según las condiciones históricas, geográficas y ecológicas de las comunidades campesinas, negras e indígenas que adoptaron los cultivos como una alternativa productiva frente a la marginación del Estado. En este orden, para comprender el fenómeno de los cultivos de uso ilícito y para diseñar estrategias integrales de sustitución, es preciso realizar estudios locales y regionales que señalen las causas estructurales del problema para cada unidad territorial, dejando atrás el sensacionalismo y el enfoque represivo con que los medios de comunicación y el Estado se han aproximado al tema.

El propósito de este capítulo, entonces, es analizar los cambios económicos y sociales que la llegada y expansión de los cultivos de marihuana y de coca introdujeron en la estructura agraria del corregimiento de Huisitó, en el período 1975-2015. Para lograr su cometido, el capítulo está compuesto de tres apartados: el primero resalta la importancia que tuvo la bonanza marimbera (1975-1980) sobre la posterior consolidación de la economía cocalera;

el segundo estudia las relaciones y los modos de producción que los cultivos de coca introdujeron en la estructura agraria del corregimiento (1980-2015); y el tercero describe los efectos que tuvo el desarrollo de la economía cocalera sobre la economía campesina, el modo de vida, el tejido social y el medio ambiente de Huisitó.

2.2. Evolución de la bonanza marimbera (1975-1980)

La bonanza marimbera fue un corto período de la historia económica nacional, transcurrido entre 1965 y 1985, en el que Colombia se convirtió en el mayor productor mundial de marihuana para suplir la ascendente demanda de la yerba por parte del mercado ilegal de narcóticos de Estados Unidos⁶⁶. Aunque el principal epicentro de la bonanza estuvo ubicado en la Sierra Nevada de Santa Marta y en el nororiente de la Región Caribe, por la estratégica cercanía entre los centros rurales de producción y los puertos de exportación, los estudios históricos realizados han demostrado que también hubo cultivos de marihuana dispersos en el resto de la geografía nacional⁶⁷. De acuerdo con Hernando Ruiz Hernández, quien publicó uno de los primeros y mejores trabajos sobre la bonanza marimbera, la mayoría de los focos periféricos que se articularon a la producción de marihuana fueron frentes recientes de colonización, en los que la falta de infraestructura y la negación de una política agraria integral habían impedido el desarrollo sostenible de actividades productivas de carácter lícito, condenando así a muchas comunidades campesinas, negras e indígenas a vivir en un relativo aislamiento económico⁶⁸. En estos territorios apartados, los cultivos

⁶⁶ Las causas internacionales que desataron la bonanza marimbera fueron estudiadas a profundidad por Ricardo Vargas Meza en: Vargas Meza, Ricardo. *Fumigación y conflicto*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1999. Pp. 15-41.

⁶⁷ Debe anotarse que la producción y comercialización de marihuana en la región Caribe colombiana fue anterior al período de la bonanza marimbera. Así lo estudió el historiador Eduardo Sáenz Róvner en varias de sus investigaciones. Un resumen panorámico de esta cuestión puede encontrarse en: Sáenz Róvner, Eduardo. “La “prehistoria” de la marihuana en Colombia: consumo y cultivos entre los años 30 y 60”. En: *Cuadernos de Economía*, Vol. 26, Núm. 47, Pp. 205-222. Universidad Nacional de Colombia, 2007. Un estudio exhaustivo sobre los antecedentes y el desarrollo regional de la bonanza marimbera en el Caribe colombiano puede encontrarse en: Britto, Lina. *The Marijuana Axis: A Regional History of Colombia's First Narcotics Boom, 1935-1985*. Universidad de Nueva York: Tesis doctoral en historia, 2013.

⁶⁸ Este trabajo forma parte del primer gran estudio que se realizó sobre la bonanza marimbera en Colombia. Ruiz Hernández, Hernando. “Implicaciones sociales y económicas de la producción de la

de marihuana emergieron como una alternativa de subsistencia que compensaba la marginación estatal y permitía la integración de las poblaciones excluidas al mercado internacional y a la economía capitalista⁶⁹. El corregimiento de Huisitó fue una de estas zonas marginales de colonización.

Con todo, una de las mayores dificultades para estudiar el desarrollo de la bonanza marimbera desde un enfoque territorial radica en la falta de estadísticas municipales y departamentales sobre la superficie, el rendimiento y los modos de producción de los cultivos de marihuana. Este subregistro se deriva del carácter ilícito de la economía marimbera y de la carencia tecnológica de la época para establecer con precisión la cantidad, ubicación y distribución de los cultivos de marihuana en la geografía nacional. Por ese motivo, las cifras presentadas como oficiales son estimaciones con un margen considerable de error, que fueron establecidas a partir de incautaciones antinarcóticas, de especulaciones teóricas o de observaciones de campo muy delimitadas⁷⁰.

La mayoría de los informes disponibles sobre la bonanza marimbera en Colombia exponen un supuesto consolidado nacional que no permite discriminar la extensión de los cultivos de marihuana en el municipio de El Tambo. Como resultado, las únicas dos fuentes disponibles para estudiar la economía marimbera en el corregimiento de Huisitó son los testimonios de los campesinos que observaron o se involucraron en la producción de yerba y cuatro

marihuana”. En: Asociación Nacional de Instituciones Financieras (ANIF). *Marihuana: legalización o represión*. Bogotá: Biblioteca ANIF de Economía, 1979. Pp. 111-228.

⁶⁹ Una revisión historiográfica revela que son pocas las investigaciones que se han preocupado por estudiar el impacto que tuvo la bonanza marimbera en estos escenarios marginados, en comparación con los muchos trabajos que se han escrito sobre el mismo fenómeno en la Sierra Nevada. En parte, este vacío se debe a la falta de estadísticas disponibles y a la centralidad que tuvo la región Caribe dentro del proceso marimbero. Algunas aproximaciones iniciales que deben destacarse son las de Alfredo Molano en el Guaviare y Ricardo Vargas en la Serranía del Perijá. Véase: Molano, Alfredo. *Selva Adentro...* Pp.58-60. Vargas Meza, Ricardo. “La bonanza de la marimba empezó aquí”. En: CINEP. *La verdad del '93*. Bogotá: CINEP, 1994. Pp. 181-188.

⁷⁰ Esta misma limitante impediría el censo efectivo y riguroso de los cultivos de coca y de amapola durante las décadas de 1980 y 1990. La creación del Sistema Integral de Monitoreo de Cultivos Ilícitos (SIMCI) en el año de 1999 por parte de las Naciones Unidas puso fin a esta dificultad, pues a partir de entonces la medición de cultivos de uso ilícito se ha realizado por medio de imágenes satelitales, fotografías aéreas y recorridos de verificación en campo.

investigaciones académicas que de manera tangencial resaltaron la presencia y el rendimiento de los cultivos de marihuana en el departamento del Cauca. En ambos casos, la información suministrada es de carácter cualitativo y no permite un análisis estadístico de la bonanza marimbera en el área de estudio.

La primera de aquellas investigaciones fue la realizada por Hernando Ruiz Hernández, quien en el estudio ya citado señaló que varias de las poblaciones marginadas que participaron en la bonanza marimbera estuvieron diseminadas en el costado occidental del departamento del Cauca, si bien no especuló sobre la posible extensión y densidad de los cultivos de marihuana en la región. El sociólogo Juan Gabriel Tokatlian coincidió con esta apreciación general, pues en uno de sus escritos afirmó que las políticas represivas de erradicación y fumigación que el Gobierno Nacional implementó en la región Caribe y en la Sierra Nevada de Santa Marta, desde 1975, desplazaron un porcentaje significativo de los cultivos de marihuana al departamento del Cauca, en donde la riqueza del suelo, las lluvias abundantes y la humedad del clima triplicaron el rendimiento de la producción⁷¹. Por último, las investigaciones de Albert Bettermann y de Sergio Uribe Ramírez señalaron que el centro y el norte del Cauca fueron productores considerables de marihuana desde 1970, debido a que la amplitud de su territorio, la falta de oportunidades económicas y la mínima presencia del Estado propiciaron el desarrollo de actividades productivas ilícitas⁷².

En medio del contexto recién descrito fue que la bonanza marimbera se insertó en el corregimiento de Huisitó. Este período de la historia del pueblo comenzó poco antes de 1975 y terminó poco después de 1980. Si bien los beneficios económicos que trajo consigo se vieron limitados por la corta duración que tuvo el auge de la marihuana en la zona, su verdadera importancia estuvo en anteceder la llegada de la coca y en preparar a los campesinos para participar de una economía ilícita. A continuación se presenta una

⁷¹Tokatlian, Juan Gabriel. *Narcotráfico en Colombia: dimensiones políticas, económicas, jurídicas e internacionales*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1991. Pp. 324-326.

⁷² Uribe Ramírez, Sergio. “Los cultivos ilícitos en Colombia”. En: Dirección Nacional de Estupefacientes y Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. *Drogas ilícitas en Colombia: su impacto económico, político y social*. Bogotá: Ariel Ciencia Política, 1997. Pp. 35-135.

reconstrucción histórica del proceso marimbero a partir de los testimonios ofrecidos por los campesinos de Huisitó.

Las memorias recogidas afirman que las primeras plantas de marihuana llegaron a la región en el año de 1975, a través de intermediarios y comerciantes externos que viajaron hasta el mercado del Veinte de Julio y que repartieron miles de semillas para introducir y difundir los cultivos de marihuana en el corregimiento⁷³. Los forasteros se reunieron con los campesinos interesados y les explicaron la forma en que debían sembrar, cultivar, cosechar, secar y prensar la yerba para poderla comercializar⁷⁴. También les expusieron las rápidas utilidades que el cultivo les dejaría en menos de un semestre, promesa que cautivó a muchos de los campesinos de la zona, quienes estaban acostumbrados a esperar más de tres años para empezar a cosechar sus cultivos de café y de cacao. Aquella primera visita fue una inversión estratégica por parte de los traficantes, pues a los seis meses volvieron al pueblo para comprar todas las cosechas de marihuana, que pronto distribuyeron en las grandes ciudades y que también revendieron a los carteles marimberos que exportaban la mercancía hacia Estados Unidos⁷⁵.

Aunque el precio de compra que recibían los campesinos era bajo en comparación con las ganancias de los intermediarios y de los marimberos, los nuevos ingresos entusiasmaron a los colonos y extendieron los cultivos de marihuana a lo largo del corregimiento. La venta de la yerba producía un capital que de lejos sobrepasaba los precarios beneficios que los campesinos habían percibido con el trabajo de sus jornales y con la reducida comercialización de sus productos agrícolas. Al respecto, el testimonio de Víctor Torres indica que en los mejores tiempos un kilo de marihuana podía llegar a costar hasta 600 pesos, mientras que el precio de un jornal de trabajo era de apenas 40 pesos. Lo anterior significa que cuando la

⁷³ El Veinte de Julio, como se expuso al final del primer capítulo, era un punto intermedio entre el corregimiento de Huisitó y el municipio de El Tambo. Hasta allí llegaba la carretera que comunicaba a ambas poblaciones. Por ello, fue un lugar de tránsito y comercio en el cual se construyó un mercado, dos hostales de paso y algunos restaurantes.

⁷⁴ Para conocer al detalle el proceso de producción de la marihuana, desde la siembra de la plántula hasta la elaboración de la mercancía final, véase: Ruiz Hernández, Hernando. “Implicaciones sociales y económicas...”. Pp. 144-150.

⁷⁵ Torres, Víctor. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria*, 2017. Pp. 29 - 32.

marihuana se cotizaba por lo alto un solo kilo de yerba podía ser equivalente a dos semanas de trabajo como jornalero⁷⁶.

Para comprender las dimensiones de esta desproporción conviene destacar los atributos de los sistemas productivos marimberos que los mismos campesinos distinguen y explican en sus testimonios. En primer lugar, debe anotarse que todos los campesinos que sembraron marihuana en el corregimiento de Huisitó eran pequeños productores. La mayoría tenía cultivos de menos de una hectárea y algunos pocos tenían sembrados de hasta tres hectáreas. La tecnología que utilizaban era rústica, no disponían de agroquímicos y la mano de obra que empleaban era la de sus mismas familias. En esas condiciones de mínima tecnificación, una sola hectárea de cultivos podía llegar a producir más de media tonelada anual de marihuana. De modo que con sólo sembrar un pequeño tajo de yerba los colonos tenían dinero de sobra como para no depender de la venta de otros productos agrícolas ni para tener que vender su fuerza de trabajo⁷⁷. Este enorme desbalance, como se estudia al final del capítulo, llevó al encarecimiento de la mano de obra, al incremento de los precios de los productos y a la depresión de la agricultura de pancoger.

Además, los colonos paisas habían llegado a Huisitó con la firme voluntad de articularse al mercado regional a través de la venta de alimentos. En el capítulo anterior se expuso cómo entre 1950 y 1975 sembraron café, lulo y cacao para intentar obtener alguna ganancia económica. Sin embargo, también se mostró cómo su propósito se vio frustrado por la pésima infraestructura vial, por los bajos precios de compra y por las enfermedades que afectaron los cultivos. En este contexto, la entrada de la marihuana resucitó las aspiraciones comerciales de los colonos y representó una oportunidad muy atractiva para superar la economía de subsistencia que había prosperado en el corregimiento. Para muchos, la marihuana era la solución definitiva que llevaría la riqueza a la región: primero, porque su comercialización no implicaba altos costos de transporte ni requería carreteras, pues con algunos kilos de marihuana que se llevaran al hombro era suficiente para obtener un buen capital; segundo, porque no era necesario sembrar grandes extensiones sino pequeños tajos,

⁷⁶ Torres, Víctor. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria*, 2017. Pp. 35.

⁷⁷ Torres, Víctor. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria*, 2017. Pp. 33-34.

lo que reducía el tiempo de trabajo empleado; tercero, porque la marihuana era un cultivo de poco mantenimiento y de baja inversión que a los seis meses de sembrado producía la primera cosecha, en contraste con los más de cuatro años que requerían los árboles de café y de cacao para rendir sus primeros frutos; y cuarto, porque después de secada la marihuana era un producto no perecedero que podía almacenarse sin ningún riesgo de pérdidas, en caso de que los comerciantes no aparecieran por un buen tiempo o de que los campesinos quisieran esperar un mejor precio.

Otra razón para guardar la marihuana era la necesidad de ocultar la mercancía cuando la policía patrullaba la región o cuando instauraba puestos de control en el Veinte de Julio, que era el punto de venta y de encuentro entre los campesinos y los traficantes. Y no porque los policías fueran a capturar a los colonos y a judicializarlos, afirman los habitantes del corregimiento, sino porque los mismos policías decomisaban la marihuana con el pretexto de la ley y salían a venderla por cuenta propia. Por este motivo, los campesinos tenían sus pequeños cultivos de marihuana en zonas apartadas del casco urbano y los escondían en medio de la selva. La corrupción y el abuso de la policía fue uno de los argumentos que profundizó el conflicto entre los campesinos y el Estado. Este rechazo venía de la marginación que había sufrido la comunidad durante el período anterior y en parte explica la simpatía que sintieron muchos colonos frente a la llegada de las FARC, en 1979⁷⁸.

De esta forma, la economía campesina de subsistencia que había caracterizado la estructura agraria del corregimiento de Huisitó, entre 1950 y 1975, se fue articulando a la economía ilícita de la producción de marihuana para mejorar su capacidad adquisitiva. De un momento a otro, los campesinos que habían vivido en la periferia del mercado regional, en una relativa pobreza monetaria, lograron integrarse al mercado internacional a través de los cultivos de marihuana. La economía marimbera inyectó nuevos capitales que derivaron en la emergencia de un capitalismo incipiente en el corregimiento. No obstante, debe aclararse que no todos los campesinos de la región sembraron marihuana en sus fincas. Algunos decidieron no hacerlo porque contradecía su credo cristiano; otros prefirieron tomar distancia por temor a ser apresados; y varios más rechazaron la yerba porque contradecía la cultura del trabajo con

⁷⁸ Torres, Víctor. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria*, 2017. Pp. 36-37.

la que habían vivido durante tanto tiempo. A este último grupo pertenecía una parte de los negros que permanecieron en el corregimiento después de la llegada de los colonos, mientras que el resto de los nativos que no emigraron asumió la mentalidad de emprendimiento que llevaron los paisas⁷⁹. La abstención descrita pone en evidencia la agencia activa de los sujetos sobre su contexto y revela que el factor económico no siempre fue el único ni el más importante de los criterios en la toma de decisiones de los campesinos de Huisitó.

Quienes repudiaron la marihuana creyeron haber tomado el camino correcto cuando alrededor de 1980 la bonanza marimbera del corregimiento llegó a su fin, poniendo término a un corto ciclo económico de cinco años que volvió a malograr el sueño de prosperidad que perseguían los colonos. De acuerdo con las memorias locales, las razones que explican el declive de la marihuana en Huisitó fueron dos: primero, la caída de los precios ofrecidos por los comerciantes, que estuvo asociada a la expansión de la marihuana en otras zonas del país y a la sobreproducción de la yerba en el corregimiento; y segundo, la aparición de una peste que afectó la calidad de los cultivos de marihuana en la región. Por fortuna, el poco tiempo transcurrido entre el comienzo y el fin de la bonanza no fue suficiente para que los campesinos abandonaran por completo la agricultura de subsistencia. En consecuencia, quienes habían llegado a depender de la nueva economía supieron superar la crisis y alcanzaron a recuperar sus sementeras de autoconsumo⁸⁰. De fondo, la trascendencia de la marihuana no estuvo en los réditos que produjo en el corto plazo, sino en haber despertado la ambición de los campesinos de Huisitó, quienes después de haber vivido la bonanza marimbera adquirieron la experiencia necesaria para participar de una economía ilícita muchísimo más provechosa: la de los cultivos de coca y la pasta de cocaína.

Finalmente, las condiciones favorables que incentivaron la bonanza marimbera en el país tampoco fueron muy duraderas. Desde 1985 las estadísticas nacionales revelan una caída significativa en la extensión de hectáreas sembradas, que según Ricardo Vargas Meza y Francisco Thoumi se explica por dos motivos centrales: de un lado, por la recuperación de México en la producción latinoamericana de marihuana, quien volvió a ocupar el liderazgo

⁷⁹ Torres, Alexander. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria*, 2017. Pp. 37-39.

⁸⁰ Torres, Víctor. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria*, 2017. Pp. 37.

regional en la materia y desplazó a Colombia al segundo lugar; y del otro, por el cultivo de una nueva variedad de marihuana en Estados Unidos, llamada la *sin-semilla*, que tenía efectos psicoactivos cinco veces más fuertes que la variedad *caturra* que más se sembraba en Colombia. Un lugar secundario ocuparon las erradicaciones y fumigaciones que implementó el gobierno nacional bajo el auspicio norteamericano, pues si bien redujeron el número de hectáreas sembradas de manera inmediata, a partir de 1993 se observa un resurgimiento de los cultivos que delata su ineficacia. Sin embargo, este segundo ciclo marimbero pasaría relativamente desapercibido: primero, porque la marihuana era vista como un “enemigo derrotado”; y segundo, porque el foco de atención de las autoridades antinarcóticas durante la década de 1990 estuvo centrado en detener el ascenso incontrolable de los cultivos de coca y de amapola⁸¹.

2.3. Desarrollo histórico de la economía cocalera (1980-2015)

Antes de analizar el desarrollo de la economía cocalera en el corregimiento de Huisitó, entre 1980 y 2015, es indispensable diferenciar con precisión las tres fases inherentes al proceso de producción de la cocaína, con el fin de evitar confusiones técnicas y de encuadrar el objeto de estudio que aquí se presenta⁸². También es necesario reseñar la historia de los cultivos de coca en Colombia durante los últimos cuarenta años, pues sin ese panorama nacional y regional resulta imposible comprender la introducción, expansión, fumigación y erradicación de los cultivos de coca en el área de estudio. Después de ambas consideraciones, se procederá a examinar el modo y las relaciones de producción que la economía cocalera introdujo en la estructura agraria del corregimiento de Huisitó.

2.3.1. Fases del proceso de producción de la cocaína

En este orden, el eslabón inicial de la cadena que conduce a la elaboración de cocaína corresponde a la siembra, el mantenimiento y la cosecha de las matas de coca. La primera

⁸¹ Thoumi, Francisco. *Drogas ilegales, economía y sociedad en Los Andes*. Bogotá: Planeta, 2016. Pp. 67-69. Disponible en: <http://franciscothoumi.com/>. Vargas Meza, Ricardo. *Fumigación y Conflicto...* Pp. 25-26.

⁸² Aunque reconoce su importancia, la presente investigación no aborda los ancestrales usos rituales, medicinales y nutricionales que las comunidades indígenas andino-amazónicas de Colombia, Bolivia y Perú han creado en torno al cultivo y las hojas de coca. Esta omisión se debe a que el único uso reciente que han recibido los cultivos de coca en el corregimiento de Huisitó ha sido el de servir de materia prima para producir la pasta de cocaína.

etapa del cultivo tiene una duración aproximada de ocho meses y se prolonga desde la siembra de las plántulas hasta la primera cosecha de las hojas maduras, en la finca del productor primario. De aquí en adelante el arbusto puede producir entre tres y seis cosechas de hojas al año, según la variedad que se haya sembrado y el cuidado que reciban los cocales. En su estado natural, las hojas de coca contienen una amplia diversidad de nutrientes y una gama de catorce alcaloides estimulantes, entre los cuales se encuentra el alcaloide natural de la cocaína que sirve de materia prima para producir la droga del mismo nombre. Sin embargo, debe anotarse que este alcaloide representa menos del 1% de la composición de la hoja de coca, por lo que el uso tradicional de la hoja no puede compararse con los efectos psicoactivos que produce el consumo de clorhidrato de cocaína.

La segunda etapa del proceso de producción consiste en extraer el alcaloide natural de las hojas frescas y en desechar el resto de sus componentes para obtener una sustancia que lleva el nombre de pasta de cocaína, que ya puede consumirse como droga y que también se conoce como bazuco. Para producirla, las hojas de coca son trituradas con una guadañadora hasta convertirse en harina y luego sufren una transformación físico-química que involucra reactivos tan variados como gasolina, bicarbonato de sodio, ácido sulfúrico, cemento, éter y petróleo. Al final, el 80% de la pasta concentra el alcaloide natural de la cocaína, mientras que el 20% restante contiene subproductos de la hoja de coca y de los insumos empleados. No obstante, como el porcentaje de cocaína en las hojas es tan ínfimo, se requieren por lo menos 150 kilogramos de hojas de coca para producir un solo kilo de pasta de cocaína. Por esta razón, la segunda etapa del proceso suele desarrollarse muy cerca del cultivo para evitar las dificultades logísticas, el riesgo de incautación y el alto costo que implicaría transportar las hojas de coca por una larga distancia.

Por último, en la tercera parte del proceso se procede a refinar la pasta de cocaína con insumos y tecnologías más sofisticados, para purificar el alcaloide y potenciar sus efectos psicoactivos con sustancias químicas como el ácido clorhídrico. De allí se obtiene el clorhidrato de cocaína, que es el polvo blanco que también se conoce como cocaína y que se puede seguir procesando para elaborar otras drogas como el crack y la cocaína base libre. Finalmente, estos estupefacientes son exportados en su gran mayoría hacia Estados Unidos, Europa y

Asia, los consumidores más representativos, y en un porcentaje mucho menor son distribuidos en América Latina y en Colombia⁸³.

Ahora bien, más allá del aspecto técnico de la producción, es un hecho que en cada fase del proceso recién descrito participan actores sociales muy diferentes, que obtienen mayores o menores ganancias según el grado de transformación de la materia prima que les corresponde. Para el caso de Huisitó, las memorias recogidas evidencian que los campesinos del corregimiento se involucraron en las primeras dos etapas del proceso, mientras que la tercera fase y la comercialización final quedaron en manos de intermediarios, narcotraficantes y expendedores externos al área de estudio. Por esta razón, el desarrollo de la economía cocalera que aquí se expone se limita a estudiar la trayectoria de los cultivos de coca y de la transformación de las hojas en pasta de cocaína, entre 1980 y 2015, dejando a un lado la refinación última de la mercancía y su relación con el mercado nacional e internacional. Tras esta delimitación analítica, sólo hace falta presentar una síntesis de la historia de los cultivos de coca en Colombia durante las últimas cuatro décadas para enmarcar el fenómeno cocalero en el corregimiento de Huisitó.

2.3.2. Economía cocalera: panorama nacional y regional (1975-2015)

De acuerdo con Ricardo Vargas Meza, aunque Colombia ha sido el mayor procesador y exportador mundial de cocaína desde que surgió la demanda masiva de la droga por parte de Estados Unidos, en la década de 1970, la historia de los cultivos de coca en el país ha atravesado dos períodos que deben distinguirse con claridad⁸⁴. El primer período, que comienza alrededor de 1975 y termina en 1996, se caracterizó por una participación marginal de Colombia en la producción regional de hoja de coca y de pasta de cocaína. Durante estos años, los carteles colombianos importaron la gran mayoría de la pasta que requerían para

⁸³ Un estudio detallado del proceso técnico de producción de la cocaína puede encontrarse en: García Hoyos, Juan Carlos. *De la coca a la cocaína. Una historia por contar*. Bogotá: Universidad del Rosario, 2007.

⁸⁴ Vargas Meza, Ricardo. *Narcotráfico, guerra y política antidrogas*. Bogotá: Acción Andina Colombia, 2005. Pp. 3-7.

refinar la cocaína desde Bolivia y Perú, que eran los países cocaleros más importantes de América Latina y del planeta entero⁸⁵.

En un porcentaje mucho menor, algunas poblaciones apartadas de la geografía nacional establecieron sistemas productivos cocaleros para articularse al mercado capitalista, aunque con superficies y rendimientos poco comparables a los de los vecinos andinos. La mayor parte de estas emergentes zonas cocaleras eran frentes recientes de colonización de las regiones de la Orinoquía, de la Amazonía y del Pacífico, aunque también hubo algunos focos de cultivos de coca en el centro y en el norte del país, como en los departamentos de Bolívar y de Norte de Santander. Muchas de estas poblaciones habían participado de manera periférica en la bonanza marimbera y encontraron en los cultivos de coca un perfecto sustituto de los cultivos de marihuana, que a falta de buenos compradores habían caído en desuso. La variedad de coca que más se sembró en esos territorios fue la cepa nativa de la *pajarita*, también conocida como la *caucana*, que tenía una proporción muy reducida del alcaloide natural de la cocaína, en contraste con las variedades peruanas y bolivianas. No obstante, la poca competitividad de Colombia en la producción cocalera regional empezó a cambiar a inicios de la década de 1990, como se muestra en la siguiente tabla, que compara la extensión de los cultivos de coca en los tres países andinos entre los años de 1992 y 2003.

⁸⁵ Esta primacía se remonta a la historia precolombina de ambas naciones y a su mayoritaria población indígena, en donde la hoja de coca ha tenido usos medicinales, rituales y nutricionales muy lejanos al consumo de cocaína. Los traficantes colombianos aprovecharon el conocimiento acumulado que los indígenas peruanos y bolivianos tenían sobre el manejo, las variedades y los rendimientos del cultivo de la coca para adquirir un suministro constante de la pasta que necesitaban. A partir del flujo de capitales de la demanda internacional, los carteles colombianos incentivaron la transformación de la tradicional hoja de coca en pasta de cocaína. De este modo, Bolivia y Perú se posicionaron como los productores de la materia prima que los narcotraficantes colombianos terminaban de refinar y exportaban como clorhidrato de cocaína. Thoumi, Francisco. *El imperio de la droga: narcotráfico, economía y sociedad en los Andes*. Bogotá: Planeta, 2002.

Tabla N° 3: Superficie de cultivos de coca (hectáreas) en la región andina (1992-2003)							
Año	Bolivia		Perú		Colombia		Total
	Ha	Aporte regional	Ha	Aporte regional	Ha	Aporte regional	Ha
1992	45.500	21%	129.200	60%	41.206	19%	215.906
1993	47.200	23%	108.800	53%	49.787	24%	205.787
1994	48.100	24%	108.600	53%	46.400	23%	203.100
1995	48.600	22%	115.300	53%	53.200	25%	217.100
1996	47.000	22%	95.000	45%	69.200	33%	211.200
1997	46.000	24%	68.800	35%	79.100	41%	193.900
1998	38.000	20%	51.000	27%	101.800	53%	190.800
1999	21.800	12%	38.700	21%	122.500	67%	183.000
2000	14.600	8%	34.100	18%	136.200	74%	184.900
2001	19.900	9%	34.000	15%	169.800	76%	223.700
2002	24.400	12%	36.000	18%	144.450	71%	202.850
2003	28.450	16%	31.150	18%	113.850	66%	173.450

Fuente: Tabla elaborada por el autor a partir de las estadísticas del Departamento de Estado de Estados Unidos expuestas en:
Vargas Meza, Ricardo. *Narcotráfico, guerra y política antidrogas...* Pp. 6.

Los datos de la tabla enseñan cómo la superficie de cultivos de coca en Colombia aumentó progresivamente, sobrepasando a Bolivia en 1995 y desbancando a Perú en 1997, hasta superar la producción conjunta de ambos países en 1998 y alcanzar el clímax histórico de casi 170.000 hectáreas de cultivos en el año 2001. Durante la misma década en que Colombia cuadruplicó su producción cocalera, Perú disminuyó la extensión de sus cultivos en casi 100.000 hectáreas, mientras que Bolivia sufrió una baja de 17.000 hectáreas. Llama la atención que el área total de cultivos hubiera permanecido constante a lo largo de todo el período, con algunas pequeñas oscilaciones, a pesar de los cambios significativos que cada país sufrió en su producción interna. Aunque haría falta conocer las variedades y los rendimientos de los cultivos sembrados en cada territorio para descifrar mejor su contribución, el equilibrio señalado es un indicio contundente de cómo la cobertura regional de cultivos de coca, entre 1992 y 2003, se reconfiguró geográficamente para mantener el nivel de producción y suplir la demanda de cocaína del mercado internacional.

Una exposición detallada de las razones que explican el considerable descenso de los cultivos de coca en Perú y en Bolivia fue realizada por Ricardo Vargas Meza en otro de sus libros⁸⁶. Entre los motivos más destacables se encuentran: primero, las políticas de erradicación que los gobiernos de ambos países implementaron para reducir y controlar la oferta de hoja de coca disponible, por la presión de Estados Unidos; segundo, la aparición del hongo *Fusarium oxysporum* que diezmó más de 20.000 hectáreas de cultivos en el Perú; tercero, el decaimiento de la guerrilla peruana del Sendero Luminoso, que incentivaba y protegía la actividad clandestina de los territorios cocaleros asociados al narcotráfico; y cuarto, el desmantelamiento de los carteles de Medellín y de Cali, que eran los principales compradores de la pasta de cocaína que se producía en Bolivia y en Perú.

Por su parte, siguiendo la misma fuente, las causas que desataron el ascenso exponencial de los cultivos de coca en Colombia fueron: primero, la necesidad de compensar la disminución en la oferta de materia prima por parte de Bolivia y Perú; segundo, la proliferación de pequeñas organizaciones criminales, sucedáneas de los grandes carteles, que no tenían la infraestructura ni el capital requeridos para importar la pasta; tercero, la apertura del mercado europeo al consumo de cocaína, que demandaba mayores volúmenes de producción en las tres fases del proceso; cuarto, la aguda crisis del sector agropecuario en Colombia, que adquirió mayor profundidad durante la década de 1990 con la apertura neoliberal del mercado nacional y con la pérdida de los precios de sustentación, factores ambos que forzaron la integración de muchos campesinos a la economía ilícita de los cultivos de coca; y quinto, el desplazamiento de miles de campesinos hacia nuevas zonas de colonización, por la violencia derivada del paramilitarismo y de los enfrentamientos entre las guerrillas y el Estado, en donde la coca era la única actividad rentable por la falta de infraestructura, de subsidios y de garantías de comercialización.

La convergencia de estas condiciones internas y externas precipitó el fin del primer período en la historia reciente de los cultivos de coca en Colombia y abrió las puertas del segundo, que comenzó en 1996 y que se prolonga hasta nuestros días. Durante esta segunda etapa,

⁸⁶ Vargas Meza, Ricardo. *Drogas, máscaras y juegos: narcotráfico y conflicto armado en Colombia*. Bogotá: Acción Andina Colombia, 1999. Pp. 55-65.

el país se convirtió en el mayor productor mundial de hoja de coca y de pasta de cocaína, al tiempo que se mantuvo como el mayor exportador global de clorhidrato de cocaína. De esta forma, las importaciones de materia prima se redujeron en su casi totalidad y las tres fases de la producción terminaron por concentrarse en territorios periféricos de la geografía nacional, muchos de los cuales habían participado del primer período ya reseñado, aunque con una intensidad mucho menor. En su mayoría, estos núcleos cocaleros eran zonas recientes de colonización de las regiones de la Orinoquía, de la Amazonía y del Pacífico, en los que la marginación del Estado estimuló la configuración de una economía cocalera por parte de los colonos, quienes no encontraron otra alternativa productiva para sobrevivir.

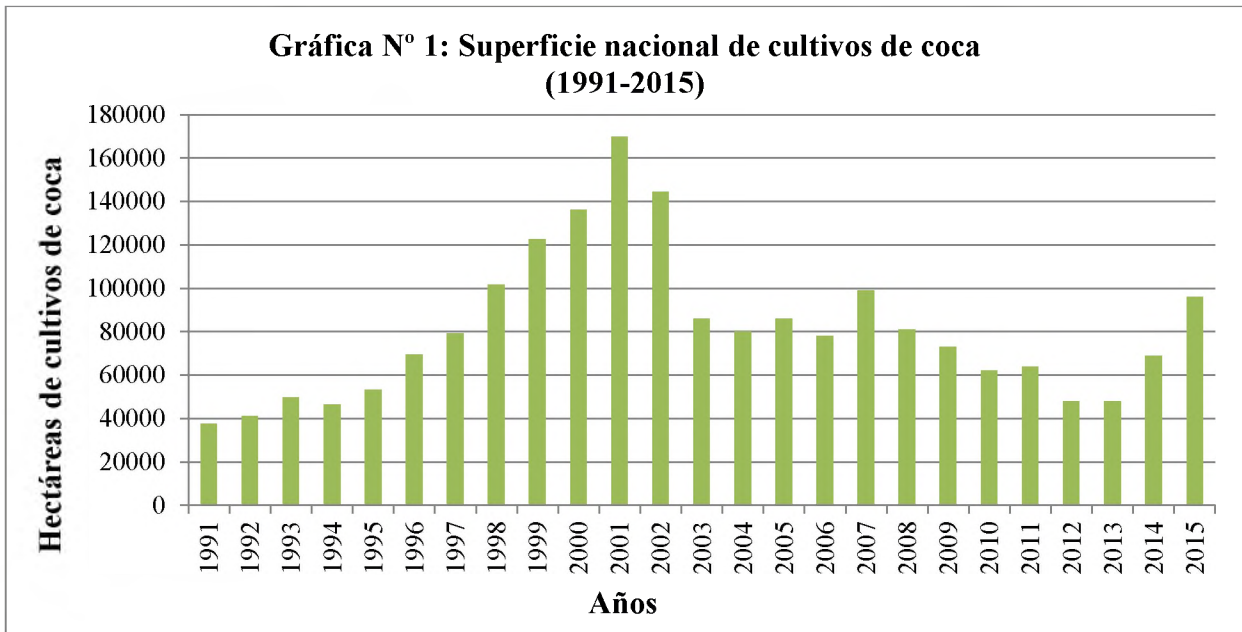
En perspectiva, el despliegue de los cultivos de coca durante el segundo período tuvo un desarrollo regional diferenciado, en el que se observa un desplazamiento progresivo de los cultivos en sentido oriente-occidente, como consecuencia de las políticas de erradicación y fumigación que implementó el gobierno colombiano a partir de 1994. Las primeras escaramuzas que intentaron exterminar los cultivos de coca tuvieron un resultado desalentador, pues de ninguna manera lograron controlar ni reducir la superficie de coca sembrada en los departamentos de Guaviare, Caquetá, Putumayo y Meta, que fueron el epicentro nacional de la producción de hoja de coca y de pasta de cocaína durante la década de 1990. En estos territorios, la extensión de los cultivos de coca no sólo aumentó de manera explosiva a pesar de las aspersiones aéreas realizadas con glifosato, entre 1994 y 1998, sino que las acciones represivas del Estado desataron el surgimiento de un amplio movimiento cocalero, de carácter político y social, que se manifestó en contra de las fumigaciones a través de las *marchas cocaleras* efectuadas entre 1994 y 1996⁸⁷.

La verdadera contención y disminución de la superficie de cultivos de coca en el país vino con la firma del Plan Colombia y con su posterior implementación, a partir de 1999, en la que el gobierno colombiano recibió dinero, aeronaves y equipamiento militar de parte de los Estados Unidos para financiar la “destrucción definitiva” de los cultivos de coca y para combatir la “amenaza terrorista” de las guerrillas que se lucraban del narcotráfico y que

⁸⁷ Ramírez, María Clemencia. *Entre el Estado y la guerrilla identidad y ciudadanía en el movimiento de los campesinos cocaleros del Putumayo*. Bogotá: ICANH, 2001.

amenazaban con derrocar las “instituciones democráticas” del Estado colombiano. La creación del Sistema Integral de Monitoreo de Cultivos Ilícitos (SIMCI) por parte de las Naciones Unidas y del gobierno colombiano, en 1999, fue uno de los primeros instrumentos que buscó dar cumplimiento a las directrices y objetivos del Plan Colombia. Esta herramienta revolucionó las estrategias de exterminio de los cultivos de coca, pues puso al servicio de las Fuerzas Armadas una avanzada tecnología satelital que permitía ubicar la cobertura y la distribución geográfica de los cultivos de coca con una precisión casi absoluta, facilitando así su continuo monitoreo y su efectiva destrucción.

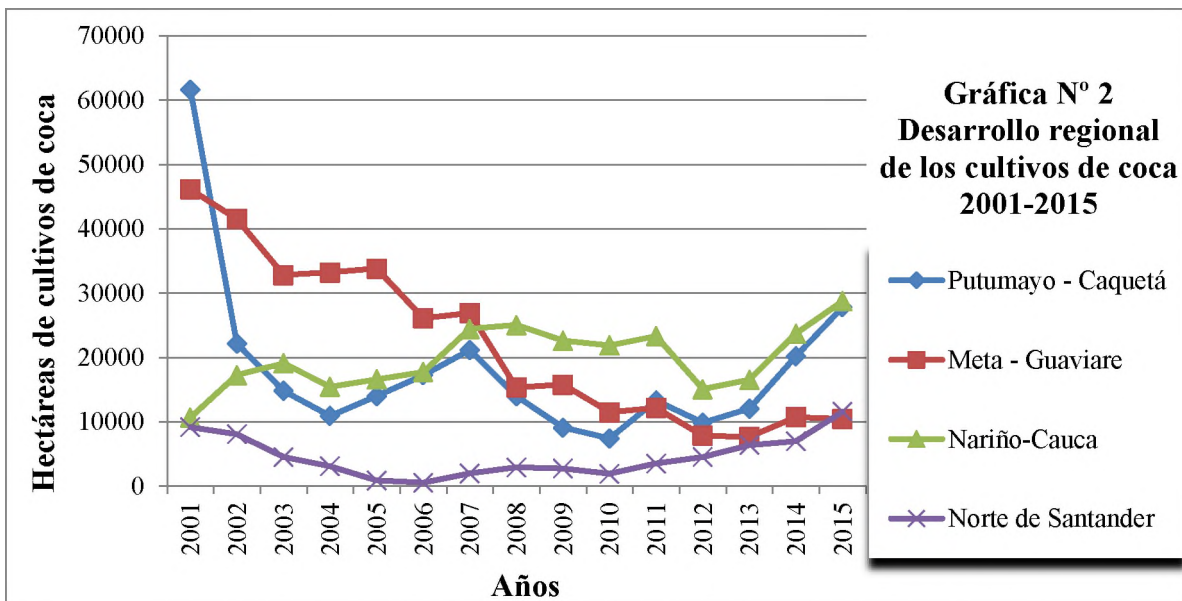
Con este nuevo respaldo económico, tecnológico y militar, las fumigaciones realizadas en los epicentros cocaleros durante la década del 2000, ahora sí, tuvieron un efecto devastador que redujo un amplio porcentaje de los cultivos de coca en el país. Como resultado, una buena parte de los cocaleros y de los cultivos emigraron en sentido este-oeste, desde las tradicionales zonas cocaleras de la Orinoquía y de la Amazonía hacia la región Pacífica, en donde muchos territorios excluidos de los departamentos del Cauca y de Nariño se convirtieron en la nueva columna vertebral de la producción cocalera en Colombia. Si bien algunas de estas comunidades negras, indígenas y campesinas habían practicado una economía cocalera desde la década de 1980, en razón de su marginación histórica, la reducción en la oferta de materia prima a nivel nacional impulsó en ellas una enorme bonanza cocalera que aumentó el precio de la hoja de coca y de la pasta de cocaína, a la vez que motivó nuevas corrientes migratorias de colonización. Para enriquecer la comprensión de las transiciones descritas hasta este punto, conviene analizar las siguientes dos gráficas que presentan la evolución nacional y regional de la cobertura de cultivos de coca durante el segundo período.



Gráfica N° 1: Superficie nacional de cultivos de coca (1991-2015)

Fuente: Elaborada por el autor a partir de la información registrada en dos fuentes.

Para el período 1991-2001 se usaron las mismas estadísticas de la Tabla N° 3 y para el período 2002-2015 se consultaron los censos anuales de cultivos de coca realizados por el Proyecto SIMCI.



Gráfica N° 2: Desarrollo regional de los cultivos de coca (2001-2015)

Fuente: Elaborada por el autor a partir de la información contenida en las estadísticas departamentales de los censos anuales de cultivos de coca del Proyecto SIMCI (2001-2015)

Disponibles en el portal virtual del Observatorio de Drogas de Colombia (ODC) y en el Banco de Información Virtual del Proyecto Simci

La primera gráfica muestra una curva casi simétrica que enseña las tres etapas que atravesaron los cultivos de coca en el país, entre 1991 y 2015. En un primer momento, la extensión de los cultivos presentó un crecimiento ascendente y progresivo, pues pasó de 38.000 hectáreas en 1991 a 170.000 hectáreas en 2001, por las razones expuestas líneas arriba. En la segunda fase, la cobertura nacional de los cultivos sufrió un abrupto descenso por las fumigaciones y erradicaciones del Plan Colombia, que aminoraron las 170.000 hectáreas del 2001 a tan sólo 48.000 hectáreas en el 2013, lo cual es equivalente a una disminución del 72% en poco más de una década. Sin embargo, esta significativa reducción termina en la tercera etapa, cuando se observa un notorio incremento que duplicó la superficie de los cultivos de coca en tan sólo dos años, alcanzando las 96.000 hectáreas en el año 2015. De acuerdo con las Naciones Unidas, entre las causas que explican esta nueva bonanza cocalera se encuentran: primero, la subida del dólar que elevó el precio de la hoja de coca, de la pasta y del clorhidrato de cocaína; segundo, la creciente apertura del mercado asiático al consumo de cocaína; tercero, la suspensión de las fumigaciones aéreas con glifosato por parte del gobierno nacional; cuarto, la resistencia colectiva y organizada de las comunidades cocaleras frente a las erradicaciones manuales de la Fuerza Pública; quinto, la expectativa de recibir una contraprestación económica por la sustitución voluntaria de los cultivos, producto de las negociaciones entre las FARC y el gobierno nacional; y sexto, la crisis de otras actividades productivas rurales que llevaron a nuevas poblaciones a subsistir del cultivo de la coca⁸⁸.

Por su parte, la segunda gráfica presenta la trayectoria regional de los cultivos de coca, entre 2001 y 2015, en la que se hace evidente cómo la producción de hoja de coca sufrió un claro proceso de reconfiguración geográfica en sentido oriente-occidente. A primera vista, se advierte que los territorios que sufrieron la mayor disminución de cultivos a lo largo del período fueron los departamentos de Putumayo y Caquetá, en los que la cobertura decreció de 60.000 hectáreas en el 2001 a poco menos de 10.000 hectáreas en el 2012, si bien a partir de entonces se muestra un auge que alcanzó las 28.000 hectáreas en el 2015.

⁸⁸ Gobierno de Colombia y Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC). *Monitoreo de territorios afectados por cultivos ilícitos 2015*. Bogotá: Proyecto SIMCI: 2016. Pp. 13-14.

El descenso en los departamentos de Meta y Guaviare fue un poco más gradual, aunque su superficie de cultivos nunca se recuperó y disminuyó de las 46.000 hectáreas en el 2001 a las 10.000 hectáreas en el 2015. En compensación al declive de los grandes epicentros cocaleros, los cultivos de coca en los departamentos de Cauca y Nariño tuvieron un crecimiento considerable entre 2001 y 2015, subiendo de las 10.000 a las 30.000 hectáreas, a pesar del notable desplome del 2012. Por último, la gráfica presenta la contribución periférica pero constante del departamento de Norte de Santander, lo que confirma que si bien hubo presencia de cultivos de coca en el norte y en el centro del país, su aporte fue marginal en comparación con la participación protagónica de las regiones de la Orinoquía, de la Amazonía y del Pacífico.

Dentro de la reubicación territorial de los cultivos de coca recién descrita, el costado occidental del municipio de El Tambo se convirtió en uno de los principales frentes cocaleros del país, al que emigraron muchas de las familias campesinas que habían sido desplazadas por el Plan Colombia desde las regiones de la Orinoquía y de la Amazonía. Entre las razones que explican este importante ascenso se encuentran: primero, su cercanía geográfica con las clandestinas rutas del narcotráfico en el océano Pacífico, así como la selvática cobertura de la zona que dificultaba la detección aérea de los laboratorios, de los cristalizaderos y de los caminos transitados por los traficantes; segundo, la experiencia en la producción de hoja de coca y de pasta de cocaína que las comunidades negras y campesinas de la región habían acumulado durante alrededor de 30 años; tercero, la amplitud de los bosques naturales que permitía la expansión de la frontera agrícola y la apertura de nuevas parcelas cocaleras, propiciando así el remplazo de los suelos agotados y la llegada de nuevas corrientes de colonización; y cuarto, la mínima presencia del Estado y el dominante gobierno territorial de las guerrillas, que cooperaban con la economía cocalera a cambio de un impuesto obligatorio que debía ser cancelado por los compradores de pasta de cocaína.

2.3.3. Evolución de la economía cocalera en el corregimiento de Huisitó (1975-2015)

Después de esta sucinta exposición sobre la trayectoria nacional y regional de los cultivos de coca, entre 1975 y 2015, es hora de estudiar cómo el desarrollo de la economía cocalera en el corregimiento de Huisitó coincidió con el marco nacional y departamental recién descrito,

a través del análisis del modo y las relaciones de producción que los cultivos de coca introdujeron en la estructura agraria del área de estudio. Las fuentes disponibles para llevar a cabo este examen fueron: primero, los testimonios de los campesinos que vivieron la introducción, expansión, fumigación y erradicación de los cultivos de coca; segundo, cuatro investigaciones académicas que documentaron algún aspecto de la economía cocalera en Huisitó; y tercero, las estadísticas municipales de cultivos de coca registradas por el Proyecto SIMCI a partir del año 2001, para el municipio de El Tambo, que pueden extrapolarse para divisar la cantidad, el tamaño y la superficie total de los lotes dedicados al cultivo de coca en el corregimiento de Huisitó, pues no existe información diferenciada sobre el aporte de cada unidad territorial⁸⁹.

Las memorias de los campesinos de Huisitó afirman que el despliegue de la economía cocalera en el corregimiento puede dividirse en tres períodos, que corresponden a las distintas variedades de coca que han sembrado y a la progresiva expansión de los cultivos en su territorio. El primer período (1980-1994) trajo consigo la emergencia y la consolidación de la economía cocalera en el área de estudio, pues fue durante esta etapa que la producción de hoja de coca y de pasta de cocaína se convirtió en la principal actividad productiva del corregimiento, si bien la variedad *caucana* que sembraron los campesinos ofrecía un pobre rendimiento de hojas y de alcaloide. El segundo período (1994-2010) se caracterizó por un crecimiento interrumpido en la extensión de los cultivos y por una mejora en el rendimiento de las variedades, con la introducción de la *peruana* (1994-2004) y de la *pringa* (2004-2010), que no pudo ser detenido por las tres fumigaciones aéreas que implementó el gobierno de Álvaro Uribe durante la década del 2000, pero que culminó con la erradicación manual y forzosa de todos los cicales del corregimiento en el 2010. Finalmente, el tercer período (2010-2015) evidencia la esterilidad de las políticas represivas del Plan Colombia, debido a que después de la erradicación manual surgieron más de cinco variedades de coca que elevaron la cobertura de los cultivos a su mayor clímax histórico. En el año 2015, con una contribución protagónica del corregimiento de Huisitó,

⁸⁹Con anterioridad al 2001 no se encuentran cifras confiables sobre la cobertura de cultivos de coca en el departamento del Cauca ni en el municipio de El Tambo, razón por la cual el análisis de la economía cocalera en el período previo a esa fecha es estrictamente cualitativo.

el municipio de El Tambo presentó la cuarta mayor extensión de cultivos de coca a nivel nacional, la segunda en la región pacífica y la primera en el departamento del Cauca. A continuación se expone el desarrollo particular que tuvo cada uno de los tres períodos.

2.3.3.1. Economía cocalera en el corregimiento de Huisitó: primer período (1980-1994)

El comienzo del primer período, en 1980, coincidió con el declive de la bonanza marimbera y representó una nueva oportunidad económica para los campesinos que querían superar la agricultura de subsistencia y articularse al mercado regional. A diferencia de la marihuana, las hojas de coca eran conocidas en la región porque algunos campesinos muy mayores, entre los negros y los colonos paisas, las mambeaban durante sus jornadas de trabajo para calmar el hambre y el cansancio, aprovechando sus benéficas propiedades naturales. Las hojas eran recolectadas en pequeñas cantidades de arbustos de coca silvestres, de la nativa variedad *caucana* o *pajarita*, que se encontraban dispersos entre la vegetación selvática de la zona y que probablemente fueron rezagos de los cicales que cultivaron los indígenas que vivieron en el territorio, antes de la llegada de los negros y de los paisas⁹⁰.

Fue entonces cuando los mismos comerciantes externos que habían introducido los cultivos de marihuana en la región invitaron a los campesinos a sembrar coca, con la firme promesa de comprarles las hojas a un buen precio. A falta de semillas, algunos de los campesinos que habían participado de la bonanza marimbera y que todavía conservaban ahorros viajaron hasta el corregimiento vecino de El Plateado, en el contiguo municipio de Argelia, en donde la economía cocalera se encontraba mucho más adelantada que en Huisitó y en donde las semillas de *pajarita* se vendían por arrobas, aunque a un costo muy elevado. En principio, fueron pocos los campesinos que tuvieron la capacidad de realizar la inversión y fueron ellos quienes difundieron los cultivos de coca en el área de estudio: primero, a través de los primeros cicales comerciales del corregimiento, que produjeron grandes ganancias en un corto tiempo y que motivaron a otros colonos a adoptar el cultivo; segundo, mediante la reventa de las semillas a otros campesinos de la región, que querían probar suerte con un pequeño cultivo y que no tenían la solvencia necesaria para desplazarse hasta El Plateado; y tercero, por medio del préstamo de semillas a los campesinos más empobrecidos, quienes

⁹⁰ Torres, Alexander. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria*, 2017. Pp. 40-41.

después de establecer sus cocales y vender sus primeras cosechas saldaban las deudas con sus acreedores. Esta última práctica es un ejemplo más de las relaciones de respaldo y solidaridad que fortalecían el tejido social de la comunidad, pues la prosperidad no era vista como un objetivo individual sino como un propósito colectivo⁹¹.

Al comienzo, los campesinos cosechaban cientos de kilos de hojas y las transportaban en mulas hasta el mercado del Veinte de Julio, en donde los comerciantes las compraban y las trasladaban hacia otros escenarios cercanos del municipio y del departamento, para continuar con las siguientes dos fases de la producción. Aunque el costo de los fletes todavía era elevado, las ganancias que dejaba la venta de las hojas era más que suficiente para pagar el viaje de las mulas y para obtener un excedente considerable. Además, los campesinos podían recoger hasta cuatro cosechas en un año con una mínima inversión de capital, pues no utilizaban agroquímicos y disponían del trabajo familiar para adelantar las distintas etapas del cultivo, que por lo general no superaban las dos hectáreas. Sin embargo, pronto el volumen de la producción en el corregimiento fue aumentando, por la instauración de nuevos cultivos, lo que llevó a que los traficantes introdujeran sus propios *químicos* en la zona para producir la pasta de cocaína, en lugar de seguir asumiendo el riesgo, el esfuerzo y los costos que suponía acarrear tantas toneladas de hojas de coca⁹².

Los primeros químicos que entraron al corregimiento conocían a profundidad el proceso de transformación de las hojas de coca por haberlo practicado hasta la perfección en los epicentros cocaleros de los departamentos de Guaviare, Putumayo, Meta y Caquetá. Llevaban consigo los reactivos necesarios para elaborar la mercancía y trabajaban con los intermediarios por un salario fijo o por una comisión sobre cada kilo de pasta de cocaína que producían. Cerca de los cultivos construían unos pequeños y rústicos ranchos, también llamados *laboratorios*, en los que compraban las hojas a los campesinos de la región para luego procesarlas, con el debido cuidado de guardar el secreto sobre los insumos, las fases y las técnicas que empleaban para convertir varias toneladas de hojas de coca en unos cuantos

⁹¹ Torres, Alexander. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria*, 2017. Pp. 41-43.

⁹² Torres, Alexander. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria*, 2017. Pp. 43-45.

kilos de bazuco. El resguardo de ese conocimiento les aseguraba el valor agregado sobre la materia prima, que dividían con los comerciantes y que no compartían con los campesinos⁹³.

No obstante, al poco tiempo algunos químicos descubrieron que era más fácil y rentable trabajar directamente con los campesinos, en lugar de subordinarse a los intermediarios, cobrando un porcentaje significativo sobre el precio final de la mercancía. De este modo, varios colonos se asociaron para dejar de depender de la hoja de coca, para contratar a los químicos y para comenzar a vender su propia pasta de cocaína en el mercado dominical del Veinte de Julio, que los traficantes también compraban para culminar la refinación del alcaloide. Con este importante avance en la cadena de producción, algunos campesinos adquirieron cuantiosos capitales que les permitieron negociar con los químicos para develar el enigma de su trabajo. Otros intuían ciertos reactivos y materiales del proceso, por lo que prefirieron experimentar por su propia cuenta hasta dar con la fórmula y el procedimiento que llevaba de la primera a la segunda fase de la producción. Y varios más viajaron a otras zonas cocaleras del departamento y de la región para descubrir el misterioso oficio de los químicos. En todo caso, lo cierto es que el conocimiento sobre la elaboración de la pasta de cocaína se fue divulgando en el corregimiento, hasta el punto que los campesinos dejaron de someterse a los químicos y a los comerciantes externos para obtener mayores ganancias con la transformación de su propia materia prima⁹⁴.

Claro está que no todos los campesinos tenían su propio laboratorio, pues ni cosechaban la suficiente cantidad de hojas de coca como para mantenerlo en constante funcionamiento, ni contaban con el capital necesario para comprar los insumos y las herramientas que demandaba la refinación del alcaloide. En consecuencia, muchos pequeños productores se asociaron para establecer humildes laboratorios colectivos, en los que todos los socios aportaban hojas de coca y dinero para producir la pasta de cocaína, que después vendían a los traficantes para repartir equitativamente las ganancias. En simultánea, algunos colonos más conservadores y precavidos prefirieron continuar como modestos cultivadores de hoja, que ahora vendían a otros campesinos de la región por un precio un poco mayor, quienes

⁹³ Torres, Alexander. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria*, 2017. Pp. 46-47.

⁹⁴ Torres, Alexander. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria*, 2017. Pp. 48-50

recopilaban varias toneladas de materia prima para luego procesarlas y depurar el alcaloide. Junto a estos emergentes compradores locales, hubo algunos colonos jóvenes dentro del corregimiento que se especializaron como químicos y que en ocasiones ofrecían sus servicios a los laboratorios colectivos y a los compradores que lo solicitaban. Después de todo, la refinación de la pasta de cocaína era un complejo ejercicio físico-químico que comprometía una inversión considerable de dinero, en hojas de coca y en reactivos, y que por tanto no permitía la improvisación o la equivocación⁹⁵. La aparición de estos nuevos actores en la economía cocalera del corregimiento sugiere que los flujos de capital que ingresaron a la zona, como resultado de la elaboración local de la pasta de cocaína, configuraron una nueva división del trabajo que incrementó el nivel adquisitivo de los campesinos de la región, cumpliendo así las aspiraciones lucrativas tantas veces frustradas de los colonos⁹⁶.

La consecución de este logro colectivo, de acuerdo con el agrónomo Jorge Giraldo, coincidió con la expansión territorial del octavo frente de la guerrilla de las FARC, que restringía la entrada de personal desconocido a la zona y que establecía unos precios mínimos de compra de la hoja de coca y de la pasta de cocaína, con el fin de evitar que los intermediarios se aprovecharan de la necesidad de los campesinos⁹⁷. Aunque la guerrilla poco simpatizaba con la expansión desmesurada de los cultivos de coca, por motivos que se expondrán en el próximo capítulo, su llegada y permanencia en el territorio de Huisitó permitió el libre desarrollo de la economía cocalera. Después de expulsar a los policías que patrullaban el corregimiento y de conquistar el gobierno de la región, en 1979, la guerrilla consintió que los campesinos tuvieran sus cultivos de coca y sus laboratorios, siempre y cuando cumplieran con las siguientes tres condiciones: primero, sus cicales no debían sobrepasar las dos hectáreas y ellos debían permanecer como pequeños productores;

⁹⁵ Torres, Alexander. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria*, 2017. Pp. 50-51.

⁹⁶ A raíz de este auge monetario, muchos colonos descuidaron sus sementeras de autoconsumo y sus animales de corral, aunque hubo algunos pocos campesinos que tomaron distancia de la economía cocalera, como de la bonanza marimbera, por considerarla contraria a su ética del trabajo y a sus creencias religiosas. La mayoría de ellos eran campesinos evangélicos o pobladores negros que no comulgaban con la prosperidad material y que conservaron sus cultivos de autoconsumo y su economía de subsistencia.

⁹⁷ Giraldo, Jorge. *Trabajo y violencia: caso de las regiones de Huisitó y San Juan en El Tambo, Cauca*. Palmira: Trabajo Inédito, 1987.

segundo, debían conservar sus cultivos familiares de pancoger y preservar su seguridad alimentaria; y tercero, debían proteger los nacimientos de agua y la biodiversidad, evitando la cacería, la contaminación de los ríos y la deforestación del bosque primario. A fin de cuentas, la guerrilla no podía oponerse a la única fuente de ingresos de los colonos si quería conseguir el mayoritario apoyo popular, como efectivamente sucedió durante algunos años⁹⁸.

A pesar de que no existen estadísticas oficiales sobre la cobertura, la distribución y el rendimiento de los cultivos de coca en el municipio de El Tambo, con anterioridad al 2001, el trabajo de campo que realizó el politólogo Sergio Uribe Ramírez en el área de estudio, en 1994, ofrece cifras y observaciones sobre el primer período de la economía cocalera que vale la pena traer a colación. En su investigación, Sergio Uribe afirmó que los cultivos de coca en el corregimiento de Huisitó, entre 1980 y 1994, fueron una actividad productiva de carácter familiar que se desarrolló en pequeñas parcelas baldías, cuya superficie promedio oscilaba entre la media y las dos hectáreas, si bien se encontraban algunos pocos cultivos de hasta cinco hectáreas. Esta producción a pequeña escala tenía un costo muy reducido que se acoplaba por completo a la precaria situación de la región, pues las distintas fases del cultivo eran desempeñadas por la familia campesina sin herramientas tecnificadas, agroquímicos ni jornaleros. En esas condiciones, cada hectárea de coca *caucana* producía alrededor de 60 arrobas de hoja por cosecha trimestral, que equivalían a 750 kilogramos de materia prima y que después de ser procesadas se convertían en un solo kilo de bazuco⁹⁹.

Por su parte, el precio de las hojas de coca y de la pasta de cocaína fue decreciendo a lo largo del primer período por la sobreproducción que se presentó en el corregimiento, por la emergencia de nuevas poblaciones cocaleras en el departamento del Cauca y en la región Pacífica, por el aumento progresivo en la extensión nacional de cultivos de coca y por la aparición de una peste que afectó los cicales en el área de estudio. Entre 1980 y 1982 se presentó una primera y corta bonanza, en la que la arroba de hoja de coca alcanzó el pico

⁹⁸ Torres, Alexander. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria*, 2017. Pp. 44-45.

⁹⁹ La arroba es la unidad métrica de peso que utilizan los campesinos del corregimiento de Huisitó y equivale a 25 libras o a 12.5 kilogramos. En otras palabras, cada kilo de hojas de coca de la variedad *caucana* producía 1.4 gramos de pasta de cocaína y cada arroba de hojas, 17 gramos de pasta.

de los \$4.000, mientras que un solo gramo de pasta de cocaína llegó a cotizarse por \$500¹⁰⁰. A partir de entonces el costo de ambos productos disminuyó notablemente, hasta alcanzar los \$2.500 por arroba de hoja y los \$200 por gramo de pasta, en 1987, y los \$10.000 por arroba de hoja y los \$800 por gramo de pasta, en 1994¹⁰¹. El final del primer período, en este último año, no sólo llegó por la creciente devaluación de la economía cocalera, sino que también se derivó de una plaga que desde 1988 afectó el rendimiento, la calidad y la extensión de los cultivos de coca en el corregimiento.

2.3.3.2. Economía cocalera en el corregimiento de Huisitó: segundo y tercer período (1994-2010) - (2010-2015)

Para compensar la paulatina desaparición y depreciación de la variedad *caucana*, los campesinos de Huisitó viajaron a los departamentos de Nariño y Putumayo para importar las semillas de la variedad *peruana*, que ya era popular en los epicentros cocaleros y que como su nombre bien lo dice era originaria del Perú. La introducción de esta nueva subespecie provocó una segunda bonanza cocalera en el territorio de Huisitó, por su mayor rendimiento de hojas y de alcaloide, que inauguró el segundo período en la economía cocalera del corregimiento (1994-2010). De acuerdo con las memorias locales, durante esta segunda etapa hubo un crecimiento acelerado en la cobertura de los cultivos de coca y en la fabricación de

¹⁰⁰ Para dimensionar el desmesurado valor histórico de estas cifras, no está de más compararlas con el salario mínimo de la época, que para 1980 fue de \$4.500, para 1981 de \$5.700 y para 1982 de \$7.410 pesos. Bajo este criterio, se observa que aunque la hoja de coca y la pasta de cocaína se fueron desvalorizando por la inflación de la moneda, su precio siguió siendo desproporcionado en relación con los ingresos mínimos legales. Si una cosecha trimestral de 60 arrobas de hojas, en una sola hectárea, podía alcanzar los \$240.000, un solo kilo de pasta podía cotizarse hasta por \$500.000.

¹⁰¹ Aunque el valor nominal pareciera indicar una efectiva recuperación en los precios de ambas mercancías, su valor real se redujo de manera progresiva por la elevada inflación del peso colombiano durante las décadas de 1980 y 1990. Con todo, en 1987 el precio de la hoja de coca (\$150.000 por hectárea/cosecha trimestral) y de la pasta de cocaína (\$200.000 por kilo) siguió siendo superior al salario mínimo, que fue de \$20.510. Esta diferencia se redujo para 1994, cuando el salario mínimo (\$98.700) estuvo relativamente más cerca del precio de la hoja (\$600.000 por hectárea/cosecha trimestral) y de la pasta (\$800.000 por kilo). Los precios de la hoja de coca y de la pasta de cocaína en el área de estudio, para 1980-1982 y 1987, fueron tomados de: Giraldo, Jorge. *Trabajo y violencia...* Pp. 4. A su vez, los precios de 1994 fueron tomados de: Uribe Ramírez, Sergio. “Los cultivos ilícitos...”. Pp. 80-81.

pasta de cocaína, que atravesó dos momentos distintos según la mayor o menor represión del Estado.

En el primero (1994-2001), la economía cocalera del área de estudio se desplegó de manera progresiva, con muy pocas intervenciones coercitivas por parte del Estado, que estuvieron enfocadas en capturar a los cocaleros y omitieron la destrucción de los cicales. En cambio, en el segundo momento (2001-2010) sobrevino un aumento en la frecuencia y magnitud de los esfuerzos coactivos del Estado, sobre los cultivos de coca y ya no sobre los campesinos, que si bien dificultó el amplio desarrollo de la economía cocalera a través de tres aspersiones aéreas con glifosato (2002, 2003 y 2006) y una erradicación manual (2010), no logró frenar la producción ni la comercialización de hoja de coca y de pasta de cocaína en el territorio de Huisitó. La transición entre ambas etapas, además, estuvo acompañada por un cambio de la variedad *peruana* (1994-2004) a la variedad *pringa* (2004-2010), que elevó notablemente el rendimiento de materia prima y de alcaloide. En seguida se presenta la evolución detallada de este segundo período (1994-2010).

Aunque no se encuentran cifras confiables que documenten el proceso expansivo de los cultivos de coca en el corregimiento, antes del 2001, los testimonios recogidos afirman que la llegada de la *peruana*, en 1994, fortaleció la economía cocalera de Huisitó y transformó el modo y las relaciones de producción que practicaban los colonos¹⁰². A partir de entonces, los campesinos aumentaron la superficie de sus cicales familiares por la recuperación regional del precio de la pasta y por la notable mejora en las utilidades del cultivo: mientras que de una hectárea de la variedad *caucana* se recolectaban 60 arrobas de hojas, de una hectárea de la variedad *peruana* se recogían 120 arrobas de hojas; mientras que la *caucana* producía cuatro cosechas al año, la *peruana* producía seis cosechas al año; mientras que la *caucana* tenía una lenta reproducción sexuada, a través de semillas, la *peruana* tenía una rápida reproducción asexuada, a través de esquejes o varetas; y mientras que la *caucana* ofrecía 1.4 gramos de pasta de cocaína por cada kilo de hojas, que equivalían a un kilogramo de bazuco por cada hectárea de coca sembrada, la *peruana* ofrecía 2.4 gramos de pasta por el mismo

¹⁰² Acosta, Luis. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria*, 2017. Pp. 59.

kilo de hojas, que equivalían a poco más de 3.5 kilogramos de bazuco por cada hectárea de coca sembrada¹⁰³.

La mayor proporción de materia prima y de alcaloide en cada arbusto de coca fue un aspecto de la genética vegetal que los cocaleros supieron descubrir y aprovechar, pero que también potenciaron al incorporar un manejo agrícola más tecnificado. Por las visitas que hicieron a otras zonas cocaleras, por recomendación de los comerciantes que les compraban la mercancía y por la llegada de nuevos colonos que venían tras el espejismo de la coca, los campesinos de Huisitó comenzaron a utilizar fertilizantes y pesticidas químicos para aumentar y acelerar la producción de sus monocultivos de coca, que adquirieron una mayor densidad para aminorar los costos de producción¹⁰⁴. Al no ser acorde con las características edáficas del territorio, el desarrollo de esta forma productiva desencadenó un círculo vicioso que empobreció cada vez más los suelos, que requirió un uso cada vez mayor de agroquímicos para compensar la falta de nutrientes naturales y que condujo a la deforestación de franjas de bosque virgen para establecer nuevas parcelas cocaleras.

En paralelo, fue creciendo la demanda de trabajadores asalariados para cosechar los cultivos de coca, también llamados *raspachines*, por parte de los nuevos colonos que entraron al corregimiento sin compañía, así como de varios colonos antiguos que aumentaron la extensión de sus cocaleras y que ya no alcanzaban a recolectar la totalidad de las hojas con el exclusivo trabajo de sus familias. De esta forma, la economía cocalera de Huisitó se fue capitalizando en términos de inversión, producción y consumo, pues así como los cultivos requerían dinero para costear los jornaleros y los insumos, que en muchas ocasiones eran vendidos a crédito por los comerciantes, el tráfico de las hojas y de la pasta producía un capital que de lejos superaba los costos de producción y que permitía el despliegue de un consumo suntuario y hedonista, por parte de los cocaleros y de los *raspachines*, que una vez más enriquecía a los negociantes externos. En gran medida, el surgimiento de estas dinámicas capitalistas fue posible por dos razones.

¹⁰³ Araújo, Álvaro. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria*, 2017. Pp. 66.

¹⁰⁴ Acosta, Luis. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria*, 2017. Pp. 59.

En primer lugar, por la mayor permisividad que mostró la guerrilla frente al desarrollo de la economía cocalera, terminando la década de 1990, pues por aquellos años el octavo frente de las FARC empezó a cobrar un impuesto del 10% sobre cada kilo de pasta de cocaína que salía de Huisitó¹⁰⁵. Formalmente, la obligación recaía sobre los intermediarios externos que viajaban hasta el corregimiento para adquirir la mercancía, pero los campesinos aseguran que en última instancia eran ellos quienes pagaban el impuesto, ya que los traficantes reducían el precio de compra de la pasta para cumplir con el tributo que les exigía la insurgencia. Con ese dinero, la guerrilla pudo financiar sus operaciones y renovar su equipamiento militar, pues requería de un mejor armamento para enfrentarse con el Ejército y con el Bloque Calima de las AUC, que por entonces querían desplazar a las FARC para conquistar el gobierno territorial de la zona.

Y en segundo lugar, por la culminación de la carretera que comunicaba al casco urbano de Huisitó con la cabecera municipal de El Tambo, en 1998. Este avance fue gestionado en su mayor parte por los campesinos de la región, como se verá en el próximo capítulo, y favoreció la ampliación de la economía cocalera en el área de estudio. Principalmente, porque al mejorar la principal vía de acceso del corregimiento, intercambiando los fletes de mulas por vehículos motorizados, se redujo el costo y el tiempo de transporte de todas las mercancías y pasajeros que entraban y salían del pueblo. La carretera disminuyó el precio de todos los insumos y herramientas que requerían los campesinos para mantener sus cultivos de coca y para refinar el alcaloide, a la vez que propició el ingreso de una extensa población flotante de *raspachines* y de nuevos colonos, procedentes de distintas regiones del país, que llegaron a Huisitó para integrarse a la bonanza cocalera de la *peruana*. Tras el auge del dinero también acudieron comerciantes foráneos que fueron estableciendo cantinas, discotecas, prostíbulos y supermercados para crear nuevos hábitos de consumo en los pobladores, con precios muy elevados, que les permitieran recaudar gran parte del capital ilícito que se producía en la zona, con miras a sacarlo de la región para convertirlo en un patrimonio lícito a través de la compra de propiedades o de otro tipo de inversiones.

¹⁰⁵ Acosta, Luis. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria*, 2017. Pp. 53.

Sin embargo, la firma del Plan Colombia en 1999 y su posterior implementación en el municipio de El Tambo, a partir del año 2001, abrieron paso a las fumigaciones aéreas y a las erradicaciones manuales que temporalmente redujeron la cobertura de los cultivos en los corregimientos cocaleros de Huisitó, Los Andes, Playa Rica y San Juan de Mechengue, ubicados al costado occidental de la cordillera occidental. Así lo registraron los censos anuales de cultivos de coca del Proyecto SIMCI, realizados entre 2001 y 2015, que fueron recopilados en la siguiente tabla y que de forma indirecta permiten estudiar la evolución de la economía cocalera en el área de estudio después del año 2000.

Tabla Nª 4: Cantidad, superficie y tamaño promedio de los lotes dedicados al cultivo de coca en el municipio de El Tambo (2001-2015)										
Año	Lotes menores o iguales a 3 hectáreas			Lotes mayores a 3 hectáreas			Total Municipio			Porcentaje de cultivos El Tambo/ Cauca
	Cantidad	Superficie cultivos de coca (Ha)	Tamaño promedio (Ha)	Cantidad	Superficie cultivos decoca (Ha)	Tamaño promedio (Ha)	Cantidad	Superficie cultivos de coca* (Ha)	Tamaño promedio (Ha)	
2001	587	837	1,43	105	465	4,43	692	1436	1,88	41%
2002	599	571	0,95	32	128	4	631	699	1,11	33%
2003	91	90	0,99	2	7	3,5	93	187	2,01	13%
2004	214	189	0,88	3	11	3,67	217	203	0,92	16%
2005	510	420	0,82	12	54	4,5	522	629	1,2	23%
2006	244	221	0,91	4	15	3,75	248	307	1,24	15%
2007	1079	656	0,61	10	38	3,8	1089	803	0,74	19%
2008	1724	1040	0,6	4	15	3,75	1728	1240	0,72	23%
2009	1779	1170	0,66	35	130	3,71	1814	1284	0,71	21%
2010	1728	1259	0,73	33	137	4,15	1761	1560	0,89	26%
2011	1865	1451	0,78	31	118	3,81	1896	1514	0,8	25%
2012	1645	1336	0,81	13	47	3,62	1658	1876	1,13	43%
2013**								1297		39%
2014**								2522		39%
2015**								3468		40%

* La superficie total de cultivos de coca no siempre corresponde a la sumatoria de la superficie de los lotes. Esto se debe a que el Proyecto SIMCI verifica y rectifica las imágenes satelitales de todos los censos, que son tomadas el 31 de diciembre de cada año y que pueden no ser precisas por nubes o lluvias. No obstante, la corrección se realiza únicamente sobre la superficie total y no sobre la cantidad y el tamaño de los lotes.

** Para los años 2013-2015 el Proyecto SIMCI no suministró información detallada sobre la cantidad y el tamaño de los lotes dedicados al cultivo de coca.

Fuente: Tabla elaborada por el autor a partir de las estadísticas municipales de los censos anuales de cultivos de coca, realizados por el Proyecto SIMCI entre 2001 y 2015.

Disponibles en el portal virtual del Observatorio de Drogas de Colombia (ODC) y en el Banco de Información Virtual del Proyecto SIMCI.

De entrada, la tabla concuerda con las memorias locales al señalar que hubo tres importantes reducciones en la superficie de cultivos de coca durante la década del 2000, que según los testimonios recogidos corresponden a las tres aspersiones aéreas con glifosato que realizó el gobierno nacional en los años 2002, 2003 y 2006. No obstante, se observa que el impacto de estas políticas represivas fue efímero, ya que después de las fumigaciones los cultivos crecieron de manera exponencial, por encima incluso de su nivel anterior. En el caso de la erradicación manual del 2010, que de acuerdo con los campesinos destruyó la totalidad de los cicales del corregimiento, la tabla muestra un aumento y no una disminución en la cobertura municipal de los cultivos. Esta aparente contradicción tiene dos posibles explicaciones: por un lado, como la erradicación tuvo lugar en el mes de marzo, es muy probable que muchos de los campesinos hubieran vuelto a sembrar sus cicales de manera inmediata, a tal punto que la imagen satelital del Proyecto SIMCI, tomada el 31 de diciembre de 2010, no alcanzó a registrar por completo la caída extrema aunque momentánea de la superficie de cultivos en el área de estudio; y por el otro, es factible que al tiempo que se efectuaba la erradicación manual en Huisitó, los cultivos hubieran seguido expandiéndose en Playa Rica, Los Andes y San Juan de Mechengue. En todo caso, lo cierto es que a partir del 2011 la cobertura de cultivos de coca en el municipio de El Tambo se expandió a un ritmo vertiginoso, con una corta interrupción en el año 2013 que no afectó al corregimiento de Huisitó, hasta alcanzar a doblar su extensión en apenas cinco años.

Desde otro ángulo, la tabla enseña cómo la superficie municipal de cultivos de coca, entre los años 2001 y 2012, tendió a atomizarse a través de la proliferación de lotes con un tamaño cada vez menor. Así, mientras que en el año 2001 hubo 1436 hectáreas de cultivos, divididas en 692 lotes con un área promedio de 1.88 hectáreas, en el año 2012 hubo 1876 hectáreas de cultivos, que estuvieron distribuidas en 1658 lotes con un área promedio de 1.13 hectáreas. En otras palabras, en tanto que el número de parcelas cocaleras estuvo cerca de triplicarse en el transcurso de una década, la superficie de cultivos de coca no ascendió ni en una tercera parte durante el mismo período. De igual manera, la tabla enseña la desaparición casi completa de los lotes cocaleros mayores a las 3 hectáreas, pues si en el año 2001 representaron el 15% del total de los lotes, en el año 2012 estuvieron por debajo del 1% del

total de los lotes. Este proceso de atomización revela que la amplia mayoría de los campesinos cocaleros en el municipio de El Tambo fueron pequeños productores, a la vez que sugiere un aumento continuo en el número de familias que subsistieron del cultivo de la coca. Bajo estas condiciones minifundistas, la tabla también señala que el municipio de El Tambo fue uno de los mayores productores regionales de hoja de coca, pues en el período 2001-2015 contuvo entre el 13% y el 43% de los cultivos de coca del departamento del Cauca, con una estable primacía a partir del año 2012.

Con todo, el aumento acelerado que experimentó el municipio de El Tambo en la superficie de cultivos de coca y en la cantidad de lotes cocaleros, a partir del año 2005, no sólo fue el resultado de las favorables condiciones locales que propiciaron el apresurado desarrollo de la economía cocalera, sino que además estuvo vinculado al progresivo desplazamiento regional que sufrieron los cultivos de coca y los cocaleros, en sentido oriente-occidente, por las fumigaciones y erradicaciones que implementó el gobierno nacional en las tradicionales zonas cocaleras de la Amazonía y de la Orinoquía durante la década del 2000¹⁰⁶.

Por otra parte, el proceso de crecimiento recién expuesto fue reforzado por la introducción de nuevas y mejores variedades de coca, con un mayor rendimiento de hojas y un mayor porcentaje de alcaloide, que fortalecieron la capacidad adquisitiva y productiva de la economía cocalera del corregimiento de Huisitó. La paulatina desaparición de la *peruana*, por efecto de plagas y pestes regionales, desencadenó la aparición y expansión de la *pringa* desde el año 2004. De lejos, la variedad *pringa* fue más lucrativa que sus antecesoras, la *caucana* y la *peruana*, debido a que producía hasta seis cosechas anuales de 200 arrobas de hojas por hectárea, de las que podían refinarse entre 40 y 50 gramos de pasta de cocaína por cada arroba de hojas procesadas. Esta proporción significa que de una sola hectárea de cultivos podían extraerse hasta 10 kilos de pasta de cocaína, cifra que cuadruplicaba la producción de la *peruana* y decuplicaba las utilidades de la *caucana*.

¹⁰⁶ El análisis de la Gráfica N° 2, realizado líneas arriba, expone un balance detallado de este proceso de reconfiguración territorial. También puede verse: Araújo, Álvaro. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria*, 2017. Pp. 64-67.

De acuerdo con las memorias de los campesinos, el esplendor de la *pringa* desató la mayor bonanza cocalera que haya conocido la comunidad de Huisitó a lo largo de toda su historia, en razón de los millonarios capitales que entraron, fluyeron, salieron y nunca más volvieron al corregimiento. No obstante, el resplandor de la *pringa* fue corto y pasajero, pues empezó a desaparecer alrededor del 2008 por efectos de una nueva enfermedad fitosanitaria y fue finalmente aniquilada por la erradicación del 2010. Desde entonces, los campesinos insertaron un extenso repertorio de variedades alternas para intentar controlar la aparición de pestes y plagas, entre las que cabe destacar la *boliviana roja*, la *guayaba*, la *chipara*, la *boliviana negra*, la *millonaria* y la *tingo maría*¹⁰⁷. Y aunque ninguna de ellas logró equiparar el rendimiento de hojas y de alcaloide de la *pringa*, la sumatoria de todas juntas impulsó el ascenso de los cultivos hasta su mayor clímax histórico en el año 2015.



Fotografía N° 19: Cultivos de *chipara* y de *guayaba* con laboratorio artesanal

Fuente: Archivo del autor, 2016

¹⁰⁷ Araújo, Álvaro. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria*, 2017. Pp. 69-70.

2.4. Impactos sociales, culturales y ambientales del desarrollo de la economía cocalera (1980-2015)

Finalmente, no es posible terminar este segundo capítulo sin antes realizar una evaluación crítica y detenida de los impactos sociales, culturales y ambientales que el desarrollo de la economía cocalera tuvo sobre la estructura agraria del corregimiento de Huisitó, en el período 1980-2015. Bajo este propósito, a continuación se presenta un examen individual de algunos de los elementos que resultaron más afectados por la introducción, expansión, fumigación y erradicación de los cultivos de coca en el área de estudio, sin perder de vista que los cambios efectuados ocurrieron de forma paralela e interdependiente.

Así las cosas, el primer impacto que cabe resaltar es el de la pérdida de la soberanía y la seguridad alimentarias¹⁰⁸. La llegada y difusión de los cultivos de coca llevó a que la amplia mayoría de los campesinos del corregimiento abandonaran sus parcelas de autoconsumo para remplazarlas por parcelas cocaleras, ya que creían que con las ganancias de la coca podrían comprar los alimentos que antes sembraban, además de obtener un amplio capital que podrían invertir en ampliar sus cicales, en adquirir nuevas propiedades o en disfrutar de las nuevas ofertas de consumo y entretenimiento que se fueron insertando en la región. De esta forma, los campesinos dejaron de producir sus propios alimentos y empezaron a importarlos de otras partes del departamento y del país, a través de los comerciantes externos que se instalaron en la zona, lo que en última instancia condujo a la monetización de la economía, al encarecimiento del costo de vida y a una dependencia económica que favoreció a los dueños foráneos de los mercados locales, a los grandes empresarios de las industrias alimentarias y a las arcas tributarias de la Hacienda Pública, quienes supieron beneficiarse de las riquezas derivadas de la base del narcotráfico sin rechazar su reconocido origen ilícito.

La pérdida de la soberanía y de la seguridad alimentaria en el área de estudio atravesó distintos momentos críticos a lo largo del período, que coincidieron con los diferentes desplomes que sufrió la economía cocalera entre 1980 y 2015. De acuerdo con los testimonios recogidos, la más fuerte de las caídas fue la erradicación manual del 2010, en la que las familias de la región sufrieron enormes dificultades por no tener ni el dinero suficiente

¹⁰⁸ Torres, Víctor. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria*, 2017. Pp. 35.

para comprar los alimentos mínimos necesarios, ni los cultivos y animales propios para alimentarse digna y establemente. Esta crisis alimentaria produjo la migración forzada e inmediata de muchos campesinos y raspachines hacia otros territorios cocaleros, en donde recibieron el apoyo de sus conocidos para retomar sus actividades productivas¹⁰⁹. La falta de auto-abastecimiento también llevó al olvido de los saberes y de las prácticas agrícolas tradicionales, a la desaparición de las variedades alimenticias ancestrales y a la transformación de la dieta cotidiana de los habitantes del corregimiento, quienes al dejar de sembrar su propio sustento comenzaron a consumir productos procesados y refinados por las industrias rurales y urbanas de alimentos, que deterioraron su estado nutricional, afectaron su condición de salud y empobrecieron su identidad cultural local¹¹⁰.

El segundo cambio significativo ocasionado por la economía cocalera fue la creación de nuevos hábitos de consumo y de entretenimiento que articularon las relaciones sociales extralaborales de los campesinos y de los raspachines de Huisitó. Estos nuevos escenarios de socialización fueron establecidos por negociantes externos al territorio, que quisieron acaparar los emergentes y cuantiosos excedentes de la economía cocalera a través de la apertura de cantinas, discotecas, casinos, billares y prostíbulos. Estos locales promovieron una cultura hedonista de carácter urbano en la que el alcohol, las apuestas, el despilfarro, los juegos de azar y los lujos ostentosos contradecían la cultura del trabajo y del ahorro que había configurado la estructura productiva del corregimiento antes de la venida de la coca.

Asimismo, el éxito de estos establecimientos emergentes desató la fractura de dos instituciones sociales de central importancia: la familia y la religión. De un lado, las iglesias católicas y evangélicas que habían participado de la cosmovisión ética, moral y religiosa de la comunidad vieron cómo su discurso cristiano de sacrificio, abnegación, altruismo, desprendimiento y credulidad se debilitó por el ascenso del espíritu materialista y de las nuevas ofertas recreativas que fueron ganando terreno en el pueblo, aunque tampoco puede dejar de anotarse que a través del cobro de diezmos, limosnas y contribuciones voluntarias las iglesias también lograron captar y canalizar parte de los capitales cocaleros de la región.

¹⁰⁹ Araújo, Álvaro. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria*, 2017. Pp. 69.

¹¹⁰ Acosta, Luis. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria*, 2017. Pp. 55.

Del otro lado, la familia campesina como unidad social básica sufrió un enorme deterioro, pues las novedosas distracciones *masculinas* pronunciaron las desigualdades de género al interior del núcleo familiar por la ausencia constante y continua de los hombres en el hogar, por la aparición de nuevas compañeras sexuales y sentimentales, y por el extenso derroche del patrimonio familiar en el alcoholismo y la ludopatía de los fines de semana.

En tercer lugar, las bonanzas cocaleras derivaron en nuevas corrientes de colonización y en un amplio flujo de inmigración que trajo nuevos actores sociales a la zona. Además de los comerciantes y negociantes externos ya referenciados, se cuenta la población flotante de los traficantes y de los jornaleros o raspachines, así como la población estable de los nuevos colonos y aventureros que viajaron hasta el corregimiento tras el espejismo de la coca¹¹¹. El crecimiento y la relativa tecnificación de los sistemas productivos cocaleros, en donde se incluye el uso de pesticidas y fertilizantes químicos, también produjo la sustitución de la mano de obra familiar por la fuerza de trabajo asalariada. Las dimensiones de los cicales dejaron de ser proporcionales a la capacidad laboral de la familia campesina, por lo que la contratación de jornaleros se hizo indispensable en las fincas cocaleras de la región. El pago de los raspachines se efectuaba por arrobas de hoja recogidas durante el día y no por jornales ni por mensualidades, lo que facilitaba la movilidad gremial e impedía la creación de lazos sólidos entre cocaleros y jornaleros, quienes normalmente establecían un contrato oral e informal por el tiempo de duración de la cosecha¹¹².

La atractiva remuneración de los raspachines llevó al encarecimiento excesivo de la fuerza de trabajo para otras labores agrícolas dentro del área de estudio, lo que contribuyó a limitar el desarrollo de actividades productivas alternas a los cultivos de coca. A su vez, la intensa demanda de recolectores en los cicales propició la deserción escolar y el trabajo infantil

¹¹¹ Araújo, Álvaro. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria*, 2017. Pp. 67-70.

¹¹² Durante el trabajo de campo de la investigación se observó que el precio promedio que los raspachines cobraban por cada arroba de hoja de coca recolectada era de \$11.000. Según algunos de ellos, los raspachines más habilidosos son capaces de raspar hasta 16 o 18 arrobas por día, en una jornada de ocho horas, mientras que los aprendices recogen entre 4 y 7 arrobas. Esto quiere decir que un raspachín experimentado puede cosechar más de 200 kilos de hojas en un jornal, que equivalen a más de \$180.000 diarios. Por su parte, el dueño de la finca debe cubrir la alimentación completa, el espacio para dormir y los insumos requeridos para adelantar la cosecha.

generalizado, pues por voluntad propia o por necesidad familiar los niños y las niñas mayores a los 8 años comenzaron a laborar como jornaleros y raspachines, a media jornada o a tiempo completo, con el propósito de apoyar el sustento cotidiano de sus familias, de alcanzar la independencia económica o de malgastar el dinero recibido en el disfrute de los placeres adultos del corregimiento. En este sentido, el desarrollo extensivo de la economía cocalera transformó los imaginarios sociales sobre la infancia y la adolescencia, en la medida en que los niños y los jóvenes dejaron de ser vistos como seres dependientes, inocentes y vulnerables, para empezar a ser percibidos como excelentes y potenciales trabajadores y consumidores de la economía cocalera regional.

Desde otro punto de vista, la entrada intensiva de tantas nuevas familias e individuos debilitó el tejido social de la comunidad e introdujo un relativo anonimato en Huisitó¹¹³. El espíritu de prosperidad personal y material de los recién llegados fue un obstáculo que dificultó los procesos colectivos de organización campesina, pues las rápidas riquezas que prometía la economía cocalera le restaban importancia a las reivindicaciones históricas que los líderes comunitarios habían venido defendiendo desde antes de la llegada de los cultivos de marihuana y de coca. Además, la mayoría de los habitantes del corregimiento eran ahora desconocidos entre sí, su sentido de pertenencia por el territorio era bastante reducido y todavía no existían vínculos de confianza, solidaridad y reconocimiento entre la población. Las acciones represivas del Estado contra la economía cocalera, entre las que se destacan las fumigaciones y las erradicaciones forzosas, ayudaron a revertir esta tendencia dispersiva y provocaron la asociación y movilización coordinada de los campesinos en defensa de sus sistemas productivos, sus derechos fundamentales y su territorio.

Por último, un cuarto efecto a resaltar es la degradación multifacética que sufrió el territorio y el medio ambiente de Huisitó como resultado del despliegue de las distintas fases de la economía cocalera. Así, la expansión de la frontera agrícola y el establecimiento de nuevos lotes cocaleros contrajo la fragmentación del paisaje natural, la deforestación de amplias franjas de bosque primario, la conversión de los ecosistemas y el desplazamiento de la biodiversidad local. Luego, el uso concentrado de agroquímicos redujo la fertilidad natural

¹¹³ Araújo, Álvaro. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria*, 2017. Pp. 67.

de la tierra, empobreció la microfauna del suelo y contaminó las fuentes hídricas de la región, afectando el equilibrio biológico de la zona y la salud de las familias campesinas. Los ríos y las quebradas también se vieron perjudicados por el vertimiento directo de los desechos químicos producidos por los laboratorios cocaleros, entre los que se cuentan residuos de gasolina, ácido sulfúrico, petróleo, bicarbonato de sodio y otros reactivos más¹¹⁴. Igualmente, las corrientes migratorias que desembarcaron en el corregimiento causaron un crecimiento demográfico que incrementó la presión antrópica sobre los ecosistemas y aumentó la demanda de servicios ecosistémicos.



Fotografía N° 21: Deforestación por expansión de cultivos de coca

Fuente: Archivo Jorge Giraldo, 2016

Del otro lado, los esfuerzos del Estado por contener y destruir los cultivos de coca en el área de estudio tuvieron repercusiones ambientales no menos lamentables. La fumigación aérea con glifosato no sólo estropeó los suelos de las fincas cocaleras, sino que por la dispersión de su mismo método aspersivo recayó sobre los cultivos lícitos de pancoger, sobre los ecosistemas naturales, sobre los cuerpos de agua y sobre los habitantes de Huisitó. En

¹¹⁴ Araújo, Álvaro. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria*, 2017. Pp. 68.

paralelo, las erradicaciones manuales forzaron la deforestación de amplias superficies de bosque virgen por parte de los campesinos cocaleros, con el propósito de abrir nuevas parcelas agrícolas en donde reubicar los cocaleros destruidos por la Fuerza Pública¹¹⁵. Además de algunos líderes comunitarios y de las organizaciones campesinas de la zona, los únicos actores que intentaron refrenar y moderar los impactos de la economía cocalera, con un éxito relativo, fueron las guerrillas izquierdistas de las FARC y del ELN.



Fotografía N° 23: Parches de bosque nativo y de cultivos de coca
Fuente: Archivo del autor, 2016

2.5. Conclusiones

En conclusión, la estructura agraria del corregimiento de Huisitó, en el período 1975-2015, sufrió importantes cambios económicos, sociales y culturales a partir de la introducción, expansión, fumigación y erradicación de los cultivos de marihuana y de coca. Primero, la bonanza marimbera (1975-1980) resucitó las aspiraciones comerciales de los colonos, frustradas años atrás con los cultivos de café, lulo y cacao, al tiempo que predispuso a los campesinos para participar de una rentable economía ilícita. Si bien las ganancias derivadas

¹¹⁵ Araújo, Álvaro. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria*, 2017. Pp. 68.

de la producción de marihuana no alcanzaron a ser tan cuantiosas, por la corta duración que tuvieron los cultivos en la región, la trascendencia de la bonanza marimbera estuvo en anteceder la llegada de los cultivos de coca y en preparar el establecimiento de la economía cocalera (1980-2015).

Por su parte, el desarrollo de la economía cocalera en el corregimiento de Huisitó atravesó tres períodos diferenciados que coincidieron con el comportamiento nacional y regional de los cultivos de coca. El primer período (1980-1994) trajo consigo la emergencia y la consolidación de la economía cocalera en el área de estudio, pues fue durante esta etapa que la producción de hoja de coca y de pasta de cocaína se convirtió en la principal actividad productiva del corregimiento, aunque la variedad *caucana* que sembraron los campesinos ofrecía un pobre rendimiento de hojas y de alcaloide. El segundo período (1994-2010) se caracterizó por un crecimiento acelerado en la extensión de los cultivos y por una mejora en el rendimiento de las variedades, con la introducción de la *peruana* (1994-2004) y de la *pringa* (2004-2010), que no pudo ser detenido por las tres fumigaciones aéreas (2002, 2003 y 2006) que implementó el gobierno de Álvaro Uribe, pero que culminó con la erradicación manual y forzosa de todos los cicales del corregimiento en el 2010. El tercer período (2010-2015) evidencia la esterilidad de las políticas represivas del Plan Colombia, debido a que después de la erradicación surgieron más de cinco variedades de coca que elevaron la cobertura y la densidad de los cultivos hasta su mayor clímax histórico. En el año 2015, con una contribución protagónica del corregimiento de Huisitó, el municipio de El Tambo presentó la cuarta mayor extensión de cultivos de coca a nivel nacional, la segunda en la región pacífica y la primera en el departamento del Cauca.

Por medio de este proceso, la comunidad de Huisitó se sobrepuso a la marginación histórica y sistemática del Estado y del Mercado, hasta lograr articularse a la economía internacional a través de la producción de marihuana, hoja de coca y pasta de cocaína. Los campesinos tuvieron una responsabilidad protagónica en el fortalecimiento de la economía cocalera, en la medida en que fueron ellos los que mejoraron las variedades de coca de sus cultivos, los que establecieron una activa relación con los traficantes, comerciantes y químicos, los que aprendieron a transformar su propia materia prima y los que se organizaron para

resistir y superar la represión del Gobierno Nacional. Desde luego, el reconocimiento de este protagonismo no desconoce las causas eficientes y estructurales que desataron el ascenso de la economía cocalera, entre las que se encuentran: la demanda internacional de sustancias psicoactivas de origen natural, a partir de la década de 1960, por parte de Estados Unidos y de Europa; la carencia de vías terciarias y secundarias para comunicar a las veredas con el casco urbano y al corregimiento con el municipio; la falta de subsidios económicos y de apoyo técnico calificado para respaldar y acompañar las actividades productivas de carácter lícito; y la ausencia de canales de comercialización que aseguraran la compra justa y permanente de todos los productos agrícolas del área de estudio, al mejor precio de venta posible, para así evitar la usura, la acumulación y la especulación de las lucrativas cadenas de intermediarios.

Finalmente, el despliegue de la economía cocalera en el corregimiento de Huisitó provocó importantes transformaciones sociales, económicas, culturales y ambientales, entre las que cabe destacar: primero, el desplazamiento de la economía campesina de subsistencia, enmarcada en el autoconsumo, el intercambio y la producción asociativa de alimentos, por el crecimiento de una economía monetizada y capitalista en la que el dinero se convirtió en el eje central y transversal de las relaciones sociales, económicas y laborales; segundo, la pérdida de la soberanía y la seguridad alimentarias por el abandono de la agricultura de pancoger, por el consumo de productos procesados y refinados, por la importación de alimentos asociados a la agroindustria y por la dependencia económica que los campesinos contrajeron con los traficantes cocaleros y con los comerciantes; tercero, la llegada de nuevas corrientes migratorias y de colonización, temporales y permanentes, que encarecieron el precio de la tierra, debilitaron el tejido social y afectaron los procesos colectivos de organización campesina; cuarto, la amplia difusión de una cultura hedonista, consumista y ostentosa, por medio de la apertura de cantinas, billares y prostíbulos, que además de concentrar y extraer los capitales cocaleros del corregimiento debilitaron las instituciones tradicionales del trabajo campesino, la religión, la educación y la familia; quinto, la sustitución de la mano de obra familiar y comunitaria por la fuerza de trabajo cambiante y asalariada de los jornaleros y los raspachines; y sexto, la degradación integral del territorio y del medio ambiente de Huisitó por la producción intensiva y concentrada

de hoja de coca y de pasta base de cocaína, así como por las fumigaciones y erradicaciones forzosas asociadas a las intervenciones represivas del Estado.



Fotografía N° 26: Vista panorámica del corregimiento de Huisitó
Fuente: Archivo Jorge Giraldo, 2007

3. Conclusiones

La configuración histórica de la estructura agraria del corregimiento de Huisitó comenzó con la fundación de un marginado pueblo campesino en 1951 y terminó con la emergencia de un próspero pueblo cocalero en el 2015. El marcado contraste entre los puntos extremos de esta trayectoria es la mejor evidencia de la profunda transformación que atravesó la estructura agraria de Huisitó durante el período de estudio. Con todo, esta transformación fue un proceso histórico en el que pueden distinguirse tres claros momentos de evolución, de acuerdo a los cambios que fueron sufriendo el núcleo y los componentes fundamentales de la estructura agraria, expuestos detalladamente en la introducción.

La primera estructura agraria (1950-1975) se configuró a partir del proceso de colonización que motivó el poblamiento extensivo del territorio y la apropiación de la tierra por parte de los colonos que abrieron y compraron pequeñas mejoras para establecer sus nuevas fincas. Los campesinos fueron los propietarios de sus tierras y de los medios de producción, que durante esta primera etapa fueron herramientas rudimentarias de trabajo agropecuario. El fracaso de establecer una agricultura comercial llevó a la configuración de una economía campesina de subsistencia en la que los campesinos fortalecieron su seguridad alimentaria y sus vínculos con el mercado local. La familia campesina fue la unidad básica de producción y de consumo. Los campesinos también establecieron relaciones asociativas de trabajo, con las que además de fortalecer sus sistemas productivos lograron sobreponerse a la marginación estructural del Estado, a partir de la construcción de un pueblo que coincidiera con los imaginarios socioculturales que llevaban desde sus regiones de origen.

La segunda estructura agraria (1975-1994) representó la transición entre el pasado de un pueblo campesino y el futuro de un pueblo cocalero. El punto de quiebre entre ambos fue el despliegue de la bonanza marimbera (1975-1980) y el comienzo de la economía cocalera (1980-1994), en la que los campesinos resucitaron sus aspiraciones comerciales al articularse a los capitales ilícitos de la economía del narcotráfico. Con la introducción de los cultivos de marihuana y de coca los campesinos perjudicaron su seguridad alimentaria, aunque siguieron operando sus sistemas productivos con las mismas relaciones, medios y técnicas de

producción. Los campesinos siguieron siendo los dueños de sus pequeñas fincas y la familia campesina continuó siendo la principal fuerza de trabajo del corregimiento. Las herramientas de trabajo siguieron siendo rudimentarias y las técnicas de producción mantuvieron su manejo orgánico y no intensivo. La llegada de la guerrilla de las FARC facilitó el desarrollo de la economía cocalera, aunque contuvo sus impactos perjudiciales con la imposición de unas estrictas normas de convivencia y comportamiento.

La tercera estructura agraria (1994-2015) implicó el abandono casi definitivo de la agricultura campesina y de los sistemas productivos tradicionales. Los campesinos mantuvieron su propiedad sobre la tierra y los medios de producción, aunque la coca atrajo nuevas corrientes de colonización que expandieron la frontera agrícola y configuraron un espectro de pequeños y medianos cocaleros. La mano de obra familiar quedó relegada por la fuerza de trabajo asalariada de los raspachines. Los medios de producción se tecnificaron y los campesinos adoptaron el uso de insumos químicos para intensificar la producción de sus cultivos de coca y para procesar la pasta de cocaína. El medio ambiente sufrió una enorme degradación por efecto de la deforestación y de la contaminación de las aguas. El estilo de vida del pueblo cambió radicalmente por la entrada de nuevos actores sociales que llegaron para intentar apropiarse de los capitales ilícitos de la economía cocalera. Por último, los sistemas productivos cocaleros fueron fuertemente reprimidos por el Estado, por medio de tres fumigaciones aéreas y una erradicación manual, que a pesar de todo no lograron frenar el ascenso de Huisitó como un próspero epicentro de cultivos de coca.

Entre los asuntos pendientes de este trabajo, que serán retomados próximamente, se encuentra el análisis de la dimensión política de la estructura agraria entre 1975 y 2015, en la que se incluye el amplio conjunto de acciones micropolíticas que coordinaron los campesinos para seguir construyendo su pueblo, y el gobierno territorial de las guerrillas de las FARC (1979-2004) y del ELN (2004-2015). Este futuro tercer capítulo no alcanzó a ser escrito por límites de tiempo, aunque cuento con fuentes y con testimonios para escribirlo prontamente. También se alargan los interrogantes por la relación complementaria entre la historia y la memoria, al tiempo que se avizoran nuevos objetos de estudio para seguir explorando la técnica del contrapunto. Finalmente, la deuda más urgente de este estudio es

la de volver pronto al corregimiento para socializar el trabajo con los campesinos, retroalimentar la investigación con la comunidad y definir nuevos proyectos de cambio a partir de la recuperación de la historia/memoria de Huisitó.

4. BIBLIOGRAFÍA

Acosta, Luis. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria* 2016.

Araújo, Álvaro. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria*, 2017.

Alcaldía de El Tambo. *Plan Básico de Ordenamiento Territorial-Cartografía Municipal*. Popayán:2011.

Alcaldía de El Tambo. *Plan de Desarrollo Municipal, 2016-2019*: Popayán: 2016.

Alcaldía de El Tambo. *Plan Básico de Ordenamiento Territorial*. El Tambo: 2011.

Barberi Gómez, Fernando; Cardona Landínez, Iván; Garay Salamanca, Luis Jorge. *Impactos del TLC con Estados Unidos sobre la economía campesina en Colombia*. Bogotá: Instituto Latinoamericano para una Sociedad y un Derecho Alternativos, 2010.

Bolaños, Silvana. *Huisitó, siete crónicas sobre una transformación*. Popayán: Universidad del Cauca, 2014.

Britto, Lina. *The Marihuana Axis: A Regional History of Colombia's First Narcotics Boom, 1935-1985*. Universidad de Nueva York: Tesis doctoral en historia, 2013.

Candeau, Joël. *Antropología de la Memoria*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2002.

Castaño, Iván. *A brazo prestado, San José del Bobuy*. Bogotá: Grimm Producciones, 2011.

Castrillón, Juan Diego. *Dinámica de Una Frontera de Colonización, Huisitó – El Tambo, 1948 –1988*. Tesis de pregrado en antropología. Universidad del Cauca, 1990.

Castro, Fabio. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria 2016*.

Colmenares, Germán. *Popayán: una sociedad esclavista*. En: *Historia Económica y Social de Colombia II*. Bogotá: Tercer Mundo, 1999.

Cubides, Fernando; Jaramillo Escobar, Jaime; Mora, Leonidas. *Colonización, Coca y Guerrilla*. Bogotá: Alianza, 1989.

Departamento Nacional de Administración y Estadística. *Censo Nacional Agropecuario*. Bogotá: 1964.

Fajardo, Darío; Mondragón, Héctor. *Colonización y estrategias de desarrollo*. Bogotá: Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura, 1997.

Fajardo, Darío. *Estudio sobre los orígenes del conflicto social armado, razones de su persistencia y sus efectos más profundos en la sociedad colombiana*. Comisión Histórica del conflicto y sus víctimas. La Habana, 2014.

Fals Borda, Orlando. *Historia Doble de la Costa*. Bogotá: El Áncora, 2002.

Federación Colombiana de Municipios. 15 de febrero de 2017. <www2.fcm.org.co>.

García Hoyos, Juan Carlos. *De la coca a la cocaína. Una historia por contar*. Bogotá: Universidad del Rosario, 2007.

García, Antonio. *El problema agrario en América Latina y los medios de información colectiva*. Quito: Ciespal, 1966.

Giraldo, Jorge; Ruiz, Leider. *Aproximación al conocimiento de los sistemas de producción agropecuarios y al manejo del medio natural en la región de Huisitó en el Pacífico caucano*. Buga: Centro Latinoamericano sobre Agroecología y Desarrollo, 1995.

Giraldo, Jorge. *Datos Generales Huisitó*. Documento Inédito. Huisitó, 2012.

Giraldo, Jorge. *Trabajo y violencia: caso de las regiones de Huisitó y San Juan en El Tambo. Cauca*, Palmira: Trabajo Inédito, 1987.

Gobernación del Cauca. *Plan de Desarrollo Departamental 2012-2015*. Popayán, 2015.

Gobierno de Colombia y Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC). *Monitoreo de territorios afectados por cultivos ilícitos 2015*. Bogotá: Proyecto SIMCI: 2016.

Guzmán Campos, Germán; Fals Borda, Orlando; Umañana Luna, Eduardo. *La Violencia en Colombia*. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1980.

Halbwachs, Maurice. *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004.

Hobsbawm, Eric. *Los campesinos y la política*. Barcelona: Cuadernos Anagrama N°128, 1976.

Hurtado, José Noel. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria*, 2017.

Instituto Geográfico Agustín Codazzi. 3 de septiembre de 2016.
<<http://www.igac.gov.co/geoportal>>

Machado, Absalón. *De la estructura agraria al sistema agroindustrial*. Bogotá: Universidad Nacional, 2002. Pg. 17-36.

Ministerio de Ambiente. *Plan de Manejo Parque Nacional Natural Munchique, 2005-2009*. Popayán: 2005.

Molano, Alfredo. *Selva Adentro*. Bogotá: El Áncora, 1987. Pgs. 45-48.

Ruiz Hernández, Hernando. “Implicaciones sociales y económicas de la producción de la marihuana”. En: Asociación Nacional de Instituciones Financieras (ANIF). *Marihuana: legalización o represión*. Bogotá: Biblioteca ANIF de Economía, 1979.

Sáenz Rovner, Eduardo. “La “prehistoria” de la marihuana en Colombia: consumo y cultivos entre los años 30 y 60”. En: *Cuadernos de Economía*, Vol. 26, Núm. 47, Pp. 205-222. Universidad Nacional de Colombia, 2007.

Salazar, Norberto. *El Tambo, una joya del patrimonio histórico colombiano*. El Tambo: Rey Gráficas, 2000.

Sistema de Información Geográfico Maps For Free 26 de enero de 2017. <<http://maps-for-free.com/>>.

Tokatlian, Juan Gabriel. *Narcotráfico en Colombia: dimensiones políticas, económicas, jurídicas e internacionales*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1991.

Thoumi, Francisco. *Drogas ilegales, economía y sociedad en Los Andes*. Bogotá: Planeta, 2016.

Torres, Alexander. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria*, 2017.

Torres, Víctor. Entrevista por Luis Miguel Montes. *Memoria*, 2017.

Uribe Ramírez, Sergio. “Los cultivos ilícitos en Colombia”. En: Dirección Nacional de Estupefacientes y Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. *Drogas ilícitas en Colombia: su impacto económico, político y social*. Bogotá: Ariel Ciencia Política, 1997.

Valencia Llano, Albeiro. *Vida cotidiana y desarrollo regional en la colonización antioqueña*. Manizales: Universidad de Caldas, 1996.

Vargas Meza, Ricardo. *Drogas, conflicto armado y desarrollo alternativo: una perspectiva desde el sur de Colombia*. Bogotá: Acción Andina, 2003. Pgs.

Vargas Meza, Ricardo. *Fumigación y conflicto*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1999.

Vargas Meza, Ricardo. “La bonanza de la marimba empezó aquí”. En: CINEP. *La verdad del '93*. Bogotá: CINEP, 1994.

Vargas Meza, Ricardo. *Narcotráfico, guerra y política antidrogas*. Bogotá: Acción Andina Colombia, 2005.

Vargas Meza, Ricardo. *Drogas, máscaras y juegos: narcotráfico y conflicto armado en Colombia*. Bogotá: Acción Andina Colombia, 1999.